

LUIGI GIUSSANI

LA FAMILIARIDAD CON CRISTO

Meditaciones sobre el Año Litúrgico

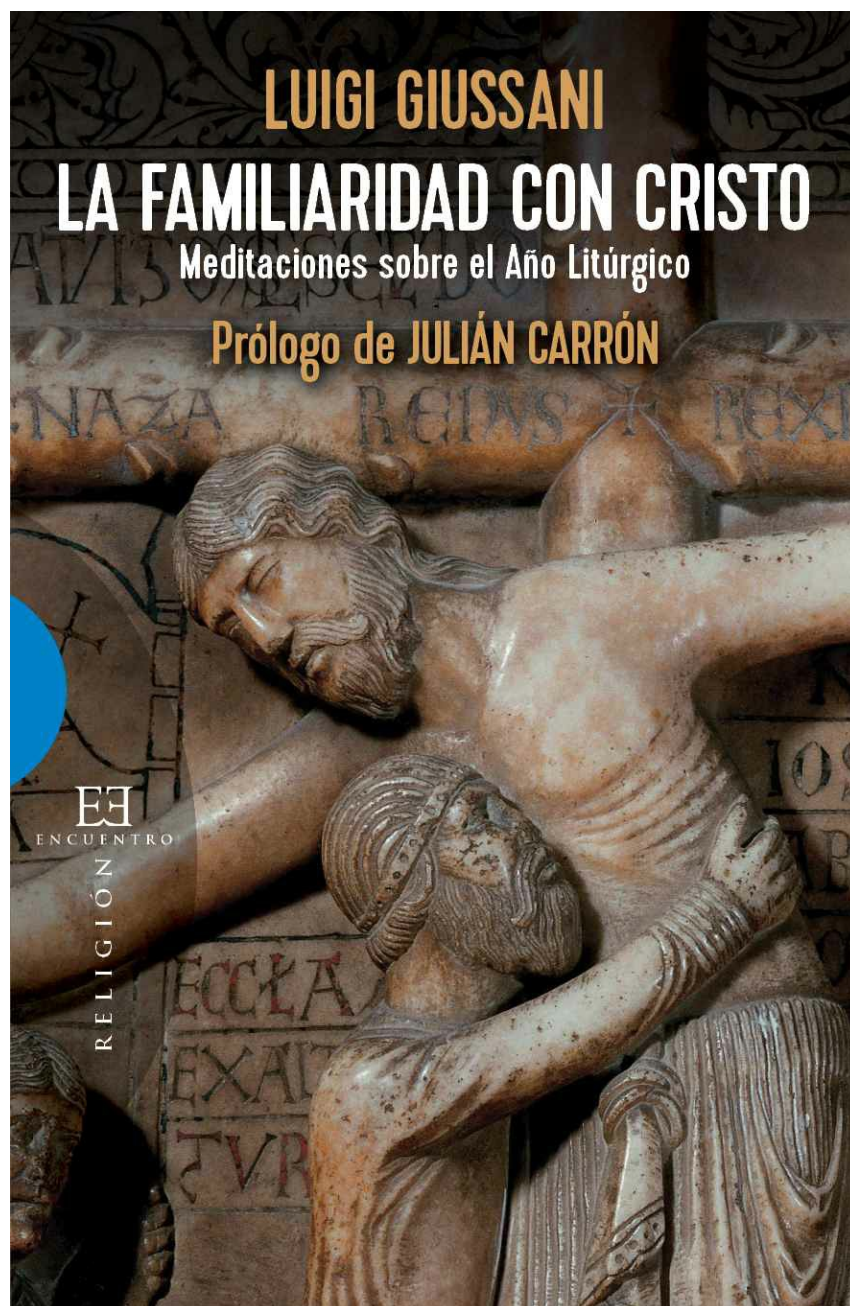
Prólogo de **JULIÁN CARRÓN**

EE

ENCUENTRO

RELIGIÓN





LUIGI GIUSSANI

La familiaridad con Cristo

Meditaciones sobre el Año Litúrgico

Prólogo de Julián Carrón

Traducción de Carmen Giussani

con la colaboración de José Luis Almarza

EE
ENCUENTRO

Título original

La familiarità con Cristo

© 2008

Fraternità di Comunione e Liberazione

© 2014

Ediciones Encuentro, S.A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

ISBN-DIGITAL: 978-84-9055-282-7

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid

Tel. 915322607

www.ediciones-encuentro.es

Ensayos

538

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO

EL CAMINO DE LA MIRADA

Julián Carrón 9

I. ADVIENTO

LA INMINENCIA DE SU VENIDA 13

1. La venida del Señor es inminente 14
2. Vigilancia y contrición 18
3. Construir la casa de Dios 23

II. NAVIDAD

EL MISTERIO DE LA TERNURA DE DIOS 29

1. La certeza de la vida es Uno que nos ha acontecido 29
2. La ternura: Dios que asume nuestra carne 35
3. Un amor inclusivo 37
4. La vida se convierte en una misión 43

III. CUARESMA

DIOS ES MISERICORDIA 47

1. Oración 49
2. Ayuno 60
3. Caridad fraterna 62

IV. PASCUA

CRISTO RESUCITADO, LA DERROTA DE LA NADA 67

1. La Resurrección, culmen de la autoconciencia cristiana 69
2. «Inmersos en el gran Misterio» 73
3. Reconocer a Cristo resucitado es una gracia que hay que pedir 75
4. La realidad renace 81
5. Una experiencia nueva de la propia humanidad 84
6. O Cristo o la nada 89

V. ASCENSIÓN Y PENTECOSTÉS

EN LA PROFUNDIDAD DE LAS COSAS 93

1. Ascensión: el cielo es la verdad de la tierra 93
2. El Espíritu Santo: la energía con la que Cristo domina el tiempo y el espacio 97
3. La contemporaneidad de Cristo resucitado 101
4. Tres obstáculos para la caridad 106
5. Cristo, gozo y libertad 109
6. El comienzo de una humanidad diferente 114

VI. TIEMPO ORDINARIO

EN EL ANCHO MAR DE LA VIDA DIARIA, UNA NOVEDAD CONTINUA 117

1. Sancta Trinitas, unus Deus. La vida como ofrecimiento 117
2. El Espíritu de Cristo «renueva la faz de la tierra» 121
3. La conciencia de la misericordia 127

APÉNDICES

MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA 133

1. Un corazón abierto, de par en par, a la espera 134
2. Somos una nada que ha sido “llamada” 135
3. El misterio cristiano es Dios que se hace visible 138
4. Reconocer la gran Presencia 141
5. El primer «sígueme» de la historia cristiana 145

EUCARISTÍA: LA GRAN ORACIÓN 148

1. La Eucaristía. El método de Dios 148
2. El ofrecimiento 152
3. «Convocados en un solo cuerpo» 157

EUCARISTÍA: UNA REALIDAD PRESENTE Y FAMILIAR 160

1. Recostar la cabeza en el pecho de Cristo 160
2. Acercarse a los Sacramentos 162
3. El grito de quien sabe que no es nada 165
4. No tenemos excusa 169
5. El Sacramento es la forma más sencilla de oración 172
6. «Padre nuestro» 175

FUENTES 179

ÍNDICES

Índice de las referencias bíblicas 181

Índice de los nombres y de las obras citadas 184

Índice temático 186

NOTA EDITORIAL:

Los textos aquí publicados no han sido revisados por el autor.

PRÓLOGO

EL CAMINO DE LA MIRADA

El Misterio ha elegido acompañar al hombre dentro de sus coordenadas de tiempo y espacio, a través de una realidad humana concreta, igual que un niño en el seno de su madre. «Dios, del que todo deriva, permanecería en la vaguedad y no llegaría a determinar la vida [del hombre] si Él mismo no hubiera entrado en ella como un Factor, un Factor determinante que le da significado, densidad y valor»¹. Por ello, la sabiduría de la Iglesia nos hace revivir durante el Año Litúrgico la memoria de esta iniciativa del Misterio que se hizo uno de nosotros en Jesucristo, presente y operante hoy en la vida de la Iglesia, su Cuerpo misterioso.

En estas páginas de don Giussani, Cristo no es nunca contenido de un pensamiento “espiritual” abstracto, sino una presencia real que se impone y mueve al yo en lo más hondo: «Ese “más” que todos deseamos; ese “más” indefinido, pero apremiante; ese “más” que nos resulta desconocido, que normalmente o, con frecuencia, nos pasa inadvertido y cuyo significado no conseguimos jamás aferrar... se convierte en una realidad concreta, físicamente perceptible, físicamente determinada, tan clara y familiar como una persona que se sienta a nuestra mesa, vive bajo el mismo techo, almuerza y conversa con nosotros»².

La Iglesia lleva a cabo una relevante acción pedagógica al volver a proponer el misterio de la vida litúrgica como paradigma de la existencia y ocasión de encuentro con la Presencia que salva al mundo, venciendo la tentación perenne, que cada uno sufre en sus carnes, de reducir la relación con el Misterio a un asunto devocional o moralista, a merced de nuestros criterios o ideas. Así, con el realismo que le es propio, la Iglesia nos educa a no erigirnos presuntuosamente en hacedores del Misterio, sino a ser testigos estupefactos de su acontecimiento.

En estas páginas, don Giussani nos acompaña a revivir el Acontecimiento cristiano como el hecho decisivo destinado a incidir en nuestra vida y personalidad. No nos introduce al Misterio presente con un discurso, sino dando testimonio de su personal experiencia del encuentro con Cristo. Al hablar de la Navidad observa: «Es preciso identificarnos [con María, José, los pastores...]. ¡Qué importante es la apertura del corazón, la sencillez y la pobreza de espíritu para aferrar la magnitud de ese momento,

para poder ensimismarnos! Si no somos pobres de espíritu no nos identificamos con nada, porque identificarse con algo quiere decir abandonar la posición en la que estamos [para abrirnos a otra]»³.

Quienes han tenido la oportunidad de leer estas intervenciones que se publicaron en una primera traducción en la Revista *Huellas*, se han sentido acompañados por don Giussani, de mes en mes, durante casi dos años. Haberlas recogido en un volumen puede renovar más fácilmente la experiencia de esta compañía y sostener el camino de la mirada que conduce hacia esa familiaridad con Cristo que lo pone cada vez más en el centro de nuestro corazón.

Estas intervenciones de don Giussani ponen de manifiesto qué puede ser el cristianismo cuando dialoga con las necesidades del hombre. Él nos enseña a verificar qué acontece cuando vivimos nuestras exigencias humanas poniéndolas en relación con Cristo: se realiza una exaltación de nuestro yo y un amor a Él, como polos de la vida de la criatura nueva que nace del Bautismo.

¿Qué hay más deseable que esta familiaridad con Cristo, que responde a la profundidad del deseo infinito de cada hombre y nos pone en las mejores condiciones para entrar en la realidad?

Julián Carrón

I. ADVIENTO

LA INMINENCIA DE SU VENIDA

El primer domingo de Adviento nos introduce en el nuevo Año Litúrgico, en un nuevo año de vida. Un año es algo muy importante para nuestra vida, porque a lo largo de la existencia, como mucho, contamos con ochenta o noventa años (ochenta en el mejor de los casos, noventa si uno es excepcionalmente afortunado⁴). De estos ochenta o noventa, unos quince, cuando no veinte, se pierden más o menos inútilmente o transcurren de forma inconsciente (para el que ha encontrado la comunidad cristiana, en lugar de veinte, ¡a lo mejor! pueden ser diecisiete...). Por tanto, un año tiene una importancia capital en la vida. Además, aunque puede parecer artificioso repartir el tiempo en años, creo que valorar esta cadencia resulta mucho más inteligente que artificial. La Iglesia consolida esta valoración realizando una verdadera obra pedagógica al hilo del Año Litúrgico. Siguiendo los ritmos de la naturaleza –al menos para los que vivimos en Occidente– y comparando con ellos el pulso de la existencia cristiana, el Año Litúrgico se mueve al compás de la naturaleza, que marca de manera tan inmediata y simbólica los tiempos de la existencia personal e histórica. Así la Iglesia realiza una verdadera y muy relevante obra pedagógica.

Creo que el comienzo del Adviento tiene una importancia extraordinaria. Y la tiene mucho más por el reavivarse de la conciencia y el renovarse de la vigilancia –cuando reparamos en él–, que por los sermones que podamos escuchar. Algunas palabras, sin embargo, pueden ayudar a nuestra conciencia. Pero todo se juega allí, en la conciencia.

1. La venida del Señor es inminente

La liturgia del primer domingo⁵ me parece decisiva en este sentido. Del libro del profeta Isaías, capítulo segundo, versículos 1-5: «Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén [“visión”, por tanto intuición del designio divino, “acerca de Judá y de Jerusalén”, acerca del pueblo escogido y de su asentamiento que, a diferencia de cualquier otro asentamiento humano, tiene un significado imperecedero, porque el pueblo de Dios constituye el signo, el sacramento, de aquel último asentamiento humano que será el paraíso]: Al final de los días estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles,

caminarán pueblos numerosos. Dirán: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén la palabra del Señor. Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados; de las lanzas podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Casa de Jacob, ven; caminemos a la luz del Señor».

El primer reclamo que ofrece el texto de Isaías nos provoca inmediatamente a tomar conciencia de la definitividad. La conciencia de lo que es definitivo, al igual que la conciencia de nosotros mismos, es permanente. Esto podría ser ya objeto de nuestro examen de conciencia o un motivo de contrición para la misa de hoy, para este día y para su sacrificio. La conciencia de lo definitivo debe acompañarnos como conciencia estable de lo que somos, como conciencia de nosotros mismos, como autoconciencia. La autoconciencia, en efecto, coincide con la consideración de algo que es definitivo, pues nuestro “yo” es un dato definitivo. Pero más definitivo aún es el “significado” de nuestro yo; y el significado de nuestro yo es Jesucristo y su misterio. Por tanto lo definitivo tiene que ver con nuestra adhesión al Señor; adhesión según la forma que Él establece para nuestra vida (porque no existe alternativa: podemos adherirnos a Él sólo a través de la forma que Él mismo ha establecido para nuestra vida). La conciencia de lo definitivo es el síntoma más exacto de una verdadera autoconciencia cristiana, de esa autoconciencia que nos hace percibir la vida como vocación.

Existe una palabra que enseguida aviva la conciencia de la definitividad. Sin ella la conciencia de lo definitivo no indicaría nada vivo, sino más bien un automatismo adquirido. Mirad que no tengo ninguna intención de hablar en abstracto. Observando la posición de algunos, digo que la conciencia de lo definitivo se puede vivir como un automatismo. Al margen de lo que vamos a decir ahora, lo definitivo viene a ser un automatismo. Por eso, como todo automatismo aplicado a la vida consciente, a la vida inteligente, sensible, a la vida de la libertad y de la voluntad, da lugar a una rigidez. Una rigidez que parece no afectar a nuestra conciencia porque nos impide cometer pecados mortales; pero que, sin embargo, no aporta al mundo ninguna señal de Cristo; y mucho menos a la «casa»⁶. En otros casos, el automatismo provoca una rigidez que nos vuelve, de muchas maneras, fariseos; es decir, nos predispone a considerar nuestra propia actitud personal como el paradigma para los demás. Con la vara de nuestra exigencia, que adquiere el rango de pretensión, medimos la bondad de los demás, el valor de los demás, la utilidad de la casa o de las relaciones. O bien, el automatismo nos lleva a un fariseísmo que en el fondo lo justifica todo. Ante las licencias y libertades que nos tomamos y que escandalizan a la casa o a los amigos, que nos aíslan de los demás, que nos hacen inútiles, frívolos, vanos, sin fecundidad en las relaciones, llegamos a decir:

«Bah, ¿qué hay de malo?», o: «¡Qué le vamos a hacer! ¿Qué puedo hacer yo?». Lo cual, si bien no se utiliza teóricamente para justificarse en público, sin embargo es la manera de justificarse ante uno mismo, sintiéndose casi molesto al pensar que otros puedan plantear objeciones a nuestro comportamiento.

Es un automatismo que lo vuelve todo rígido y vacía de gusto la vida espiritual, que hace que la vida de nuestro espíritu carezca de *sàpere*, de sabor alguno; o bien es un automatismo farisaico que hace de nuestra pretensión la medida de la convivencia (cuando tenemos ganas de hablar, los demás deben hablar; cuando tenemos ganas de “reservarnos” para nosotros, no deben preguntarnos nada; tenemos derecho a hablar o callar cuándo y cómo queramos, quedando estancada en el fondo del alma esa característica pretensión, esa tirantez que, aunque no nos atrevamos a admitirlo, los demás sienten sensiblemente, lo mismo que cuando alguien nos mira a los ojos o nos toca en el hombro); o bien es el fariseísmo que justifica nuestro comportamiento, si no de forma teórica al menos *ad usum delphini*, para nosotros mismos.

Cuando falta lo primero que nos ha dicho el profeta Isaías, la conciencia de nuestra llamada irrevocable –definitiva– decae inevitablemente en todo lo que he dicho –porque os estoy describiendo, me estoy describiendo–. Y lo primero que nos ha dicho es que Cristo viene, su venida es inminente y nos incumbe.

«Incombenza» en italiano quiere decir dos cosas: alude a un deber, como en español, pero alude también a un evento inminente. Yo quiero destacar en primer lugar el segundo aspecto, porque está claro que el primero deriva de él: un evento inminente, si no es igual a cero, apela a un deber, plantea un deber, en cierto sentido, lo impone.

Su venida es inminente y nos incumbe. «Hermanos –escribe san Pablo en la *Carta a los Romanos*–, comportaos así, reconociendo el momento en que vivís, pues ya es hora de despertaros del sueño, porque ahora la salvación está más cerca que cuando empezamos a creer. La noche está avanzada, el día se echa encima»⁷, es hora de despertarse del sueño. Dice el Evangelio de Mateo: «En los días antes del diluvio, la gente comía y bebía, se casaban los hombres y las mujeres tomaban esposo, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del Hombre. Por tanto, estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría que abrieran un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del Hombre»⁸. El adviento inminente del Señor nos incumbe con su significado supremo, privilegiado, literal, que es la inminencia de la muerte; porque la muerte, entendida en todo el alcance de su significado, es el momento

en que viene el Hijo del Hombre. No saber cuándo nos llegará la muerte, tener que estar en vela, aguardar el final de los días cuando «estará firme el monte de la casa del Señor», no saber cuándo vendrá el Señor, todo esto agudiza mucho más la conciencia de nuestro obrar; es más, es el único modo para tomar conciencia de nuestros actos y orientarlos hacia su significado final.

Todos nuestros actos y momentos de la vida suponen un paso hacia el Señor que se acerca. Por tanto, el Señor viene a nosotros en cada acto y momento, de la misma manera que cualquier acto o momento nuestro puede ser el último. ¡Ojalá sobre el miedo prevalezca en nosotros el deseo; y sobre el temor la espera! En esto consiste esperar en vela a Cristo que viene. Y en esto nos incumbe el misterio de su venida. Cualquier acto nuestro, incluso la muerte, encuentra su significado, literalmente, a la luz de Cristo que viene.

2. Vigilancia y contrición

Cuando Cristo venga, juzgará. Es el segundo paso de nuestra reflexión, la segunda sugerencia para nuestra meditación. Cuando Él venga, juzgará. Entonces, como dice el Evangelio de san Mateo, «dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán»⁹. Cuando el Señor venga, juzgará. ¡Qué hermoso es el canto *Cantad al Señor un himno nuevo*¹⁰ que culmina con el pensamiento gozoso de que viene el Señor a juzgar con equidad a toda la tierra. La espera de este gozoso momento y el deseo de que venga Aquel que juzga con equidad gobiernan nuestro temor y sujetan cualquier miedo. El miedo y el temor, casi insensiblemente, borran en nosotros el pensamiento más racional que podemos tener: no hay ningún pensamiento que sea verdaderamente racional si aparta la conciencia de la finalidad última; una acción es racional en la medida en que está cargada de esa conciencia de la meta final. No hay ningún pensamiento más racional que el que repara en Su llegada inminente, en Su pronta venida que nos incumbe. Sin embargo, el miedo y el temor nos apartan de este pensamiento, que sólo reaparece en algunas ocasiones —si la espera y el deseo no actúan como dinamita que abre continuamente una brecha— cargando la vida cristiana de una rigidez que impide cualquier testimonio; entonces, el pensamiento del fin acaba siendo un yugo, una amenaza, mientras dejamos de percibir la suavidad de la promesa¹¹ que lo acompaña.

La espera debe prevalecer sobre el temor y el deseo dominar el miedo. Persisten el miedo y el temor, pero sujetados por la espera y el deseo, por tanto, atravesados por el amor. Porque en nuestro amor permanece un margen de temor; y el «santo temor de Dios» reúne ambos factores de nuestra relación consciente con Cristo, de nuestra

relación con Dios en esta vida y en la eterna. Pero la forma que adquiere y sujeta este temor es una espera amorosa. El amor es el rostro que asume esta materia informe y tosca, que es el temor. Y «el amor perfecto expulsa el temor»¹², escribe san Juan en su Primera carta; lo «expulsa», en el sentido de que lo transfigura. También en el amor entre hombre y mujer, entre hijos y padres, no hay verdadero amor sin respeto, sin *reverentia* –reverencia viene del verbo latino *revereor* que quiere decir tener cierto temor, tener respeto—. Porque nuestro amor a Dios no es un amor entre iguales. Eso equivaldría a una especie de contrato comercial. Y, en efecto, para la mentalidad burguesa y para la mentalidad de la contestación estudiantil, aunque enarbole la bandera de la revuelta parisina del Mayo del 68, este es el ideal del matrimonio. Somos seres dependientes, cada cosa nos revela algo del designio de Dios y es como una palabra para nosotros. Cada cosa, es decir, cualquier realidad, persona o acontecimiento.

Al final Él nos juzgará. Su venida pondrá de manifiesto un juicio. ¿Cómo se puede esperar y desear un juicio si ese juicio no tiende a convertirse en paradigma, criterio, inspiración y ley de cualquier acto (ya que cualquier acción supone un paso hacia la meta, un momento que nos acerca al último día)? Sólo si ese juicio final se convierte en paradigma, ley, vara de medir e inspiración; sólo si tiende a determinar nuestras acciones (cada acción, cada paso), entonces cada momento se convierte en espera y deseo, en una espera que es deseo; cada paso se convierte en un acto de amor. Y el amor transfigura el temor, de modo que la *reverentia* se torna «devoción», un voto de todo nuestro ser, una entrega de sí, en definitiva, un amor.

«Dejemos las actividades de las tinieblas y pertrechémonos con las armas de la luz. Conduzcámonos como en pleno día [como en “ese día”; porque el último día ilumina todos los días de nuestra vida; al hablar de “pleno día” no se refiere al día primero, porque ese día fue como una semilla, sino a ese día en que veremos todo el alcance y lo que estaba implicado en la semilla; el deseo del último día nos hace vivir el día a día], con dignidad. Nada de comilonas ni borracheras, nada de lujuria ni desenfreno, nada de riñas ni pendencias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo [revestíos del juicio, del mismo Juez que nos juzgará al final; porque el juicio sobre mí es su venida y el juez que viene es Él] y no deis pábulo a la carne siguiendo sus deseos [no sigáis los criterios del mundo secundando las inclinaciones que el pecado original instiga en vosotros]»¹³.

«Revestíos del Señor Jesucristo»: identificaos con el Señor Jesucristo, imitadlo; que vuestra acción sea *imitatio Christi*. ¿Y no es acaso la virginidad la forma suprema de imitar a Cristo, su forma más plena? «Revestíos del Señor Jesucristo»: que cada acción se inspire en el amor virginal, ¡asuma la forma de la virginidad! «Quien quiera seguirme»¹⁴... «Sígueme»¹⁵. Sígueme, seguidme: «Por donde pasa el Maestro, por allí

pasarán los discípulos»; «Como me han tratado a mí, así os tratarán a vosotros»¹⁶. Cada acción y cada momento, por tanto, anticipan en el tiempo el juicio final.

Cada acción es un juicio. ¡Qué cosa más artificiosa, qué academia espiritual, qué gesto sensiblemente forzado, qué episodio inútil para la vida, qué acto insignificante para su cumplimiento puede ser la Confesión –¡el sacramento!– o también nuestro acto de contrición, ese que la comunidad cristiana exige siempre que se reúne en asamblea! ¡De qué forma suprimimos cuidadosamente de nuestro día cualquier atisbo de juicio, del juicio! Han dado en llamarlo «examen de conciencia», porque la reducción intelectualista, racionalista y voluntarista de la Iglesia de estos últimos cuatrocientos años ha olvidado que el término más adecuado es «contrición». La contrición del centurión romano: «Señor, yo no soy digno»¹⁷; la contrición de Simón Pedro: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador»¹⁸; la contrición que es un juicio que debe acompañarnos todos los días de nuestra vida. Todos nuestros actos ponen de manifiesto un juicio, porque en cada uno de ellos se anticipa el juicio final, la luz de Su venida. Y si una acción implica un juicio de aprobación como el de Cristo en el capítulo veinticinco de san Mateo («Venid, benditos de mi Padre»¹⁹), entonces está llena de amor y tiende por su misma naturaleza a apresurar Su venida en este mundo. Si en cambio implica otro juicio («Apartaos de mí, malditos»²⁰), entonces anticipa «el llanto y rechinar de dientes»²¹ en nuestra vida terrena. El dolor de contrición “aparta” ese infierno, lo “quema”, porque la contrición tiene poder para convertir incluso un acto injusto, un acto que en sí es un «mal», en espera y deseo de Su venida: ¡«Líbranos del mal»²²!

En la medida en que avanza la madurez cristiana, la contrición cotidiana se asienta en el umbral de nuestra casa. Y nosotros la abrazamos, la tomamos del brazo, caminamos junto a ella, nos abandonamos a ella confiados cada vez que salimos por la puerta, en cada acción que emprendemos, o, al menos, por la noche, antes de acostarnos. Pero sobre todo cuando pedimos perdón al comienzo de la asamblea cristiana y cuando participamos en el corazón mismo del misterio de Cristo mediante el sacramento de la Confesión. Si falta esta contrición, nuestra espera es demasiado aleatoria, nuestro deseo demasiado infantil, superficial, es decir, demasiado dado por supuesto. Sólo en la contrición, la inminencia de Cristo y la incumbencia que conlleva están ardientemente vivas y nos mantienen en vigilante espera. Estar en vela, por tanto, implica una contrición. Existencialmente, a lo largo de nuestra vida, la vigilancia es una contrición movida por el amor. En ella se alimentan la espera y el deseo. La conciencia clara de la inminencia de Cristo y de que esto nos incumbe en primera persona se demuestran en la espera y el deseo. «Antes del diluvio la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en

que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos. Por tanto estad en vela»²³. A nosotros nos incumbe velar. Estar en vela expresa un juicio, nuestra manera de vivir el instante con un juicio claro.

¿Cómo crece nuestra autoconciencia, es decir, la conciencia de mí mismo como identificado con Cristo? Crece porque Cristo no es Dios de muertos, sino de vivos. Cristo es el viviente que toca nuestra vida; Jesucristo, muerto y resucitado, llega a nuestra vida de manera insospechada. ¿Cómo podemos gozar de esta autoconciencia cristiana sin tener un sentido vivo de Su llegada inminente?, ¿sin reconocer que Su venida es el sentido de esta vida terrena y de la vida que no muere?, ¿sin ser conscientes de que la muerte es el momento culminante de Su venida?, ¿sin que en nuestros actos se anticipe de alguna manera ese juicio, esa luz final? La muerte es el momento del juicio final y nuestros actos, que conllevan un juicio, anticipan en el tiempo este juicio final, porque *aquel* juicio último será el resultado de *estos* juicios anteriores: «El que no cree ya está juzgado»²⁴. Ya está dado el juicio. Por ello «hemos pasado de la muerte a la vida»²⁵, porque: «¿Quién nos condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió y resucitó por nosotros?»²⁶. Pero es necesario que hagamos nuestro este «por nosotros», que seamos conscientes de lo que significa.

Por eso, al comienzo de este nuevo año de vida, la Iglesia nos reclama a la vigilancia, a recobrar el sentido de Su llegada inminente, a la espera y al deseo de que Él venga. Un sentido y un deseo que, para no ser superficiales y vanos, deben nacer de una profunda contrición porque no vivimos con esta conciencia, vivimos al margen de esto, ajenos a esto. Por tanto, podemos decir que al comienzo de este Año Litúrgico campea la palabra “contrición”, precisamente como ejercicio del espíritu, como ascesis, como gesto de nuestra ascesis personal, objeto de nuestra conciencia personal para este año de vida. La contrición por la mañana y por la noche, la contrición durante el día: una contrición que nos acompañe lo más posible en el día a día, que tienda a ser consciente al empezar cualquier acción, al entablar cualquier relación, siempre presente en el umbral de nuestra casa, una contrición que nos acompañe familiarmente en cualquier salida. Pero, sobre todo, la contrición al comienzo de la Santa Misa –sincera, manifiesta o tácita; el expresarla debe servir para acrecentar su verdad– y en el sacramento de la Confesión, que la mayoría de nosotros no vive todavía como es debido. La vigilancia implica la contrición, estar en vela ante la inminencia de Cristo es tener un corazón contrito.

3. Construir la casa de Dios

Hemos dicho al principio –es el tercer pensamiento que os dejo, y el último– que la

inminencia de Su venida implica otro significado: nos incumbe reconocerla, tenemos un deber ante ella. ¿Qué clase de deber? Para este deber hemos recibido la vida, hemos abrazado la vida cristiana, hemos reconocido la vocación a la virginidad, es decir: la vida como vocación se nos ha dado para cumplir con este deber. ¿Por qué hemos sido llamados? ¿Para qué? Sería interesante escuchar vuestras respuestas. La vida se nos da para la misión, y nada más, para ser colaboradores del designio de Dios, que es Cristo. Y nosotros lo conocemos, «hemos recibido el Espíritu que viene de Dios»²⁷. Hemos recibido el Espíritu de Cristo: lo hemos recibido para la misión. Dice el Salmo de hoy: «¡Qué alegría cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor”! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén. [...] En ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David. Desead la paz a Jerusalén, vivan seguros los que te aman. Haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios. Por mis hermanos y compañeros voy a decir: “La paz contigo”. Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien»²⁸. Es ahí, en Jerusalén, donde «se demuestra tu misericordia, Señor», como dice el versículo del Aleluya²⁹; es ahí donde nos das la salvación («la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe»³⁰).

Nuestra misión es construir Jerusalén. Pero, ¿qué quiere decir construir Jerusalén, qué quiere decir construir la casa del Señor, construir la Iglesia? «Desead la paz a Jerusalén: vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios. Por mis hermanos y compañeros voy a decir: “la paz contigo” [te deseo todo bien]». «En ella están los tribunales de justicia» que emiten sentencia justa: «Te deseo el bien». En el palacio de David reside Aquel que te dice: «La paz contigo». Y así «estará firme el monte de la casa del Señor, en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán los gentiles, caminarán pueblos numerosos. Dirán: Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. Él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas; porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén la palabra del Señor. Será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados; de las lanzas podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra. Casa de Jacob, ven; caminemos a la luz del Señor»³¹.

Construir la Iglesia quiere decir construir una trama de caridad, la fraternidad de los hijos de Dios. Sólo desde ese lugar de fraternidad brota el juicio sobre la persona y sobre los pueblos; por eso, sólo desde un lugar de fraternidad brota luz sobre los demás, y la gente acude. Quien quiere, quien tiene los ojos abiertos, quien es puro de corazón acude, quien es pobre de espíritu sabe a dónde debe ir. Sólo una trama de fraternidad, de caridad, de relaciones vividas como comunión, juzga al mundo, sólo esto: «¿Habéis

olvidado que nosotros debemos juzgar al mundo?»³². Esta es la casa de Dios: no erigida sobre esta o aquella colina, sino «encumbrada en la cima de los montes»; ella misma es la cumbre hacia la que mira toda la gente que se afana en la llanura, en la medida en que son pobres de espíritu. Sólo viviendo la fraternidad se comprende nuestro discurso, se comprende verdaderamente. Lo cual no significa que uno sepa repetirlo, pueda volver a exponerlo o trate de elaborar sus ideas a partir de él. Sólo el que vive esta trama de caridad comprende el discurso, mucho más que nuestros “entendidos”, más que todos nuestros sabios. En resumen, sólo viviendo una trama de fraternidad y de comunión llega uno a ser misionero, a ser apóstol, a ser una presencia que anuncia a Otro.

Sólo en eso reside el anuncio. Por tanto, al final el juicio será sobre la caridad, sobre la comunión y, al mismo tiempo, sobre el testimonio. Son los únicos dos contenidos del juicio final que los Evangelios indican: el testimonio en favor de Cristo («Que deis fruto»³³), y la comunión (capítulo veinticinco de san Mateo: «Tuve hambre y me disteis de comer»³⁴). Está claro que sobre esto se nos juzgará al final, porque el juicio final tiene a Cristo como criterio y contenido; establece una comparación con Cristo, no con simples normas y leyes sino con una realidad acaecida en la historia de nuestra vida: ese hecho que nos ha incorporado a Él, que nos ha implicado en Su comunión.

Por tanto, tenemos que velar para que cada una de nuestras acciones o momentos sea comunión y anhelo; como dice san Pablo, en el quinto capítulo de la *Segunda carta a los Corintios*,³⁵ nos apremia el amor de Cristo, nos apremia dar testimonio de Él, anunciarlo, ser misioneros. Cualquier gesto o momento será juzgado a partir de allí: el apremio por la misión y la vida de comunión, nada más. Porque esto es lo que salva al mundo: «No temas, pequeño rebaño: yo he salvado al mundo, yo he vencido al mundo»³⁶. Aunque de nosotros dependiera el gobierno de China, Rusia y Estados Unidos, Jesucristo seguiría diciéndonos: «No temas, pequeña grey: yo he vencido al mundo, no vuestra fuerza». Y la fuerza con la que vence al mundo es la comunión que nos permite vivir, el anuncio del que nos hace capaces. La palabra del Señor [su presencia] *convertens animas*³⁷, es lo que conquista al hombre.

He aquí el objeto de nuestra contrición: si nuestras relaciones han sido de comunión, si nuestro ceder o no ceder se ha sustentado en la comunión, si ha sido la comunión el motivo del sacrificio, del trabajo y del descanso, y si nos ha movido la pasión misionera. La contrición, por tanto, surge ante nuestra falta de caridad, ante la desproporción absoluta de nuestro amor, ante la falta de esa caridad hacia Cristo que es la pasión por darle testimonio. Nuestra vida debería consumirse, morir —¡mártir!— por esta caridad hacia los demás, que es la comunión. Porque el testimonio se hace verdadero mediante la

comuni3n, y la comuni3n, una relaci3n de comuni3n, se hace posible porque nos apremia el testimonio de Cristo. De otra forma «aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad nada me aprovecha»³⁸.

II. NAVIDAD

EL MISTERIO DE LA TERNURA DE DIOS

Quisiera retomar los dos temas que nos planteaba la Liturgia de ayer por la tarde³⁹. ¡Pidamos al Señor que nos conceda la gracia de aferrar vitalmente estas palabras!, porque realmente expresan la vida nueva, la realidad nueva, la criatura nueva que ya podemos experimentar en nuestra carne.

1. La certeza de la vida es Uno que nos ha acontecido

Ayer por la noche hablábamos de certeza: certeza como consistencia de lo que somos, consistencia de nuestra persona y de nuestro tiempo, certeza como identidad propia. Normalmente –partamos de una premisa, reflexionemos sobre este antecedente donde se entroniza la misericordia de Dios– nosotros buscamos consistencia e identidad en lo que hacemos o en lo que tenemos, que es lo mismo. Por ello nuestra vida carece de ese sentimiento y de esa experiencia de certeza plena que la palabra «paz» indica, esa certeza y esa plenitud sin las cuales no estamos en paz del todo y, por tanto, tampoco experimentamos el gozo y la alegría. Como mucho, nos complacemos en lo que hacemos o logramos; en cualquier caso, en nosotros mismos. Y estos residuos de complacencia en lo que somos o hacemos no aportan ninguna dicha ni alegría, ningún sentido de plenitud ni de certeza firme.

Partiendo de esta premisa, que simplemente toma nota de nuestra actitud habitual, ¡cuánto más comprendemos –si el Espíritu nos ilumina y sostiene nuestro ánimo– que la certeza de nuestra vida reside en algo que nos ha sucedido! La certeza reposa en algo que ha sucedido, que nos ha tocado y nos ha cautivado. La certeza coincide con un hecho que hemos encontrado, con Alguien que ha salido a nuestro encuentro. Nuestra identidad, la consistencia de nuestra persona y la certeza de que el tiempo corre a nuestro favor, coincide –literalmente coincide– con algo que nos ha ocurrido. Emmanuel Mounier, hablando de su hija enferma, después de haber dicho: «Algo nos ha sucedido», se corrige y dice: «*Uno* nos ha acontecido»⁴⁰.

La palabra «encuentro» es todavía algo exterior; refleja, en efecto, la manera externa y contingente en que el acontecimiento cristiano ocurre, pero no representa, no indica el contenido del acontecimiento mismo. Uno nos ha acontecido, se nos ha entregado hasta

el punto de asumir nuestra carne, nuestra sangre y nuestra alma: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí»⁴¹.

Pero queremos fijar nuestra atención en la certeza, en esa clase de certeza que sorprendió a los pastores ante el anuncio de los ángeles, que les embargó ante lo que vieron: la certeza de su vida puesta en lo que estaba ocurriendo, la certeza puesta en aquello que sucedió, en lo que también nos ha sucedido a nosotros.

Desde el punto de vista de la certeza que se introduce en nuestra vida por el hecho de que Otro entra en ella, las palabras «vocación» e «identificación» quizá digan algo menos que «elección». Más que identificación o vocación (que sería, sin duda, la más adecuada, si se despojara totalmente de esa vaguedad, abstracción, sentimentalismo y sonido hueco que tiene a nuestros oídos), la palabra más apropiada es «elección», es decir, «ser tocado», «elegido», «marcado»: «Él nos ha sellado»⁴². Por lo demás, «sello» es la palabra que se utiliza para los sacramentos fundamentales, constitutivos del ser cristiano: el sello del Bautismo y de la Confirmación imprimen carácter, es decir, realizan un cambio de nuestro ser. Este cambio del ser es la presencia de Otro.

Es preciso identificarnos con ello. ¡Qué importante es la apertura del corazón, la sencillez y la pobreza de espíritu para aferrar la magnitud de ese momento, para poder ensimismarnos! Si no somos pobres de espíritu no nos identificamos con nada, porque identificarse con algo quiere decir abandonar la posición en la que estamos. Debemos ensimismarnos con María en el primer capítulo de san Lucas, o con los pastores del segundo capítulo de Lucas, o con los Magos del segundo capítulo de san Mateo. Oportunamente la misa de hoy nos remite al tercer capítulo de la carta a los Efesios⁴³, uno de los tres capítulos fantásticos que hablan del contenido de lo que nos ha sucedido, de la elección que Otro ha llevado a cabo, de la vocación cristiana que hemos recibido. La venida de Cristo en la carne, en la vida humana, constituye para el hombre una vocación, cuya perfección es la virginidad.

Leyendo o releendo estos pasajes del evangelio, debemos detenernos para identificarnos (pidiendo al Espíritu la gracia de poder hacerlo) con la realidad de la Virgen María, de los pastores, de los Magos: fueron «cautivados». Su identidad, al igual que la nuestra, coincide con lo que está sucediendo, mejor dicho, con lo que ha sucedido. Su identidad coincide con lo que ha sucedido. La carta a los Efesios habla de un designio: «El misterio de Cristo, que no había sido manifestado a los hombres en otros tiempos, ha sido revelado ahora por el Espíritu a sus santos apóstoles y profetas: que todos somos miembros del mismo cuerpo»⁴⁴.

El término «predilección», en su sentido etimológico, significa ser amados antes de que nos demos cuenta, antes de nuestra respuesta; es ese ser amados de antemano que

establece un dato irreversible; es ese ser amados que define nuestro valor en el mundo. Que somos amados significa que somos insertados en Su designio, que entramos a formar parte de Su designio. ¡Qué distinta es la experiencia natural!, en la que nos fijamos demasiado y que en cambio es tan sólo profecía, premisa o introducción, para comprender la densidad y la profundidad del amor del Señor, que se entregó hasta el extremo, que se dio a mí hasta hacerse uno conmigo, hasta ser lo que me constituye. ¡Qué distinta es la relación que María, los pastores y los Magos, establecieron con lo que ocurrió, de la relación que la experiencia natural establece con el Misterio creador!

Escribe san Bernardo: «El hombre comienza por amarse a sí mismo [la inmediatez instintiva]: es carne, y no comprende otra cosa fuera de sí mismo. Cuando ve que no puede subsistir por sí mismo, comienza a buscar Dios por la fe y a amarle porque lo necesita»⁴⁵. La experiencia natural establece el nexo con el Misterio mediante una acción, como decíamos antes, que realizamos nosotros, que parte de nosotros, y que nos puede complacer, pero que no nos proporciona certeza, plenitud y paz.

A pesar de intuir el Misterio, el hombre sigue siendo mezquino, porque la mezquindad caracteriza al hombre que se concibe como consistente en sí mismo, siendo la mezquindad una cortedad de medida. De hecho, la religiosidad natural pretende de Dios, se queja de Dios y tiende a concebirlo a su imagen y semejanza. Aunque en sus momentos más puros, en sus momentos más auténticos presiente con cierta pureza lo que Dios es para el hombre. Como cuando, por ejemplo, Tagore escribe: «Tus siglos se suceden para hacer perfecta una pequeña flor silvestre»⁴⁶, ya que para adquirir su fisonomía, una pequeña flor silvestre necesita de toda la evolución de siglos y milenios. Y así, casi como un fragmento o un instante fugaz, se presiente la realidad como designio de Dios.

Pero ahora “convirtámonos” en uno de los pastores. ¡Qué concreción adquiriría el Misterio para ellos, qué invasión repentina, qué imponentia tan distinta! Porque lo otro son “razonamientos”. No sé, es como si uno se dedicara a elucubrar mientras come con gana porque está hambriento; o como si alguien pretendiese razonar mientras le abrazan; uno se pone a razonar mientras le abrazan porque no ama. Cabe también otra posibilidad: que uno reflexiona mientras le abrazan porque tiene un amor más profundo que le invita a mortificar un cierto desenlace instintivo, mecánico, prefijado.

No se trata de la relación natural, vaga y genérica, del hombre con el Misterio, con Dios. ¡Es algo totalmente nuevo!, cuya comparación menos inadecuada es toparse de repente con la persona amada, con una persona familiar, que ofrece una ayuda segura mientras uno se encuentra extraviado, a oscuras, desvalido y destrozado.

Pero lo que importa no es ni siquiera la utilidad que percibimos a la luz de estas

comparaciones. Lo que importa es el impacto que el corazón de María sintió en aquel momento, la conmoción que sentiría cuando tomaba conciencia de lo que había sucedido, de lo que tenía junto a ella (porque tomaba cada vez más conciencia, como dice el Evangelio: la Virgen custodiaba todo lo que había sucedido en su corazón⁴⁷); es lo que sintieron los pastores, lo que sintieron los Magos según avanzaban hacia Judea, reparando de alguna manera en el anuncio que habían recibido. ¡Es eso! Tenemos que identificarnos con la postura de estas personas. Aunque el anuncio a los pastores enlazara con la espera que tenían, alimentada mediante la simple lectura de los profetas; aunque la Virgen lo meditara continuamente en su corazón; aunque los Magos aguardaran una profecía, lo que ocurrió superaba del todo su espera consciente, era algo que, de primeras, no correspondía a esa espera, era un hecho que la excedía totalmente: era una presencia que entraba en el mundo.

Es lo que san Bernardo indica como el cuarto grado del amor de Dios. Antes, he aludido al primero: el hombre, amándose a sí mismo y dándose cuenta de que no puede subsistir por sí mismo, comienza a buscar a Dios y a amarle. Lo cual es obra del hombre. Es distinta en cambio la actitud de María, los pastores y los Magos, que acabo de evocar: un deslumbramiento, una sorpresa, una impresión (es cierto que sólo la experiencia puede sugerir comparaciones que nos ayuden a comprender; o bien, con mucha mayor sencillez, la acción del Espíritu Santo) que estaba totalmente determinada por lo que había sucedido; lo ocurrido dominaba su mirada y su corazón, la conciencia que tenían de sí mismos. Delante del Niño, aquel Niño eran ellos mismos, era su propia identidad, su certeza, su plenitud; y ya no se acordaban de lo que había antes. Delante de aquel Niño, ni siquiera se acordaban de sus aspiraciones, no le daban más vueltas porque ese Niño ahora lo llenaba todo.

Ciertamente, si los pastores, la Virgen o los Magos hubiesen sido profesores que volviendo a sus hogares tuvieran que preparar las clases de Religión para el día siguiente, habrían reflexionado así: «Pues este Niño responde a todos los sentimientos que teníamos antes y que tenéis también vosotros, queridos alumnos míos». Pero es tan sólo una reflexión, un momento contingente, que no es vital, que no es indispensable; se vuelve vital, necesario, en otro momento: resulta esencial para la misión. La misión consiste en identificarse con los demás, al igual que Cristo se ha identificado con nosotros; incorporado a Cristo, yo puedo identificarme con los hombres.

Al describir el cuarto grado del amor de Dios, san Bernardo dice que entonces «Sólo por Dios se ama el hombre a sí mismo»⁴⁸. Para nosotros este “por Dios” es frágil y tembloroso como papel de seda, mientras que para él es fuerte como un pilar, firme como una columna. «Sólo por Dios se ama el hombre a sí mismo», significa lo mismo

que apuntábamos antes, cuando dijimos que nuestra identidad es lo que nos ha sucedido; entonces, si yo amo lo que ha sucedido, me amo a mí mismo, porque lo que ha ocurrido establece mi identidad.

2. La ternura: Dios que asume nuestra carne

De aquí se extrae una consecuencia, que es como el segundo tema que la Liturgia de estos días nos enseña, después de la certeza. La certeza y la plenitud de nuestra persona no nacen de lo que hacemos –que nos produce a una satisfacción efímera–; certeza y plenitud vienen de lo que nos ha sucedido y que nos llena de dicha y de alegría.

El segundo paso, que está en la raíz del gozo y de la alegría, es la palabra «ternura». La Navidad es el misterio de la ternura, de la ternura de Dios hacia mí. Ternura que no significa contentarse con el sentimiento de Dios o de Cristo, porque contentarse con el sentimiento que tenemos sigue siendo lo que he dicho al principio, sigue siendo quedarse en uno mismo. Ternura no es quedarse en el propio sentimiento, sino abandonarse a Otro, ser aferrados por el amor que Él nos tiene, cautivados por la Presencia de lo que ha ocurrido, pertenecer a Aquel que nos ha alcanzado.

Es como cuando el niño abre los ojos y le embarga lo que ve: no se detiene en un sentimiento, no le cabe fijarse en él. Ante el espectáculo que admira, está todo lleno de lo que ve. «*Se diligit homo tantum propter Deum*»⁴⁹, el hombre se ama a sí mismo sólo por lo que tiene delante de sí, por Cristo, por su acontecimiento presente.

Pero quiero que fijéis vuestra atención justamente en la palabra «ternura», porque este Dios que asume nuestra carne, la encarnación del Verbo, esta identificación del Misterio con nuestra humanidad, esta carne divina que viene a mi lado, este Hombre como nosotros, supone una ternura desmedida, mil veces más profunda y penetrante que la del abrazo de un hombre a su mujer y de un hermano a su hermano.

Todo esto no se comprende razonando, sino mirando las palabras que indican sintéticamente la experiencia que se pretende señalar. Resulta necesario, entonces, decir algo más que una palabra. Resulta necesario fijarse en esta palabra, ternura, tomando conciencia de la identidad que Tú has establecido conmigo, de la unidad que has estrechado conmigo, o mejor, del acontecimiento que me ha tomado, por el cual «Tú eres mi yo».

También en este sentido el instinto religioso, azuzado por el humus cristiano en el que se crió, sugiere a Dostoievski muchas intuiciones justas. En *Los hermanos Karamazov* el abad del monasterio dice refiriéndose a Alioscha: «En su ardiente oración no pedía a Dios que le pusiera en claro la turbación que sentía [porque atravesaba un momento de tentación], anhelaba tan sólo experimentar un gozoso enternecimiento, el

enternecimiento que antes experimentaba después de haber alabado y glorificado a Dios, que en esto solía consistir toda su plegaria por las noches. La alegría que invadía su ser le procuraba un sueño ligero y tranquilo»⁵⁰.

Es cierto que, más allá del equilibrio que se da en la experiencia de la Iglesia –de la verdadera Iglesia de Cristo, la Iglesia de Roma, la Iglesia Católica–, todas las intuiciones justas adolecen de una cierta redundancia, unilateralidad, exageración; como si esta alegría, para ser real, conllevara siempre un «sueño ligero y tranquilo» o como si esta ternura fuese un sentimiento emotivo después de «haber alabado y glorificado a Dios». De todas formas, aunque sea un poco recargado, aunque se desborde como la leche que al hervir rebosa, la esencia de la observación es justísima y cada uno de nosotros –espero– puede certificarla. «En su ardiente oración no pedía a Dios que le pusiera en claro la turbación que sentía, anhelaba tan sólo experimentar un gozoso enternecimiento, el enternecimiento que antes experimentaba después de haber alabado y glorificado a Dios».

¡Cuánto mejor se expresa esta ternura, de forma más concreta y consistente, más “en acto”, en las últimas palabras de santa Clara a su alma, a punto de morir! «Vete en paz ya que has seguido el buen camino; vete confiada, ya que tu creador te ha santificado, custodiado incesantemente y amado con la ternura de una madre con su hijo»⁵¹; vete en paz, porque tendrás buena compañía, porque Aquel que te creó, antes de que tú pudieses pensarlo, antes de que pudieses imaginarlo, te pensó para la santidad y, después de crearte, te infundió el Espíritu Santo y «te amó con la ternura de una madre con su hijo».

Estas palabras decaen enseguida si se quedan al margen de lo que hemos dicho, si dejan de ser señal de lo que ha ocurrido; porque nuestra certeza y plenitud, nuestra identidad y consistencia es lo que nos ha sucedido. Alguien ha salido a nuestro encuentro y nos ha dicho: «Ven conmigo, sígueme», como en el primer capítulo de san Juan. Además de pensar en María, los pastores y los Magos, releemos atentamente ese primer capítulo de Juan, desde el versículo 35 al final, ensimismándonos con Juan y Andrés, con Simón, hijo de Jonás, con Felipe y Natanael. El evangelio de ayer relata el encuentro de Jesús con Natanael: lo que tuvo delante le cautivó de tal manera que toda la atención que él tenía sobre sí mismo se desplazó hacia Cristo. ¡Exactamente como lo que le ocurre al niño que tiene los ojos llenos de lo que ve!

3. Un amor inclusivo

La ternura, fruto de la certeza, tiene dos corolarios. Ternura por ser querido, por haber sido mirado y elegido, por escuchar a alguien que me dice, como a Zaqueo: «Hoy voy a tu casa»⁵², o, como el buen ladrón: «Hoy estarás conmigo para siempre»⁵³.

El primer corolario de esta ternura es que lo incluye todo. Esta ternura alcanza su cenit, su ideal de pureza, en no excluir nada, ni personas ni cosas, en saber abrazar todo, personas y cosas. En su obra *La teología mística de San Bernardo*, comentada por Hayen, Etienne Gilson resume de esta forma el pensamiento del abad de Claraval a este respecto: «Ni la aridez [el cortar por lo sano cualquier relación de afecto], ni la languidez purifican el amor, sino el ardor»; y Hayen comenta: «...pero esta pureza es esencialmente inclusiva (...); el amor de Dios no es perfecto más que incluyendo todo lo que el mismo amor creador del Padre omnipotente incluye»⁵⁴. Ni la aridez ni la languidez purifican la ternura, purifican el amor a Cristo, sino el ardor que incluye, que tiende a abrazar todo lo que el Padre crea, tal como el Padre lo crea.

«Ni la aridez ni la languidez purifican el amor, sino el ardor»: el ardor –claro está– no determinado por cosas y personas, sino por la Presencia. La inclusividad de este amor ardiente exalta también el ardor hacia las cosas y las personas; pero esa exaltación es pura cuando emana de la certeza y de la plenitud que uno vive, de la dicha y la alegría que experimenta. Es pura cuando brota de una única ternura: la ternura de Dios, cierta y plena, firme y rebosante, que mereció el *fiat* de la Virgen; que obtuvo el crédito inmediato de los pastores y la admiración de los Magos; que cautivó a Juan, Andrés, Simón, Felipe y Natanael.

«Ser puro quiere decir ser libre de cualquier impedimento»⁵⁵, continua Hayen, es decir, amar a las personas y las cosas sin que supongan un impedimento. Y para ello, deben ser amadas en virtud de lo que nos ha sucedido, deben ser abrazadas con Su ternura. Es análogo a la frase de san Bernardo citada al principio: el hombre, viendo que no puede subsistir por sí mismo, entonces busca a Dios. Es análogo porque no existe ternura que se mantenga naturalmente, que venza al tiempo y muestre su señorío con certeza y plenitud; lo que exalta el amor a las personas y las cosas es sólo la certeza, la plenitud, que nace del reconocer que «Tú eres yo». «Ser puro quiere decir ser libre de cualquier impedimento, de cualquier principio que limite o coarte la plenitud del ser». ¿Cuál es la plenitud del ser? Tú, oh Cristo, eres la plenitud del ser. Es Tu presencia, la conciencia que vamos adquiriendo de lo que ha entrado en nuestras vidas, de lo que nos ha sucedido.

Veamos el segundo corolario de esta ternura. Al ser objeto de esta ternura, el pecado, nuestro pecado, deja de ser lo que nos determina, ya no nos tiene sometidos como esclavos.

Os quiero leer otros dos pasajes de Dostoievski. Tened presente la observación acerca del desbordamiento, como la leche que, al hervir, rebosa. Son pasajes valiosísimos, si se leen con la mirada limpia, clara y segura, de la experiencia cristiana, católica, de nuestra

experiencia. ¡Qué grande es Dios que nos ayuda a entender lo que somos mediante lo que otros descubren! «Amaos los unos a los otros, padres [es el discurso del *starets* Zósima a sus monjes]. Amad al pueblo del Señor. Por haber venido aquí y habernos encerrado entre estas paredes no somos más santos nosotros que quienes viven en el mundo; al contrario, todo aquel que viene aquí, sólo por este hecho, reconoce que es peor que los seglares, peor que todos y todo en la tierra... Y cuanto más tiempo viva luego el ermitaño entre sus paredes, tanto más profundamente ha de comprender esta verdad. Pues, en caso contrario, no tenía por qué haber venido aquí. Únicamente cuando comprenda que no sólo es peor que todos los seglares, sino que es culpable por todos y por todo ante las personas, por todos los pecados del hombre, colectivos y personales, sólo entonces alcanzará el fin de nuestro aislamiento [Cristo en la cruz: «Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado»⁵⁶, escribe san Pablo]. Pues tenéis que saber, amados míos, que cada uno de nosotros es culpable por todos y por todo en la tierra, sin duda alguna; no sólo de la culpa general de la humanidad, sino por todos y por cada uno de los hombres en particular, en esta tierra. Esta conciencia es la corona de toda la vida monacal y de todo hombre en este mundo. Pues los monjes no son hombres distintos de los demás, sino hombres como todos deberían serlo en la tierra. Sólo entonces se sumirán nuestros corazones en el amor infinito, universal, nunca saciado. Entonces cada uno de vosotros encontrará en sí fuerzas para ganarse el mundo entero con el amor y para lavar con sus lágrimas los pecados del mundo»⁵⁷. ¡Es perfecto desde todo punto de vista! (Recordad a Emmanuel Mounier cuando habla de su hija enferma). Y decir que «hemos venido aquí porque hemos reconocido que somos peores que todos» no es sólo una forma de hablar.

Segundo pasaje del mismo autor. «¿Preguntas por qué hay que compadecerme? Es cierto. ¡No hay por qué compadecerme! Lo que hay que hacer es crucificarme, ¡clavarme en la cruz y no compadecerme! Pues, crucificame, tú que eres el juez, crucificame y compadéceme después de haberme crucificado. Y entonces yo mismo iré, iré por mi pie, a la crucifixión porque no es gozo lo que ansío, sino dolor y lágrimas... Quien nos compadecerá es el que a todos ha compadecido; el que a todos y a cada uno ha comprendido: Él es el único juez. Vendrá ese día y preguntará: “¿Dónde está la hija que se vendió en aras de una madrastra agria y tísica, en aras de unos niños pequeños y ajenos? ¿Dónde está la hija que se compadeció de su padre terrenal, borracho empedernido, sin que la arredraran los sufrimientos?”. Y dirá: “¡Ven a Mí! Ya te perdoné una vez... Te perdoné una vez... Y ahora se te perdonan tus muchos pecados porque has amado mucho...”. Y perdonará a mi Sonia, la perdonará. Estoy seguro de que la perdonará. Me lo ha dicho el corazón cuando fui a verla hoy... Él juzgará y perdonará

a todos, a los buenos y a los malos, a los sabios y a los humildes... Y cuando haya concluido con los demás, nos llamará también a nosotros: “¡Venid ahora vosotros! – dirá–. ¡Venid los borrachos, venid los débiles, venid los vergonzantes!”. Y nosotros saldremos todos, sin sentir sonrojo, y compareceremos ante Él. Y Él dirá: “¡Sois unos cerdos! Sois imagen de la Bestia y lleváis su estigma. Pero venid también vosotros”. Entonces dirán los sabios, entonces dirán los sensatos: “¡Señor! ¿Por qué acoges a éstos?”. Y Él dirá: “Los acojo, ¡oh, sabios!, los acojo, ¡oh, sensatos!, porque ninguno se ha considerado digno de ello”. Nos abrirá sus brazos y nosotros nos hincaremos de rodillas ante Él... y lloraremos... y lo comprenderemos todo. ¡Entonces lo comprenderemos todo! Entonces lo comprenderemos todo y todos lo comprenderán... y Katerina Ivánovna... también lo comprenderá... ¡Señor, venga a nosotros Tu reino!»⁵⁸.

He leído este pasaje por esta última frase: «Nos abrirá sus brazos y nosotros nos hincaremos de rodillas ante Él... y lloraremos... y lo comprenderemos todo. ¡Entonces lo comprenderemos todo! Entonces lo comprenderemos todo y todos lo comprenderán». Esto, que es verdad en el seno misterioso de la justicia de Dios, es también algo a lo que aspiramos en esta tierra, porque a ello nos induce la misericordia de Dios. Para el que está llamado en el seno de la Iglesia, para quien tenga una vocación cristiana auténtica, o una vocación a la virginidad como nosotros, esta experiencia empieza en este mundo, alborea en este mundo, *¡en este mundo Él nos tiende los brazos!* Dostoievski no tenía la misma conciencia del Acontecimiento que tenemos nosotros, no era consciente de que su identidad coincidía con un Hecho presente en su vida; sólo veía su reflejo, y se limitó, justamente, a reconocer ese reflejo bueno, a reflejar esa actitud que el recuerdo de Cristo inspira. Este «juicio final» se anticipa para nosotros en el Acontecimiento que ya ha sucedido.

¿Comprendéis entonces por qué, como escribe san Juan en su Primera carta, «nos purificamos como Él es puro»⁵⁹? Porque en ese momento que Dostoievski relata en *Crimen y castigo*, en un final del mundo así concebido, ¡es imposible amar el pecado, es imposible quererlo, es imposible estimarlo! Este Acontecimiento, el acontecimiento de un perdón sin medida, es continuo. Este perdón nos libera de la esclavitud del pecado, nos rescata del error que nos subyuga, impide que nos apeguemos a él, que hagamos de él un objetivo, un programa. El acontecimiento de este perdón es continuo, de tal manera que nos lleva a pedir de todo corazón, a desear con toda el alma que Dios nos libre incluso de la tentación, como reza el *Padrenuestro*. El mal sigue siendo mal, pero sólo a la luz del perdón lo comprendemos de verdad. Porque «nos abrirá sus brazos y nosotros nos hincaremos de rodillas ante Él... y lloraremos... y lo comprenderemos todo». ¿Por qué llorar así? Porque entonces comprenderemos qué es el mal y qué es el pecado. Y

nosotros lo comprendemos enseguida, porque, como dice de nuevo ese genio del espíritu que es san Bernardo, «*unde anima dissimilis Deo, unde dissimilis et sibi*»⁶⁰, cuando el alma se aparta de Dios, pierde su semejanza con Cristo, se aleja de sí misma, se desfigura. Es decir, no existe oposición entre el amor a Dios y el amor verdadero a uno mismo, porque nuestra identidad es Cristo mismo, es el Acontecimiento que nos ha sucedido. El pecado, el error, mina nuestra plenitud como una carcoma destructiva; pero en cuanto se dispersa el humo del estallido del pecado, su Presencia está allí, su ternura sigue allí todavía, nos aguarda intacta. Esto es lo que nos libera. Y, a medida que el tiempo pasa, asimila a Sí mismo incluso los latidos de nuestra alma y de nuestro cuerpo. Así, lenta o decididamente, según el designio del Padre, el mismo formarse de nuestros pensamientos y el nacer de nuestros actos se conforma con Él, se conforma a su Espíritu.

4. La vida se convierte en una misión

Concluamos esta meditación sobre nuestra certeza y plenitud humana recobrando el alcance que la palabra «alegría» tiene en nuestra memoria. Nuestra alegría es Otro. No esperamos la alegría de lo que tenemos o tendremos, de lo que hacemos o haremos: nuestra alegría está en su Presencia y en Sus prodigios, *mirabilia Dei*, en nosotros y entre nosotros: «Buscad cada día el rostro de los santos para hallar descanso en sus palabras»⁶¹. Nuestra alegría está en Sus prodigios entre nosotros. Leeréis los capítulos del 60 al 62 de Isaías: los acentos de alegría con los que anuncia el futuro despertarán también nuestra alma y evocarán nuestra experiencia.

La modalidad descriptiva de estos capítulos de Isaías –que hablan de alegría, de la alegría de Jerusalén, a la que ya mira el mundo entero– nos introduce en una segunda palabra clave de la liturgia de ayer: ¿por qué se manifestó a los Magos? En la historia de la Iglesia, la *Epifanía* ha sido siempre la fiesta *misionera* por excelencia; y no es casual que se identificase la Navidad con la Epifanía, es decir, con la primera manifestación de Dios entre nosotros, del Dios-hombre en el mundo.

La vida de Cristo no era “suya”, era *para la misión*. La vida de María no fue “suya”, fue para la misión. La vida de los pastores que, antes de recibir el anuncio, antes de verle, era “suya”, ya no lo fue más; fue para la misión, aunque se quedaran en sus casas con sus mujeres, sus hijos y sus rebaños. El mensaje que llevaban a su pueblo, los hechos que narraban y rememoraban, ¿cuáles eran? La vida que para los pastores fue suya hasta ese momento, ya no lo fue más.

¡Cómo se comprende entonces el pasaje de san Juan que leímos ayer, que habla del amor a los hermanos! «No os extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece»⁶², el mundo “está forzado” a hacerlo, porque está sometido al pecado. San Juan habla de odio,

entendido sobre todo como una extrañeza radical, porque el verdadero odio es la extrañeza. Identifiquémonos con las personas que estaban en torno a María, a los Magos, a los pastores. ¿Qué pensaban de ellos? Quizás, que estaban locos. ¿Cómo los juzgaban? Como unos extravagantes. Sentían como si fuesen de otro mundo, un mundo difuminado, fantasioso, vano.

Nuestra vida ya no es nuestra. Nuestra vida es para la misión, para comunicar lo que nos ha ocurrido. Vivir la comunión entre nosotros da testimonio de Él. Incorporando en ella a los que vamos conociendo se renueva el milagro de su Presencia, se actualiza su Acontecimiento. Se renueva con otros el acontecimiento que Él realizó con nosotros, con los demás y con las cosas, con todo.

¡Qué sugerente y a la vez tremendo es caer en la cuenta de esto! Y sucede raramente, porque tenemos un miedo instintivo a hacerlo; mientras que el esfuerzo por identificarnos con los pasajes evangélicos nos ofrece la percepción precisa del rostro nuevo que hay en nosotros. En la medida en que vivimos esta nueva identidad, en que tratamos de vivirla, los demás sienten cierta extrañeza hacia nosotros. Todos los demás, o casi todos los demás. Estoy hablando también de los del movimiento, de casi todos los del movimiento, para los cuales CL seguirá siendo (y su cristianismo seguirá siendo) una organización para crear iniciativas o hacer discursos, o bien un cierto sentimiento bueno de cercanía y fraternidad, de compañía y ayuda, pero no el Acontecimiento que se renueva. Todavía no se han visto «abrir sus brazos e hincarse de rodillas ante Él y llorar y comprenderlo todo». Por eso no sienten la invocación: «Venga a nosotros Tu reino» como expresión suprema de su propia persona, como lo hacía en cambio el delincuente Marmeládov: «Oh Señor, venga a nosotros Tu reino». Esta súplica quema de raíz toda la paja, para dejar en el crisol el oro de nuestra persona; toda la paja de nuestras ambiciones y de nuestros planes pretenciosos.

Lo que nos ha ocurrido es para que nuestra vida se convierta en una misión. Misión en la carne, misión en nuestra carne: no existe solución de continuidad entre el torno y las manos que lo hacen funcionar, entre la máquina de escribir y nuestro corazón y nuestro rostro, ¡porque todo forma parte del cuerpo vivo del hombre!

Misión quiere decir, por tanto, hacer presente allí donde estamos, sea cual sea el lugar en el que estemos, a Aquel que ha salido a nuestro encuentro. Si alguien va a trabajar sin que su corazón clame a Dios, sin repetir: «Venga tu reino»; si alguien va a la Universidad o a clase sin decir, sin obligarse a repetir: «Venga tu reino», no vive la misión. ¿Y cómo se puede decir: «Venga tu reino» sin tratar de manera distinta a nuestros compañeros? ¿Cómo podemos decir: «Venga tu reino», sin testimoniarles lo que nos ha sucedido, encarnándolo en sus necesidades, en su mentalidad, en sus obras y en sus problemas? ¿Cómo podemos vivir en nuestras casas, estén donde estén, sin decir:

«Venga tu reino», «Venga tu reino *aquí*»? Lo cual no significa que os pongáis a hacer misión dando charlas a todo el barrio. No estoy hablando de esto, sino de una verdadera pasión por las personas, que se plasme según los tiempos y los modos que requieran las distintas ocasiones.

Esta vigilancia, esta tensión misionera es lo que colabora con el designio de Dios. Nuestra persona se identifica con su Presencia. Certeza y plenitud, ternura, regocijo, gozo y alegría: ¡esto es la Navidad! El acontecimiento del niño Jesús. Todo se nos ha dado para la misión, para que nuestra vida colabore con el designio de Dios, se haga conforme al plan trazado por Dios.

Daos cuenta de que la alternativa no es marcharse del Grupo Adulto o del movimiento. Se puede perfectamente permanecer en el movimiento y en el Grupo Adulto sin esto, pero entonces nuestro cristianismo se queda a nivel intelectual (discursos, iniciativas de corto o largo alcance, desde recaudar fondos para las cooperativas a redactar manifiestos u organizar cursos alternativos en la Universidad), o bien se queda en lo sentimental, en una posición meramente emotiva. Intelectualismo y sentimentalismo son exactamente lo contrario de certeza y ternura. Que toda nuestra existencia sea misionera, que toda nuestra vida interior y exterior sea para la misión, es el “síntoma” de la autenticidad de nuestra certeza personal y el indicio de esa ternura que debe sostener nuestra vida y a la vez expresarla. Si el acontecimiento de Cristo es mi identidad, toda mi persona debe sentirse penetrada, impregnada, invadida por esto. Certeza y ternura se documentan en la misión.

¹ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Ediciones Encuentro, Madrid 1995, p. 28.

² Véase aquí p. 161.

³ Véase aquí p. 31.

⁴ Cf. Sal 90 (89),10.

⁵ Liturgia del primer domingo de Adviento, año A: Is 2,1-5; Sal 122 (121); Rm 13,11-14; Mt 24,37-44. Con respecto a la traducción oficial, entrada en vigor algunos años después del desarrollo del encuentro, se ha preferido mantener la versión utilizada por don Giussani, dada la referencia puntual al texto bíblico que aquí se realiza.

⁶ Al hablar de “casa” el autor se refiere a la vida de comunidad que constituye la forma de convivencia estable de los miembros de la asociación laical *Memores Domini* nacida en el seno del movimiento eclesial Comunión y Liberación.

⁷ Cf. Rm 13,11-12.

⁸ Cf. Mt 24,38-39.42-44.

⁹ Cf. Mt 24,40-41.

¹⁰ «Ante el rostro de Yahvé, pues viene a juzgar a la tierra; juzgará al orbe con justicia y a los pueblos con equidad», Salmo 97 (b), *Cantad al Señor un himno nuevo*, en *Cancionero* de Comunión y Liberación, Madrid 2004, pp. 104-105.

¹¹ Cf. Mt 11,30.

¹² 1 Jn 4,18.

¹³ Cf. Rm 13,12-14.

¹⁴ Cf. Mt 16,24.

¹⁵ Entre otros, Mt 9,9.

- [16](#) Cf. Jn 15,20.
[17](#) Mt 8,8.
[18](#) Lc, 5,8.
[19](#) Mt 25,34.
[20](#) Mt 25,41.
[21](#) Mt 13,42.
[22](#) Mt 6,13.
[23](#) Cf. Mt 24,38-39.42.
[24](#) Jn 3,18 (b).
[25](#) 1 Jn 3,14.
[26](#) Cf. Rm 8, 34.
[27](#) Cf. 1 Co 2, 12.
[28](#) Sal 122 (121), 1-2.5-9.
[29](#) «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación» (Sal 85 [84], 8).
[30](#) Cf. Rm 13,11.
[31](#) Cf. Is 2,2-5.
[32](#) Cf. 1 Co 6,2.
[33](#) Jn 15,16.
[34](#) Cf. Mt 25,35.
[35](#) Cf. 2 Co 5,14.
[36](#) Cf. Lc 12,32; Jn 16,33.
[37](#) Cf. Sal 19 (18),8.
[38](#) 1 Co 13,3.
[39](#) Misa del 5 de enero: 1 Jn 3,11-12; Jn 1,43-51.
[40](#) Cf. E. Mounier, *Cartas desde el dolor*, Encuentro, Madrid 1998, p. 63.
[41](#) Cf. Ga 2,20.
[42](#) Cf. 2 Co 1,22.
[43](#) Ef 3,2.-3.5-6.
[44](#) Cf. Ef 3,5-6.
[45](#) San Bernardo de Claraval, *De diligendo Deo*, XV, 39.
[46](#) R. Tagore, *Gitanjali*, Lírica LXXXII.
[47](#) Cf. Lc 2,19.51.
[48](#) San Bernardo de Claraval, *De diligendo Deo*, X, 27.
[49](#) Cf. San Bernardo de Claraval, *De diligendo Deo*, VIII, 25.
[50](#) Cf. F.M. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, Cátedra, Madrid 2001, p. 282.
[51](#) Proc. III, 20; cf. Legs. C 46.
[52](#) Cf. Lc 19,5.
[53](#) Cf. Lc 23,43.
[54](#) Cf. A. Hayen, *San Tommaso e la vita della Chiesa oggi*, Jaca Book, Milán 1993, p. 50; (E. Gilson, *La Théologie mystique de saint Bernard*, 2ª ed., Vrin, París, 1947).
[55](#) *Ibidem*, p. 53.
[56](#) Cf. 2 Co 5,21.
[57](#) Cf. F. M. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, op. cit., p. 288.
[58](#) Cf. F. M. Dostoievski, *Crimen y castigo*, Cátedra, Madrid 2003, pp. 90-91.
[59](#) Cf. 1 Jn 3,3.
[60](#) San Bernardo de Claraval, *In Cantica Canticorum*, sermo 82, art. 5.
[61](#) *Didaché* o *Enseñanza de los doce apóstoles*, IV, 2.
[62](#) Cf. 1 Jn 3,13.

III. CUARESMA

DIOS ES MISERICORDIA

La oración de ayer por la tarde¹ nos recordaba los dos frutos de la conversión: la pasión por progresar en el conocimiento de Cristo («conocimiento» en el sentido pleno, bíblico, de la palabra), por tanto, la pasión por Cristo, el amor a Cristo como deseo de adherirse a Él, y luego, en segundo lugar, las buenas obras. La Cuaresma es el instrumento –instrumento sacramental– para incrementar esta conversión. Es decir: obrando mediante el signo cuaresmal, “sirviéndose” de las indicaciones pedagógicas que la Iglesia propone en este tiempo cuaresmal, por la fuerza poderosa del Espíritu acontece en nosotros algo mucho más grande de lo que pueda venir únicamente de nuestros esfuerzos habituales. Es un tiempo sacramental, un tiempo que Dios destina y del que se sirve para impulsarnos hacia una transformación mayor.

Por ello, las obras o las prácticas que solemos realizar obedeciendo a la Iglesia, adquieren en este tiempo un significado mayor, una potencia transformadora más eficaz. Si no fuera así, para nosotros todo se reduciría a nominalismo, a una simple cuestión de palabras que no dan lugar a nada distinto ni crean una historia; trataríamos la Cuaresma como tratamos agosto y septiembre, es decir, con la misma desidia y la misma distracción. Como mucho, tal vez advertiríamos –¡tal vez!– que la predicación cuaresmal o la meditación litúrgica abordan temas distintos de los de agosto o septiembre, pero todo quedaría reducido a nominalismo. Nominalismo, mero discurso. Faltaría una historia real, concreta, es decir, faltaría el sentido del Misterio que es Cristo en nuestra vida. Porque Cristo es el Misterio de Dios revelado en la historia, es Dios que entra en nuestra experiencia y crea una historia, como veremos en breve. Es cierto que todos los gestos de Cristo tenían un valor de reparación infinito; cada uno de ellos era digno de Dios, con uno sólo hubiera podido reconciliar al mundo entero: en su vida fue tan importante la cruz como su *vía crucis*, o su agonía, o el día en que comenzó su misión (sabemos que los actos de Cristo no tienen un significado uniforme, indiferenciado, aunque cada uno de ellos era de Dios, ¡incluso cuando simplemente comía o jugaba siendo niño!). A lo largo del año, de un año de nuestra vida, tenemos que recuperar el valor del tiempo, de la historia. Por eso dice justamente la liturgia que la Cuaresma es un «signo sacramental», tiene un valor sacramental para la conversión que no tienen los

demás momentos, los demás tiempos litúrgicos. En este sentido se trata verdaderamente de que vivamos una espera no formal.

Ayer por la tarde ya señalamos que la oración colecta del tercer domingo de Cuaresma nos indica también las prácticas, es decir, lo que hemos llamado el «signo material» de este tiempo sacramental que es la Cuaresma. ¿Cuál es este signo material, al igual que para la Eucaristía lo son el pan y el vino, y para el Bautismo el agua? «Señor, Padre de misericordia y origen de todo bien [de la bondad], que aceptas el ayuno [la mortificación], la oración y la limosna como remedio de nuestros pecados [como conversión], mira con amor [benévolo] a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso [remordimiento] de las culpas»². Hundidos bajo el peso de las culpas sentiríamos hastío de nosotros mismos, zozobra por nuestra nada, disconformidad con lo que somos, si Tú no nos «restauras con tu misericordia», es decir, si no nos devuelves vida con tu presencia misericordiosa, de manera que al mirarte a Ti encontremos alivio y consuelo.

Debemos por tanto ayudarnos a comprender la verdad de estas tres prácticas, para que podamos servirnos de ellas. La Cuaresma debe ser una obediencia a la invitación, que nos dirige la Iglesia, a la oración, al ayuno y a las obras de caridad fraterna.

1. Oración

Ante todo, hace falta que en este tiempo atendamos la llamada a recuperar más profundamente el sentido de la oración. Y el sentido propio de la oración cristiana es la espera de Cristo. Como decíamos en la Escuela de comunidad³, los profetas hacían presente a Dios ante el pueblo. Pero, el profeta ¿qué pedía a Dios para el pueblo? Pedía a Dios mismo. De igual modo, para esa porción de pueblo que tenemos más cerca y que somos nosotros mismos, no podemos pedir otra cosa más que a Dios, que Dios se nos manifieste; no podemos más que aguardar la espera de la «bienaventurada esperanza», el regreso de Cristo que coincide con el manifestarse de su resurrección, porque la manifestación final de Cristo ya ha empezado con su resurrección de entre los muertos. Y haber sido insertados mediante el Bautismo en la «nueva y eterna alianza» hace que esta resurrección final se anticipe como prenda en nosotros. Este es un pensamiento exaltante: hemos sido librados, experimentamos ya la liberación. Entonces, nuestro único verdadero deseo es que se manifieste Su victoria, o sea, que se cumpla aquello que, por el Bautismo, llevamos ya en nuestra carne: la presencia de Cristo muerto y resucitado. Lo cual, para la mirada habitual que el hombre tiene sobre el transcurso del tiempo coincide con la «espera del retorno de Cristo».

La oración cristiana coincide con la espera de Su regreso, la súplica de que vuelva a

manifestarse, la invocación *maranathá* con la que culmina el *Apocalipsis*⁴: «¡Ven, Señor Jesús!». Si cualquier oración, cualquier súplica, cualquier mirada que levantemos hacia Dios, cualquier reflexión que hagamos, no lleva implícito este anhelo: «¡Ven, Señor Jesús!», no llega a ser una verdadera oración cristiana, es todavía una oración pagana. Esta es, en efecto, la esencia de la oración de un cristiano. Daos cuenta de que esta esencia se puede expresar de otra forma, como solemos decir: la oración es memoria de Cristo, memoria de su resurrección. En nuestra situación existencial, hacer memoria de su resurrección coincide con la súplica de que venga a nosotros, de que se manifieste en nosotros y en el mundo. ¡Es lo mismo! Por tanto, no es memoria de Cristo si no es espera de su retorno. Es idéntico. Si un hombre estuviera enamorado, la memoria de su mujer coincidiría con el deseo de volver a verla.

He recordado la esencia de la oración cristiana con vistas a la conversión cuaresmal y, para profundizar en ella, señalo dos implicaciones que tiene la oración.

a) La primera es la seguridad, la certeza de que, si el Señor nos invita a pedir, si quiere que hagamos memoria de Él, es porque Él mismo cumplirá su designio en nosotros. Por tanto, la certeza de que Él nos libraré. Aguardar la liberación es precisamente la garantía de nuestra fe, la garantía de que la fe nos llevará hasta la plenitud final; es garantía, seguridad y prenda. Pero la palabra “prenda” añade un matiz interesante, porque la prenda es la garantía y la seguridad que vienen del empezar a experimentar ya lo que es definitivo. Esta prenda es obra del Espíritu Santo en nosotros, fruto de su fuerza transformadora, del poder que obra nuestra liberación, porque es el Espíritu quien nos libra. «Dios nos ha dado la prenda de su Espíritu en nuestros corazones, que nos hace decir: “Abbá, Padre”»⁵. No se puede llamar a nadie «Padre» sin una certeza, una seguridad absoluta, como ya explicó el Señor en el capítulo undécimo de san Lucas, versículos 1-11, cuando habló del padre que no dará una piedra al hijo que le pide pan: «Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden!»⁶. ¿Qué quiere decir pedir el Espíritu Santo? Quiere decir pedir el retorno de Cristo, pedir que su resurrección se manifieste y acontezca así nuestra liberación y la del mundo; porque nuestra liberación es la presencia de Cristo, por tanto, pedimos que Cristo resucitado se manifieste.

En primer lugar, por tanto, el don de la seguridad, del corazón confiado y seguro, porque ya experimenta la prenda de la liberación. Subrayo estas dos implicaciones de la oración cristiana —la segunda la diré ahora— porque son las más arduas. Por nuestro orgullo, nuestro amor propio, nuestro racionalismo, naturalismo, nuestra carnalidad y autonomía, por nuestro apego a nosotros mismos, son los dos aspectos más difíciles de la

oración. Ambos son “difíciles”, pues son los más olvidados, los que más dejamos de lado a la hora de pedir. Se puede rezar eludiendo estos dos aspectos propios del «*sacrificium fidei vestrae*»⁷, del sacrificio de vuestra fe.

b) En segundo lugar –y este es otro aspecto totalmente olvidado en nuestro modo de rezar–, si pedir es aguardar la manifestación de Cristo, la petición define el “cómo” vivimos el tiempo, la manera de vivir el tiempo que pasa. La oración es el corazón del tiempo que pasa –¡el corazón!–, es decir, lo que genera una actitud, el “cómo” vivir el tiempo que pasa. El tiempo que pasa: levantarse por la mañana, tomarse un café, ir en tranvía, llegar al trabajo o ponerse a recoger la cocina o a limpiar, hacer las camas, barrer, quitar las telarañas, comer, subir de nuevo al tranvía, volver a casa, hablar con la gente. Esto es el tiempo que pasa. El “cómo” vivimos el tiempo que pasa, el corazón del tiempo que pasa y, por tanto, su valor, su significado, es la petición. Porque si la oración es la espera del retorno de Cristo y su regreso la consistencia de todas las cosas, entonces el “cómo” vivir el tiempo que pasa es la petición.

No me parece indiscreto leer, al respecto, el pasaje de una carta que me han enviado: «Cada vez que oigo decir en la misa: “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo”, me pregunto el por qué de esta espera [leo esta carta para que comprendáis por qué estos dos aspectos, las dos implicaciones de la oración que acabo de señalar, suponen realmente la prueba más dura para nuestra autonomía, para el hombre que se concibe como medida de las cosas]. Cada vez que rezo: “Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador», desearía que esta oración se cumpliera literalmente enseguida. ¿Qué puede añadir el tiempo a este “ahora”? [Si experimentamos ya un anticipo de la salvación, la pregunta es: ¿para qué existe el tiempo?] Esto daría paso a interrogantes más amplios, por ejemplo, ¿qué significado tiene la historia de la Iglesia? [es verdad, es lo mismo: si Cristo ya ha venido, ¿para qué sirve la larga historia de la Iglesia?]. ¿Por qué esperar, si sabemos que “nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”? ¿Por qué esperar, si sabemos que el tiempo y la historia no pueden salvarse por sí mismos sino que su salvación sólo puede venir en la manifestación del juicio de Dios? ¿Por qué esperar, si sabemos que jamás podremos realizar un gesto perfecto sobre esta tierra, y que nuestra perfección no puede generarse mediante el instrumento del tiempo? En resumen, el tiempo, la historia es un dato que no consigo percibir como positivo, sino sólo de manera fragmentada e incompleta».

¿Comprendéis, por favor, que sólo en este nivel uno se siente llamado realmente a sacrificar su medida como Abrahán sacrificó a su hijo Isaac? En verdad nuestro modo habitual de concebir se hace añicos. El único sentido de la historia –¡el único!–, el único

sentido del tiempo es el misterio de la voluntad de Dios, la absoluta libertad de Dios. Y es lo mismo, aunque en esta carta no se haga referencia a ello, que preguntarnos: ¿por qué vino Cristo hace dos mil años y no hace treinta mil, veinte mil, u hoy? ¿Por qué? Estas preguntas no hallan respuesta en nuestra cabeza; su única respuesta es la voluntad de Dios, el plan de Dios, el designio misterioso del Padre. Y una vez reconocido y aceptado esto, debemos abandonarnos a este designio, porque esta es la verdad (nunca la verdad es fruto de una imagen nuestra), esta es la bondad (tampoco la bondad es fruto de una imagen que nos hacemos de lo que es humano) y esta es la justicia, porque la justicia es el misterio de Dios y nada más, y es como un abismo en el que no caben medidas, no podemos abarcarlo, acotarlo, ni oponer ningún criterio o medida nuestros. Entonces, uno comprende que debe aceptar perderse, abandonarse totalmente, comprende que él es nada y que el designio y la voluntad de Otro lo es todo. Sin condiciones ni medidas. Él es el Absoluto, el Inefable, que no se puede abarcar, circunscribir, definir. Y la oración, si no es este abandonarse a Otro –¿lo entendéis?– no es nada, es la pretensión de un adolescente voluble, caprichoso, antojadizo y presuntuoso. Este abandono al Misterio, que evita el intelectualismo o el esteticismo («y naufragar en este mar me es dulce»⁸), llega a ser real, existencial y concreto sólo en la experiencia cristiana. Una vez que reconocemos esto y lo aceptamos, entonces comprendemos –literalmente, entendemos– cómo a través de estos caminos «que no son nuestros caminos»⁹, de «esa sabiduría que, el cielo sea alabado por ello, no es la nuestra»¹⁰ (así Miguel Mañara al final del pasaje que leímos en la Escuela de comunidad), Dios cumple su designio. Cuando uno lo reconoce y acepta, cuando se rinde, comprende que este designio misterioso es por amor a nuestra libertad, es una misericordia para con nuestra fragilidad. El tiempo se nos da por amor a nuestra libertad y como misericordia por nuestra fragilidad.

Dice la *Segunda carta de san Pedro*, capítulo tercero, versículos ocho en adelante: «Mas no olvidéis una cosa, queridos míos, que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día [de veinticuatro horas]. El Señor no retrasa su promesa, como piensan algunos, sino que tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda sino que todos accedan a la conversión [libertad y paciencia, libertad y misericordia]. Pero el día del Señor llegará como un ladrón. Entonces los cielos desaparecerán estrepitosamente, los elementos se disolverán abrasados y la tierra con cuantas obras hay en ella quedará al descubierto. Puesto que todas estas cosas van a disolverse de este modo [es decir, tendrá que ser transfigurada vuestra mente, contrita y desbordada por todas partes vuestra medida], ¡qué santa y piadosa debe ser vuestra conducta [¿en qué consiste la santidad de la conducta?, en “cómo” vivimos el tiempo que se nos concede, en la petición], mientras esperáis y apresuráis la llegada del Día de

Dios! Ese día los cielos se disolverán incendiados y los elementos se derretirán abrasados. Pero nosotros, según su promesa, esperamos unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia»¹¹. La piedad, *pietas*, es «esperar y apresurar la llegada del Día de Dios». ¡Qué expresión fantástica! Debería ser esta la descripción fenoménica, la descripción psicológica perfecta de nuestro estado de ánimo cotidiano: «Apresurar la llegada del Día del Señor». Esta es la oración: pedir su retorno.

La carta citada anteriormente (su lectura me ha sugerido estos dos subrayados: el primero es el de la certeza, que retomaré enseguida porque es el más agudo de todos; ahora estoy respondiendo a la segunda implicación: el valor del tiempo) proseguía: «Y si desconozco el por qué de la espera, tampoco puedo saber cómo vivirla. Me sorprende deseando vivir, si fuera posible, únicamente en silencio, en oración y contemplación, porque me parece que en todo esto se anticipe con mayor evidencia la experiencia de lo que es definitivo. Aunque la oración, cuando a veces se libera del peso y de la obtusidad del corazón, más que cercanía hace percibir la lejanía abismal con respecto a Dios, y por tanto aumenta el sentido de la desproporción y la nostalgia. Me sorprende, por el contrario, buscando el trabajo, las relaciones, para experimentar con menos agudeza esta lejanía. Me sorprende menos deseosa de una verdadera moralidad en mi vida, porque me parece que de todas formas ningún compromiso y quehacer me acerque a la meta [es la lógica consecuencia: si el tiempo carece de sentido, la historia no tiene sentido]. Y así termino por reprocharme, según los casos, o mi impaciencia o mi rehuir, por comodidad, el esfuerzo que implica la ascesis y la misión que se me encomienda. Pero no encuentro paz en este reproche, que nunca se convierte en una verdadera contrición». Por lo tanto, por una parte, uno tiende a huir del compromiso (porque: «¿Qué sentido tiene?», es mejor la oración, la contemplación; pero eso también extrema la lejanía), por otra, se mete en mil ocupaciones para no sentir ese malestar.

Ahora bien, si el sentido de la espera, su valor, es que mediante ella Dios libera nuestra vida y manifiesta su misericordia para con nuestra fragilidad, entonces todo lo que está en el tiempo —¡todo!— forma parte de la voluntad de Dios. Todo, ¡absolutamente todo! «A los que aman a Dios todo les sirve para el bien»¹², a los que reconocen la alianza. La alianza es precisamente Dios que se implica con el hombre entrando en el tiempo, Dios que toma parte en la historia humana. Por tanto, la oración aclara cómo levantarse por la mañana, vestirse, tomar un café, subir al tranvía o hacer lo que nos toca, volver a casa y meterse en la cama, “cómo” hacer todas estas cosas, por tanto, “cómo” vivir la espera en ellas, es decir, “cómo” vivir el tiempo. Todo lo que hacemos debe convertirse en petición. Si la oración es espera del retorno de Cristo, entonces coincide con el tiempo y cómo lo vivimos. Porque levantarse, comer, ir a trabajar o descansar es oración, llega a

ser oración, debe convertirse en petición. Este es el significado del acto cristiano más pleno y verdadero que es el “ofrecimiento” –como tantas veces hemos dicho–, algo que no me cansa repetir y que os es muy necesario escuchar.

«Supone para mí un motivo de inquietud [decía al comienzo la carta] saber que no se me garantiza ni se me garantizará nunca la perseverancia en la fe [podría decir, en la vocación, es idéntico]; me inquieta el hecho de que mi libertad tiene y tendrá siempre la posibilidad de rechazar a Dios. A veces me reprocho por ello, pensando que es un residuo de racionalismo». ¡Exacto! Es cierto. «Racionalismo» es cuando el hombre pretende juzgar su vida y las cosas desde su punto de vista, cuando pretende ser la medida de todas las cosas. En cambio, lo que define nuestra vida es el acontecimiento de Cristo. La alianza que Dios ha establecido con nosotros es lo que da significado al tiempo; más aún, lo que nos ha sucedido nos confiere seguridad, determina la certeza que tenemos en la vida. «Sí, pero yo siempre puedo rechazar lo que me ha sucedido». Tratad de entender, por favor, el equívoco de esta objeción: para rechazarlo tienes que decidir conscientemente, tienes que olvidarlo adrede, ¡intentar borrarlo de tu memoria!

En resumen, estas frases reflejan dudas o temores abstractos. Son alarmas o preocupaciones que pueden ser sinceras sólo si dependen de un hecho real: que el tiempo, la existencia vocacional y la historia personal se nos conceden –como nos ha dicho san Pedro– para favorecer nuestra libertad, para afirmar nuestra libertad, con el fin de que la adhesión al misterio de Cristo, la vigilante espera de su retorno llegue a ser realmente “nuestra”. Con el tiempo llega a ser nuestra, con el tiempo se hace nuestra, porque este es el método que Dios ha establecido. No es mecánico, no es inmediato, no es instintivo, no es mágico. Se da con el tiempo. Es un dato de hecho contra el cual no se puede objetar nada, no se puede oponer ningún “pero”, “si”, “sin embargo”, porque el hombre es así, somos así; cualquier “pero”, “si”, “sin embargo” es pura fantasía, como el asno con el organillo y dos alas que vuela en el cielo entre estrella y estrella¹³. Es una pura fantasía, no existe otra criatura hecha a imagen de Dios más que esta. Es en el tiempo, es decir, en el tiempo vocacional, en nuestra existencia y por lo tanto en la historia, donde experimentamos la resurrección de Cristo. Y es en el tiempo y en la historia donde nuestra desproporción, lentamente, es perdonada con misericordia y totalmente ganada, conquistada.

Entonces, si en el tiempo nuestra libertad es afirmada y nuestra fragilidad es salvada –la primera confirmada y la segunda rescatada–, la concepción y la experiencia que tenemos de la libertad y la percepción que tenemos de nuestra fragilidad implican necesariamente un cierto margen de incertidumbre. Pero esto se debe a que fijamos nuestros ojos en ellas y las miramos como si todo dependiera de nosotros, y no miramos

nuestra libertad y nuestra fragilidad desde el punto de vista de Dios. El objeto que debe primar en nuestra mirada es Dios, es el misterio de Dios, ese Dios que se entregó por mí, su misericordia, su alianza con nosotros. Si no fijamos nuestra mirada en Él todo lo demás se desenfoca, deja de ocupar su lugar correspondiente.

La seguridad, por tanto la superación de cualquier inquietud; la garantía, como decíamos al principio; la firmeza de la fe y la seguridad del corazón descansan en la alianza. Este es el objeto que prevalece en nuestros ojos, el contenido propio de nuestra conciencia, dentro del cual miramos todo lo demás. Entonces se comprende muy bien que podemos mirar con certeza y paz nuestra existencia y la historia, pase lo que pase. Cuando miramos todas las cosas en Él, el don de Cristo es la paz. El problema por tanto no es ni la libertad ni la fragilidad –«¡Quién sabe si me adheriré o no!»–, el problema es uno solo: que se acreciente en nosotros la memoria de Cristo.

De todas formas, he destacado estos dos aspectos porque, verdaderamente, nuestra oración carece de seguridad –primera observación–, justamente porque no es una verdadera petición, porque no pedimos a Dios, no afirmamos que Dios es todo, sino que le pedimos que avale nuestras preocupaciones, y entonces no hay nada que hacer... En segundo lugar, nuestra oración está separada de nuestro trabajo. Y este es un mal síntoma tanto de la oración como del trabajo. Nuestra oración no es una actitud que tiende a impregnar el trabajo que realizamos. «Señor, yo no soy digno» debe ser la conciencia con la que voy a trabajar al hospital o a la redacción cultural, con la que me ocupo de las tareas de la casa o voy a la universidad. Nuestra oración carece por completo de esta conciencia. Nuestra oración es, como mucho, algo que se añade desde fuera al trabajo. También nuestro modo de concebir el ofrecimiento se detiene en el umbral: «Te ofrezco lo que estoy haciendo», pero después lo que hago no tiene nada que ver con este ofrecimiento. Entonces empezamos a comprender bien el valor del tiempo: el tiempo es lo que hace penetrar, lentamente, por ósmosis, este ofrecimiento en el alma; lo convierte, lentamente, en el alma misma de nuestros actos; lo que conforma, lentamente, nuestra acción; hasta que llega a ser una actitud permanente del alma, un hábito.

En fin, nosotros también pagamos el peaje a los “cristianos por el socialismo”, para los cuales por un lado está la oración y por otro lo que hacen. Si nosotros en teoría no somos así, como deseo, sin embargo sí lo somos en la práctica; y este es un delito, que quita a Dios lo que le debemos. Lo decía la oración que leímos hace un momento: «Mira [benévolo] con amor a tu pueblo penitente y restaura con tu misericordia a los que estamos hundidos bajo el peso [remordimiento] de las culpas». ¿Qué significa que Dios nos restaura con su misericordia? Quiere decir que Dios, teniendo misericordia de nosotros (su misericordia «vale más que la vida»¹⁴, decía el salmo que hemos rezado

esta mañana), madura lentamente nuestra conciencia, madura todos nuestros actos convirtiéndolos paulatinamente en petición. Este es el sentido del tiempo, de la existencia y de la historia. Porque el significado de la historia y del tiempo es la misericordia, como ha dicho san Pedro, esa misericordia que afirma la verdad dentro de nuestra miseria.

Justamente el Salmo 62 que hemos leído en los Laudes esta mañana y que debemos releer personalmente, dice todo esto; comunica esta experiencia de seguridad total, que no tiene nada de presuntuoso y que es perfectamente respetuosa de toda libertad imaginable, pero de una libertad vista desde la realidad de la alianza, no considerada en abstracto, de manera filosófica o naturalista, porque entonces nuestra alma quedaría siempre en vilo. Dios es fiel a sí mismo, aunque nosotros no seamos fieles a Dios. Pero esto debe convertirse en el sentimiento que tenemos de nosotros mismos y en la forma misma de nuestro obrar: en esto consiste la conversión. La Cuaresma nos reclama a ello como ningún otro tiempo litúrgico, e impulsa en nosotros la conversión (pues es «signo sacramental de la conversión»). «En el lecho me acuerdo de ti y velando [«estando en vilo», imagen del desasosiego del hombre cuando ha comido demasiado, o ha tenido una desilusión amorosa, o ha hundido su negocio por una quiebra fraudulenta] medito en ti, porque fuiste mi auxilio [memoria] y a la sombra de tus alas canto con júbilo»¹⁵. Cuando leemos estas frases nos tocan, pero no llegan a convertirse en criterio para nuestra petición; por tanto, tampoco para nuestra vida, con lo cual se desdibuja el “cómo” esperar y nuestra espera se hunde en la confusión.

2. Ayuno

La segunda indicación, que la oración de la Liturgia nos ofrecía para vivir la Cuaresma como realidad física y visible que contiene la acción sacramental, es el “ayuno”. No se utiliza aquí la palabra “sacrificio” porque ésta tiene un sentido demasiado específicamente religioso y cultural. Pero nosotros empleamos la palabra “sacrificio” en un sentido más genérico, por tanto, podemos decir “sacrificio” en lugar de “ayuno”, o también “mortificación”. Empleamos este último término en su sentido restringido de hacer sacrificios o ayunar. En primer lugar todo esto implica una templanza que gobierne el ímpetu, el instinto; una templanza a la hora de gobernar el instinto. *Temperare*, en latín, quiere decir gobernar según su finalidad, en función de la finalidad; por tanto, mantener en el orden. El orden es la relación que cada cosa tiene con su finalidad propia, tanto en lo que se refiere a la dirección como a los tiempos. Templar, gobernar algo según su finalidad es, por tanto, mantenerlo en el orden dinámico hacia su objetivo.

Podríamos traducir entonces la invitación al sacrificio, a la mortificación y al ayuno,

como la invitación a ser fieles a lo que es “más significativo” en cada cosa. Debemos mortificar y sacrificar algo para ser fieles a lo que es más significativo. La norma de nuestra templanza es la fidelidad al significado de cada cosa. Decimos: el sacrificio es la fidelidad a lo “más significativo”. Existe, en efecto, un significado inmediato de las cosas: uno tiene hambre y se atiborra; uno prueba un sentimiento y “¡zas!”, se tira al cuello del otro. Habría un tercer campo, citémoslo por amor a la verdad, que es la vanagloria, el orgullo, o mejor, la sed de poder, económico o político. Lo indicaba san Juan en su primera carta: «*Concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum, superbia vitae*»¹⁶. Una voracidad del instinto, una falta de templanza en el instinto.

Pero quiero que nos detengamos en la definición que he dado de sacrificio como fidelidad a lo que es más significativo en las cosas. Lo más significativo del comer y del beber es que son instrumentos para nuestro camino, no es atiborrarse o sentir una vibración en todo el paladar al contacto con las moléculas del vino. Por eso, se nos invita a una mortificación incluso en el comer y en el beber, como expresión concreta de nuestra búsqueda de lo que es más significativo. En la tradición litúrgica, esto se indicaba de forma inmediata con la palabra “ayuno” (en el caso de alguien al que, normalmente, le cuesta alimentarse, lo “más significativo” sería justo lo contrario).

Ahora, debemos centrar nuestra atención sobre todo en la afectividad (el tercer aspecto, que se refiere el orgullo, a la afirmación ávida de uno mismo, lo aborda la otra indicación litúrgica, la caridad fraterna): es precisamente en el campo de la afectividad donde debe actuar este sacrificio, esta mortificación como fidelidad a lo más significativo; y lo debe hacer estando bien alerta, sin descanso, sin dormirse, sin paréntesis ni olvidos. Fidelidad a lo que es más significativo: lo más significativo en el afecto no es adherirse a la reacción inmediata que suscita (tenga la intensidad, el color o el nombre que tenga). Porque existe una afinidad que, si se expresa de un cierto modo, divide, y existe una tensión que, si no es templada, altera, le hace a uno salirse del camino. En cualquier caso, basta con que reflexionéis sobre la fórmula “fidelidad a lo más significativo”.

Por lo demás, no debe asustarnos la palabra mortificación, porque la muerte está ya “clavada” en esa separación inevitable por la que, incluso en la intimidad más grande, uno no puede identificarse verdaderamente con el otro. Lo que permite identificarse verdaderamente con el otro es justamente la búsqueda de lo más significativo, es la fidelidad a lo más significativo, porque la identificación total es sólo «en Cristo Jesús»¹⁷, como dice san Pablo. La fórmula de san Pablo –«en Cristo», «haced todo en Cristo», «el mundo en Cristo»– indica la unidad profunda y final con todo como aquello a lo que estamos destinados. Y si nosotros solemos decir que la liberación es la unidad y

que la esclavitud es la división, entonces debemos sentir este reclamo como amigo, no como enemigo.

Existe un reflejo de esta “fidelidad a lo más significativo” —que conlleva actitudes de mortificación real, de mortificación concreta—, existe una señal, un resultado: la libertad, la libertad a la hora de vivir las relaciones. Esta es justamente la prueba. Se percibe físicamente la fidelidad a lo más significativo por la libertad que se experimenta; la libertad es el fruto de la mortificación, es lo que la mortificación exalta y robustece. Libertad del resultado, por lo cual uno llega a querer al otro de verdad; no depende de la respuesta del otro, de la manera en que otro le corresponde: es verdadera libertad, es verdadero amor y nada más; es un amor finalmente libre de la mentira. Y, en segundo lugar, la libertad de sí mismos, es decir, del gusto que se prueba. Libre de los resultados, libre de la respuesta que me da el otro y libre respecto al gusto que se siente o no (libertad incluso con respecto al gusto por la montaña, la nieve, las rocas y el hielo; pues si ir a la montaña no es la búsqueda de lo más significativo, se reduce a un simple un club de montañeros).

3. Caridad fraterna

Después de la oración y el ayuno, el tercer aspecto que indicaba la oración litúrgica se refiere a la caridad fraterna. También aquí señalo en qué debe producirse nuestra conversión, los aspectos más crudos en los que debe darse nuestra conversión, reservándome para otra ocasión descender al detalle de la vida de la casa. Ante todo apunto algunas indicaciones generales, que tenéis que concretar en vuestra reflexión.

Normalmente, tratamos a los demás mutilando su historia, como justamente alguien hizo notar en una reunión. ¿Qué quiere decir mutilar la historia del otro, reducir al otro y reducir su historia? Tendemos a reducir la historia del otro a nuestros criterios y a nuestras medidas, por tanto a nuestro estado de ánimo, a nuestra conveniencia, a nuestra valoración de las cosas. Tendemos a reducir la historia y a mutilar la personalidad del otro porque subrayamos lo que nos importa, lo que nos conviene, y lo que no nos conviene y no nos importa no lo miramos, o bien, sentimos rabia por ello. Es decir, instrumentalizamos al otro. Este es el primer, colosal y permanente pecado en nuestras relaciones: la instrumentalización del otro.

El segundo aspecto que subrayo, entre todos los que se pueden observar, es una cierta manera de mutilar al otro, de reducir su historia, de instrumentalizarle, que se llama indiferencia. Os ruego, por favor, que toméis nota de esto, porque yendo a vuestras casas o mirando al Grupo Adulto se nota a primera vista, se delata enseguida: la indiferencia hacia el otro. Es cierto que va por periodos. Hay momentos en que te interesa, pero más

allá de este interés momentáneo, eres indiferente.

El tercer aspecto es lo que la liturgia de ayer por la tarde indicaba como «apuntar con el dedo»¹⁸, es decir, la ira, como resentimiento interior, como resentimiento manifiesto o resentimiento latente (lamento y murmuración).

El origen de estos graves errores contra la caridad fraterna que la Cuaresma nos invita a considerar –considerar quiere decir que cada día debéis hacer el examen de conciencia sobre estos puntos; hacer el examen de conciencia significa pedir a Cristo que perdone estos errores por Su misericordia, por tanto, que sean sanados, eliminados de nuestra historia; sin tener la paciencia de pedir hasta que Él los venza, no pedís de verdad–, lo que origina estos errores en la caridad fraterna es la falta de “sencillez de corazón”, que es el aspecto psicológico de la “pobreza de espíritu”.

Insisto en la palabra “sencillez”, la sencillez del corazón. El corazón sencillo vive la memoria en cualquier relación. La sencillez hace que no juzgues al otro porque, como escribe Pablo en la *Carta a los Romanos*, «el hombre se mantiene en pie ante su Señor o cae ante su Señor»¹⁹ («*Domino suo stat aut cadit*», ante su Señor está en pie o cae). El corazón sencillo no juzga a nadie, sino que trata tan sólo de responder al reclamo para su madurez que Dios le hace a través de la actitud del otro: mediante la actitud del otro Dios me reclama a mi madurez, ya sea como buen ejemplo o como mal ejemplo. Por tanto, falta la caridad fraterna en la relación porque falta la sencillez de corazón en el juicio, la sencillez de la fe, ya que la presencia del otro es el modo existencial, histórico, con el que Dios me llama –¡me llama a mí!– a una mayor madurez, reclama mi madurez.

Oración, ayuno y caridad fraterna conforman esa práctica ascética que es el signo sacramental de la Cuaresma, signo del misterio transformador de la Cuaresma. Vivir la Cuaresma es seguir estas prácticas sin pretensiones, como instrumentos expresivos (al igual que la palabra expresa el afecto), como palabra balbuciente, infantil, caótica y torpe, que trata de responder al amor de Cristo. Esta práctica ascética trata de expresar, durante la Cuaresma, esa fe por la que Cristo es todo para nosotros y para el mundo.

Fijaos, una práctica ascética tiene siempre dos raíces; para vivirla necesitamos dos raíces. La primera es el juicio de valor, que se llama fe, porque la fe es un juicio de valor. ¿Quién eres tú para mí, ahora? ¿Quién eres tú que estás ante mí? Esta es la cuestión. Se responde a esta pregunta dando un juicio de valor, y este juicio de valor enfoca mi relación, aunque después no sepa mantenerlo.

La segunda raíz es el esfuerzo personal. Por eso deberíamos realmente borrar del mapa la expresión: «Me cuesta. ¡Es que me cuesta!». «¡Es que me cuesta!» todavía se puede decir como exclamación. Pero decir: «Me cuesta» como punto de partida, como un problema a examinar o que se plantea en el diálogo con la autoridad o en el diálogo

fraterno, deberíamos eliminarlo, sería mejor evitarlo. Porque es obvio que cuesta. En cambio, cuando uno dice: «¡Qué rica está esta comida!», entonces sí puede decir: «¡Me cuesta no atiborrarme aunque me duele la tripa!». Pero plantear el hecho de que «cuesta» como una objeción es perfectamente inútil, es francamente perder el tiempo, es evitar la cuestión.

El evangelio de hoy²⁰ habla de las tentaciones de Cristo; es una enseñanza extremadamente lúcida para nosotros. ¿En qué se apoya toda tentación? En un juicio de valor. Primero el instinto: tienes hambre, por tanto, come. Después el tentador se vuelve más astuto, porque ve que Jesús responde: «No sólo de pan vive el hombre» (hay una medida distinta). Entonces construye su tentación sobre los valores. Habla de valores y los expresa con la palabra de Dios; utiliza valores, pero valores arrancados del contexto de la alianza, es decir, de la historia de Dios, arrancados de su verdad, como el concepto de libertad o de fragilidad y de pecado, tal como los usamos normalmente, arrancados de su verdad, que es el contexto de la alianza, de la historia de salvación.

Mientras que a nosotros se nos ha dicho: «Bienaventurados vosotros, porque se os ha concedido conocer el Misterio»²¹.

IV. PASCUA

CRISTO RESUCITADO, LA DERROTA DE LA NADA

Como justamente alguien observó anoche, el “Misterio” es una realidad visible y a la vez no lo es. Es verdad, porque ésta es la característica propia del concepto cristiano del Misterio. Cuántas veces lo hemos dicho, también en la Escuela de comunidad²².

El Misterio no es lo desconocido; o, mejor dicho, es lo desconocido en cuanto se hace objeto de nuestra experiencia sensible. Es un concepto muy importante: por ello se habla del misterio de la Encarnación, del misterio de la Ascensión, del misterio de la Resurrección.

Dios como el Misterio sería una imagen intelectual si se quedara en la expresión: «Dios es “misterio”». El Dios viviente es el Dios que se ha revelado en la Encarnación, muerte y Resurrección de Cristo. El Dios verdadero es Aquel que vino entre nosotros, el que se hizo sensible, tangible, visible y audible.

En cualquier caso, es cierto que no podemos de ninguna manera poseer el Misterio: es objeto de nuestra experiencia, pero no lo podemos poseer, es decir, medir, agotar, abarcar en su totalidad. Sin embargo, es igualmente verdad que, en cierto sentido, lo poseemos. El Verbo de Dios germinó en el seno de la Virgen como una semilla; por lo tanto, en este sentido, la Virgen lo poseía; se crió como un niño, creció, se hizo un hombre; la Virgen como madre lo poseía, como mujer que era su madre lo poseía. Pero es una posesión inagotable y que, por tanto, no podemos vivir más que en humildad. Aquella humildad que luego debería reflejarse entre el “yo” y el “tú” humanos, entre una persona y otra, porque el otro surge de Dios.

Pero ahora no quiero volver sobre el contenido esencial de anoche, que es de lo que más carecemos, lo más elemental, el “sentido religioso”, el sentido religioso como autoconciencia, conciencia de la presencia del Misterio. Nosotros estamos —cómo diría yo— *surrounded*, rodeados y penetrados, envueltos e inmersos, abrazados por algo que nos penetra (de otro modo, si nos envolviera sin penetrar en nuestra alma, estaríamos como cercados y aprisionados; en cambio, nos sentimos abrazados verdaderamente sólo cuando ese abrazo comprende todo lo que somos, penetra en nuestro interior). El misterio del Ser nos envuelve así. Somos abrazados así por el misterio del Ser. Deberíamos tomar conciencia de ello cada día por la mañana, y en cualquier momento

del día.

Antes, mientras rezábamos el *Benedictus*, pensé... Me ocurre a menudo rezando el *Benedictus*, porque es la oración que mejor expresa nuestra espera segura, nuestra posesión sin poseer todavía, nuestra posesión aún incompleta, nuestra posesión en cuanto incompleta. Durante la salmodia, me fijé en la petición de que Dios ilumine a su pueblo: «¡Dios ha iluminado a su pueblo!, ilumina a su pueblo»; mejor: «Ha iluminado a sus elegidos, ilumina a sus elegidos». ¡Pienso siempre en que nosotros estamos entre estos elegidos! ¡Que Dios ilumine a esta gente sin la que yo no soy yo! Pero esta —cómo diría— es una “impaciencia” que debe desplegarse en la vida diaria, en la espera humilde que acompasa la oración.

1. La Resurrección, culmen de la autoconciencia cristiana

Abordemos ahora el tema de esta mañana: tenemos que desentrañar la palabra Misterio utilizada anoche. En un determinado momento del tiempo el Misterio —como hemos recordado hace un momento— entró en el ámbito de la experiencia, se hizo presente en la historia del hombre. Reparemos en lo que acabamos de rezar en los Laudes: «Dios anuncia ahora en todas partes a todos los humanos que se conviertan. Porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre a quien él ha designado; y a dado a todos la garantía de esto, resucitándolo de entre los muertos»²³. La resurrección es el culmen del misterio cristiano. Todo fue creado por Él y para Él, porque la resurrección de Cristo es el comienzo de su glorificación eterna: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo»²⁴. Todo y todos encontramos sentido en este acontecimiento: Cristo resucitado. La gloria de Cristo resucitado es la luz, el colorido, la energía, la forma de nuestra existencia y de la existencia de todas las cosas.

Ahora bien, la centralidad de la resurrección de Cristo es directamente proporcional a nuestra huida; es como si huyéramos de algo desconocido; es proporcional a nuestra desmemoria, o cobardía; a la timidez con la que pensamos en esta palabra y enseguida pasamos a otra. Justo en el extremo opuesto sobresale el carácter decisivo de la Resurrección como propuesta del hecho vivo de Cristo, como contenido supremo del mensaje cristiano, que así realiza esa salvación, esa purificación del mal, ese renacer del hombre por el que Cristo ha venido.

Nuestra autoconciencia alcanza su cumbre en el misterio de la Resurrección. En él culmina la autoconciencia del cristiano y, por tanto, la autoconciencia nueva de mí mismo, del modo en que miro a todas las personas y las cosas. La Resurrección es la clave de una nueva relación conmigo mismo, con los hombres y con las cosas.

Y, sin embargo, es la realidad que más rehuimos, porque con la Resurrección llega a su

culmen el desafío que el Misterio hace a nuestra medida. Por ello la dejamos de lado –si queréis, respetuosamente–, dejamos que siga siendo una palabra árida, percibida de manera teórica, considerada como una idea abstracta.

El contenido del primer anuncio cristiano es la Resurrección. Los primeros discursos, tal como se recogen en los Hechos de los Apóstoles; el primer contacto que los apóstoles tuvieron con judíos y paganos, en su predicación, fue precisamente éste, soberanamente éste. Cuando Pedro curó al lisiado en Jerusalén y fue encarcelado por ello, le dijeron: «¿Con qué poder y en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?». Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: “Jefes del pueblo y ancianos: porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta éste sano ante vosotros. Él es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular [piedra sobre la que el mundo se reconstruye]; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos»²⁵.

Es la primera catequesis, el primer contenido del anuncio cristiano, primerísimo; y lo refleja san Pablo en el capítulo 15 de su *Primera Carta a los Corintios*: «Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié [la buena noticia que os anuncié] y que vosotros aceptasteis, y en el que estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano [si hubierais creído hasta donde da de sí vuestra cabeza; ¡qué verdad tan grande!; desde entonces en adelante, ¡ésta es la alternativa oculta y decisiva!]. Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí [ante todo lo recibí, dice, y a esto me adhiero]: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los Apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí. Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien, tanto yo como ellos predicamos así, y así lo creísteis vosotros. Si se anuncia que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Pues bien: si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. Pero si Cristo no ha resucitado [éste es el clímax de toda la dialéctica cristiana, de toda su verificación, su

demostración], vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios [del Misterio], porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Cristo, a quien no ha resucitado... si es que los muertos no resucitan. Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís estando en vuestros pecados; (...). Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo sólo en esta vida [si Cristo se reduce a un contenido ideológico o a un proyecto social, al fruto de nuestro compromiso], somos los más desgraciados de toda la humanidad. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados»²⁶.

Por ello, justamente, ese insustituible instrumento que es el semanal *Il Sabato* en muchos de sus artículos ha retomado este primer anuncio, este corazón del mensaje cristiano original: «Cristo ha resucitado» (antes de la revolución bolchevique, los ortodoxos, especialmente en Rusia, estaban acostumbrados a saludarse así: «Cristo ha resucitado»).

«Merece la pena, pues –escribe el cardenal Ruini en la premisa a un artículo suyo–, tratar de enfocar bien los términos de esta cuestión. Se trata en primer lugar de una cuestión de hecho: ¿resucitó Jesús o no? Los testimonios son muchos, y algunos nos han llegado en forma directa y personal de manos de los protagonistas, como por ejemplo, e incontestablemente, el del apóstol Pablo en sus cartas. En el plan de los hechos nada tan fidedigno, o tan solo comparable, puede ser aducido para negar la resurrección de Jesús»²⁷. Ningún hecho de la antigüedad está tan ampliamente documentado.

«En una antigua homilía pascual, el cardenal Albino Luciani se mueve en la misma línea “realista” [¡realista!, utiliza el mismo término de la primera premisa de *El sentido religioso*]. Recuerda cómo san Pablo en la *Primera Carta a los Corintios* emplea cuatro veces el verbo “apareció”, insistiendo en la percepción visual. “Ahora, el ojo no ve algo interior, sino exterior a nosotros, una realidad distinta de nosotros, que se nos presenta desde fuera”. Recordando que los apóstoles no fueron gente propensa a finos misticismos sino gente “sana, robusta, realista, alérgica a cualquier forma de alucinación”, Luciani añade: “Con un material humano semejante también fue muy improbable [altamente imposible] que se produjera el paso de la idea de un Cristo merecedor de revivir espiritualmente en los corazones a la idea de una resurrección corporal [fue imposible realizar ese paso, esa radical alteración, esa tergiversación] a fuerza de reflexión y entusiasmo [para encontrar a alguien capaz de semejante alteración haría falta buscarlo entre ciertos adolescentes o ciertos filósofos]. No. Se rindieron sólo

ante la evidencia de los hechos»²⁸.

Sólo se rindieron ante la evidencia de los hechos; –insisto– no existe nada más atendible que lo que se nos ha transmitido desde hace dos mil años, desde el primer momento. El primer anuncio lo proclamó como un trofeo de victoria: ¡Cristo ha resucitado! El cardenal Ratzinger contesta así a una cierta interpretación de la prensa: hace falta traducir “carne”, “resurrección de la carne” y no “resurrección de los muertos”. Hay que subrayar que en Cristo se dio la resurrección de la carne²⁹.

Así se introduce aquello a lo que quería llegar y que debe centrar nuestra meditación.

2. «Inmersos en el gran Misterio»

El cristianismo es la exaltación de la realidad concreta, la afirmación de lo carnal, el anuncio de la encarnación; tanto que Romano Guardini puede decir que no hay ninguna religión más materialista que el cristianismo³⁰. El cristianismo otorga valor a las circunstancias concretas y sensibles, por lo cual uno no tiene nostalgia de grandeza cuando se ve ceñido a lo que le toca hacer: lo que tiene que hacer, por pequeño que sea, es grande, porque ahí vibra la Resurrección de Cristo. Estamos «inmersos en el gran Misterio»³¹.

Sería como desperdiciar algo del Ser, dilapidar a Dios de su grandeza, poder y señorío; sería vaciarlo lentamente de contenido y extinguir el Misterio, el Origen y el Destino de todo, si no nos sintiéramos *inmersos* en este Misterio, *en el gran Misterio* de la Resurrección de Cristo. *Inmersos*, como el yo está sumergido en el «tú» pronunciado de todo corazón, como el niño mientras mira a su madre, como el crío siente a su madre. Tenemos que recobrar la inteligencia del niño. Se llama “fe” la inteligencia humana cuando, conservando toda la pobreza de su naturaleza original, se ve colmada por Otro, ya que en sí está vacía, como unos brazos abiertos que todavía tienen que estrechar a la persona que esperan, que ansían. Ya no me puedo concebir sin estar inmerso en tu gran Misterio; porque la piedra que desecharon los constructores de este mundo, o cualquier hombre que imagina y planea su vida, es ahora la piedra angular, la única sobre la que se puede construir³².

Este Misterio –Cristo resucitado– es el juez de nuestra vida. Él, que la juzgará al final, también la juzga día a día, de hora en hora, de momento en momento, sin solución de continuidad. Quiero subrayar que este “verle” como el Resucitado, este reconocer lo que aconteció con Él –con Él que estaba muerto–, es un juicio: «Tú, oh Cristo, has resucitado». «Cristo ha resucitado» es un juicio, por tanto un acto del intelecto, que excede el horizonte normal de la racionalidad y reconoce y testimonia una Presencia, que

por todas partes rebasa el alcance de la capacidad humana, de la existencia humana y de la historia. Es nuestra inteligencia original, pobre –la que por naturaleza afirma la realidad que tiene delante y la bondad de lo que se despliega ante ella–, la que emite este juicio, este reconocimiento. Se trata de una afirmación amorosa de la realidad conforme a la naturaleza original de nuestra conciencia; el yo se ve empujado por naturaleza a adherirse afectuosamente –y por lo tanto positiva, afirmativamente– a la realidad que se le presenta. Se llama “fe” a esta superación que ocurre por gracia a orillas de la razón natural y que representa una continuidad extraña y excepcional de la inteligencia. Es esta potencia «obediencial»³³—como dicen los teólogos—, esta disposición obediente a la fuerza del Creador que hace que la inteligencia humana se supere a sí misma.

La fe lleva la inteligencia humana más allá de sí misma. Y se da, solamente, por gracia. Creer es el acto de una inteligencia amorosa para con lo real, sostenida por una afectividad abierta a lo que vale, a lo que existe realmente, a lo que “es”. Para el niño esto es inevitable, aunque sea frágil. Por ello, —«si no volvéis a ser como niños...»³⁴—, de mayores, ¡hay que ser como niños!

Sumergirme en tu gran misterio de Resucitado es un juicio: empieza como juicio que mi inteligencia obra desde su pobreza original, ahí dónde está estructuralmente abierta a la afirmación positiva –en cuanto que amorosa– de la realidad que se le presenta; y, por tanto, afectivamente abierta a lo que vale, es decir, a lo que realmente es. La fe en Cristo resucitado es el acto supremo de la inteligencia humana que capta la realidad con lealtad y afecto, afirmándola amorosamente. Esta afirmación amorosa de lo real es condición para que la inteligencia del hombre, ante la propuesta de Cristo resucitado, se convierta en fe. La propuesta de Cristo resucitado y el reconocimiento de la fe no son obra del hombre; no son fruto de una hipótesis de trabajo de su mente, ni de la fuerza de su intelecto, sino una posibilidad de su inteligencia, en cuanto que –como criatura– es una potencia obediencial al Creador: la fe se da por gracia.

3. Reconocer a Cristo resucitado es una gracia que hay que pedir

Únicamente por gracia podemos reconocer a Cristo resucitado y podemos sumergirnos en su gran Misterio. Sólo por gracia podemos reconocer que, si Cristo no hubiera resucitado, todo sería vano, vana sería nuestra fe –como escribe san Pablo–, vana sería nuestra afirmación positiva, segura y gozosa de la realidad, vano sería nuestro mensaje de felicidad y salvación. «Seguiríamos bajo el yugo de nuestros pecados»³⁵, es decir, bajo la mentira, el no-ser, el no lograr ser.

Sin reconocer la resurrección de Cristo nos queda sólo una alternativa: la nada. Nunca reparamos en esto. Por tanto pasamos los días con esa vileza, esa mezquindad, con ese

aturdimiento, esa instintividad obtusa, con esa distracción repugnante en la que el yo – ¡nuestro yo!– se dispersa. Así que cuando decimos «yo» afirmamos, testarudamente, un pensamiento nuestro, una medida nuestra (a la que llamamos “conciencia”); o una instintividad, unas ganas de tener, una pretendida e ilusoria posesión. Sin la resurrección de Cristo, todo es una ilusión, un engaño. Ilusión es una palabra latina que hunde sus raíces en la palabra “juego”³⁶: la realidad nos juega una mala pasada, somos burlados, engañados. Es fácil verlo al mirar el inmenso rebaño de los hombres que vive en nuestra sociedad; la ingente, la incalculable presencia de los que viven en nuestra ciudad, en nuestro barrio, en la parroquia, en la Iglesia o, más de cerca, a nuestro lado en la casa. Y no podemos negar el peso de esta mezquindad, vileza y aturdimiento; de esta distracción y completo extravío del yo; un yo reducido a la defensa encarnizada y presuntuosa de aquello que se le ocurre (llamándolo “la voz de mi conciencia” o “lo que me dicta mi conciencia”); o del instinto que pretende agarrar y poseer lo que quiere, lo que le resulta agradable, satisfactorio o ventajoso. ¡Como si todo fuera una ilusión, un engaño! Alejaos dos metros de vuestra casa y mirad cómo vive la gente muchas veces; normalmente vivimos así. ¡Miradla! Salid afuera y quedaos allí a dos metros de distancia: ¡decidme si el ambiente no es así, si no esta nuestra humanidad!

Por ello la Liturgia nos hace decir: «Oh Dios, custodia tu familia [tu familia es el conjunto de los que has llamado, elegido y preferido] con la fidelidad de tu amor [al menos Tú eres fiel a ti mismo; Tú que nos has querido porque nos has elegido; ya no podemos sustraernos al haber sido elegidos, al haber sido amados; podemos traicionarte mil veces más que san Pedro, pero la fidelidad de tu amor permanece y custodia nuestra familia] y sustenta siempre la fragilidad de nuestra existencia [por ello la Iglesia, que sabe muy bien que somos frágiles, recompone para nosotros, en cada momento, la mirada de Cristo, su palabra que juzga y su corazón que ama] con tu gracia, único fundamento de nuestra esperanza»³⁷. Tu gracia es el único fundamento de nuestra esperanza, la premisa firme de nuestra fidelidad a la vocación en las circunstancias concretas, banales, obtusas y hasta repugnantes, en las que Dios nos llama.

«Sustenta siempre la fragilidad de nuestra existencia con tu gracia, único fundamento de nuestra esperanza», lo cual quiere decir que sin el Misterio de Cristo resucitado, el Misterio supremo del cristiano, sería vana la fe y todavía seguiríamos bajo el yugo nuestro pecado, es decir, en una realidad que está destinada a disolverse en cenizas, en la nada; y todo lo que vibra en la vida y parece excitar nuestros nervios, nuestros deseos y pensamientos sería ilusión, nos engañaría. No hay otra alternativa: o Cristo o esta vida ilusoria, «el horrendo / poder que, oculto, en común daño impera, / y la infinita vanidad del todo», como acaba la breve poesía *A sí mismo* de Leopardi³⁸. No hay alternativa a

Cristo resucitado, excepto esta frase del poeta.

Pero nosotros somos frágiles y esta original afirmación amorosa de la realidad, esa afectividad creatural abierta a lo que vale, propia del niño, se corrompe, se llena de gusanos, se desenfoca, se desvanece por nuestra flaqueza. Por eso la Iglesia, que nos trae el mensaje de Cristo resucitado, que le hace sacramentalmente presente, que es el cuerpo presente de Cristo resucitado, reza así: «Custodia a tu familia, oh Dios, con la fidelidad de tu amor [porque nuestro amor es infiel] y no dejes de sostener la fragilidad de nuestra existencia». Es decir, ¡necesitamos pedir! Más que nunca ante Cristo resucitado nuestra petición debe intensificarse. Más que nunca es oportuna nuestra insistencia en la súplica, la oración, la petición (utilicemos la palabra que es la esencia de la oración: pedir). ¡Nunca hemos pedido, suplicando, que nos concedieras la fidelidad en afirmar tu resurrección, oh Cristo! En un reciente debate cultural con una directora de cine no supimos responder; ella no encontró entre nosotros a nadie que dijese: «Has resucitado, oh Cristo», «Cristo ha resucitado», «Un hombre ha resucitado de la muerte». Ella es humanamente más inteligente que nosotros³⁹, como por otro lado también lo fue Camus. Nunca la palabra pedir, rezar, rogar se vuelve tan decisiva como ante el Misterio de Cristo resucitado. Para sumergirnos en el gran Misterio debemos suplicar: pedir es la mayor riqueza. Al igual que la inteligencia más aguda es afirmarlo, la afectividad más intensa es pedirlo, el realismo más vibrante y dramático es mendigarlo.

Por lo demás, el instante anterior ya se fue y el siguiente todavía no existe. Nuestra libertad se juega en el instante, en la decisión ante el presente. Si la libertad se juega en el instante, ¿qué capacidad posee nuestra libertad?, ¿qué es capaz de crear? Sólo posee la capacidad de desvelarse como petición. Nuestra libertad es exigencia de plenitud y de felicidad; necesidad de ser. El corazón –si queremos utilizar la palabra bíblica– es exigencia, es decir, deseo. El instante humano es deseo. Y la verdad del deseo está únicamente en que éste se convierta en petición. La libertad hace del deseo original una petición. Pedir es reconocer la bondad del designio de Dios. La petición es el reconocimiento –imperfecto y tímidamente incipiente– del Misterio que está entre nosotros. «Caminamos, por tanto, y cantamos para animarnos en el deseo. Aquel que desea, aunque calle con su lengua, canta con el corazón; en cambio, aquel que no desea, aunque hiera con sus gritos los oídos de los hombres, está mudo ante Dios, ante el Misterio»⁴⁰. ¿Cómo podemos hablar esta tarde de nuestras casas⁴¹, si no son un lugar donde este deseo hace cantar al corazón, de tal forma que cualquiera que entre pueda escuchar su eco? A lo mejor, si es alguien de fuera, sin comprender su por qué.

Permitidme que os lea este otro comentario sobre los salmos de san Agustín, aunque sea un poco largo: «Dice el profeta: “Rugía debido al gemido de mi corazón”. Pues hay

un gemido oculto que no se oye por el hombre, con todo, si el intenso pensamiento de algún deseo se apoderó de su corazón, de suerte que la herida del hombre interior llegue a expresarse con voz más clara, entonces se investiga la causa, y el hombre que oye dice dentro de sí: Quizá gime por esto o quizá le sucedió esto otro [el deseo se expresa en petición y la petición, por su propia naturaleza, tiende a hacerse oír, se hace escuchar]. Pero ¿quién puede entender, sino Aquel ante cuyos ojos y oídos gime? Porque aun cuando los hombres oyen el gemido del hombre, oyen frecuentemente el gemido de la carne, pero no oyen al que gime con el gemido del corazón. El que conocía por qué rugía, añade: “Y delante de ti está todo mi deseo” [¡sumérgeme en tu Misterio!]. No delante de los hombres, que no pueden ver el corazón, sino “delante de ti está mi deseo [los hombres escuchan su eco, sin comprender el por qué]. Se halle tu deseo ante Él [ante el Misterio]; y el Padre, que ve en lo escondido, te retribuirá [no puedo yo mantenerme en la conciencia de que estoy inmerso en tu Misterio, oh Cristo resucitado: ¡concédeme la gracia de creer en ti! Y el Padre, que ve en lo escondido, escuchará mi deseo]. Tu deseo es tu oración [tu petición]; si el deseo es continuo, continua es la oración [comprendemos que este es un elemento que tiende a definir cómo es nuestra vida: si tiende o se detiene, si es moral o inmoral]. No en vano dijo el Apóstol: “Orad sin cesar” (*1Ts 5,17*). Pero, ¿acaso nos arrodillamos, nos postramos y levantamos las manos ininterrumpidamente, y por eso se dice: “Orad sin cesar”? Si decimos que oramos así, creo que no podemos hacer esto sin interrupción. Existe otra oración [otra petición] interior y continua [es una actitud del corazón] cual es el deseo. Cualquier cosa que hagas, si desees aquel sábado [que es el gran día de Cristo, del retorno de Cristo] no interrumpes la oración. Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo: tu deseo continuo es tu voz, o sea tu oración continua. Callas si dejas de amar [es decir, de desear]. ¿Quiénes callaron? Aquellos de quienes se dijo: “Porque se acrecentó la iniquidad se enfrió la caridad de muchos” (*Mt 24,12*). El frío de la caridad es el silencio del corazón, y el fuego del amor, el clamor del corazón [la petición]. Si la caridad permanece continuamente, siempre clamas [siempre pedirás]; si clamas siempre, siempre desees; si desees, te acuerdas del descanso [“para guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (*Lc 1,79*)]. “Delante de ti está todo mi deseo” ¿Qué sucederá si el deseo está delante de Dios y no está el gemido? Pero, ¿cómo puede acontecer esto, siendo así que el gemido es la voz del deseo [cómo puede no estar ante él también la petición, que es expresión del deseo]? Por esto añade el salmo: “Y mi gemido no se te oculta”. También se observa que de vez en cuando ríe el siervo de Dios; ¿acaso por esto murió en su corazón aquel deseo? Si allí se halla el deseo, también el gemido; no siempre llega a los oídos del hombre, pero jamás se aparta de los oídos de Dios [y este deseo se mantiene también en la alegría]»⁴².

4. La realidad renace

¿Qué sucede cuando la gracia capacita nuestra inteligencia y nuestro afecto para entrar en el Misterio de Cristo resucitado? ¿Qué sucede al estar “inmersos en el gran misterio”? Cuando la gracia fecunda nuestra inteligencia y afecto, cuando la gracia nos hace creyentes (capaces de una afirmación amorosa de la realidad, de un afecto abierto a lo que vale, traspasando toda nuestra fragilidad con un deseo incesante, con una súplica ardiente), ¿qué sucede? Lo que «fundamentalmente» sucede –porque la conciencia de la Resurrección es la piedra angular sobre la que se construye todo y se nos concede por gracia– es que se hace la “luz”. Cristo resucitado «alumbra ya la noche que se acerca»⁴³. Imaginemos la noche; una noche profunda, sin luna y con las estrellas ocultas tras las nubes, una noche oscura. Imaginemos, de repente, la llegada del sol. Comparemos ambas cosas: ha surgido el mundo, no existía y ha surgido, definido en sus detalles, en las briznas de hierba, en las florecillas del campo, en el pájaro que cae –como canta el *Benedicite*⁴⁴: el cielo y la tierra, el viento y la lluvia, el sol y el calor; releamos atentamente el *Benedicite* en los Laudes–. Llega la luz y nace el mundo; se arroja luz sobre la experiencia que tenemos de la realidad. La luz irradia toda nuestra vida, la relación con todas las cosas; cuando la luz baña la realidad, esta se restaura, renace, es generada, se regenera. No es casualidad que el Bautismo se celebrara normalmente en la noche de Pascua, porque el Bautismo es “un nuevo nacimiento”, un nacimiento distinto; nace una “nueva criatura”, el verdadero protagonista de la historia que, aunque estuviese solo y lo mataran, es uno con Cristo.

¡Qué provechoso resulta leer toda la Liturgia del tiempo pascual, en el que las palabras “generar”, “regenerar”, “renacer” vuelven continuamente, una y otra vez! Quiero elegir una frase entre las más expresivas: «Concedenos, Señor, ser renovados por tu Espíritu, para resucitar en el reino de la luz y de la vida»⁴⁵. «Para renacer en la luz»: un ser humano renace en cuanto adquiere una conciencia nueva de la realidad, una inteligencia y una afectividad renovada hacia la realidad, una adhesión, un abrazo de la realidad; cuanto más está inmerso en el Misterio, tanto más se sumerge en la realidad. ¿Qué caracteriza entonces a esta regeneración? ¿Podemos reducir a su característica esencial el acontecimiento de esta regeneración, de este nacer de nuevo (yo soy otro, yo ya no soy yo, sino algo distinto que vive en mí⁴⁶, soy un yo nuevo)? El yo nuevo se caracteriza por la capacidad de captar la verdad de las cosas, la verdad de la realidad; el yo nuevo implica una inteligencia de la realidad verdadera, un amor a la verdad de la realidad, un estar inmerso en la verdad de la realidad.

La liturgia pascual nos recuerda que estamos inmersos, normalmente, o somos

demasiado proclives a una falsa inteligencia de la realidad y del amor a ella. «Oh Dios, que por medio de la humillación de tu Hijo levantaste a la humanidad caída [nuestra posición ante la realidad es una caída; mi posición ante ti es una caída; si Otro no me recupera, si no me levanta de nuevo, si no vuelvo a sumergirme en el Misterio de Cristo resucitado, mi posición ante ti decae, me molestas, o bien, te trato como a un extraño. En cambio, si te siento familiar y me resultas cercano es por Otro, por algo distinto que no es un pretexto para comprenderte y quererte: es por lo que te constituye del mismo modo que me constituye a mí, es decir, es por tu verdad; te veo y te amo por tu verdad, y me identifico, colaboro y camino junto a ti por la verdad que nos constituye a ambos], concede a tus fieles la verdadera alegría, para que quienes han sido librados de la esclavitud del pecado [esta caída es una culpa, somos conniventes por la ligereza y la distracción, a las que aludimos antes, que causan opresión; salvo en los largos paréntesis de distracción total, cuando uno renuncia a ser un hombre, no existe una sola persona que no se sienta oprimido por ellas, así como un viejo –lo sé por experiencia– que no consigue respirar libremente. ¡Pero el problema está en que un joven sea así, en que vosotros seáis así! Porque un viejo puede sentir opresión al respirar, pero su espíritu ser libre; y un joven, en cambio, puede estar oprimido en su espíritu], alcancen también la felicidad eterna»⁴⁷.

Y también: «Oh, Dios, que has redimido al hombre elevándole más allá del antiguo esplendor [porque el hombre fue creado en esplendor, pero no es capaz de mantenerlo; el antiguo esplendor se ha perdido, se ha extraviado, ha caído; el hombre está oprimido y tú, oh Cristo resucitado, me levantas, me devuelves el antiguo esplendor y me elevas más allá. El antiguo esplendor, en efecto, no sabía, no comprendía, pudo equivocarse, cometió la culpa que destruye], por el misterio inefable de tu misericordia, guárdanos a nosotros, hijos tuyos, nacidos a una nueva vida por el Bautismo, y consérvanos siempre los dones de tu gracia»⁴⁸. «Haz que abandonemos nuestra antigua vida de pecado [la versión italiana habla de “decadencia del pecado”; “decadencia” tiene un significado estético, objeto de una visibilidad, es algo que se corrompe: esa opresión se convierte en decadencia] y vivamos, ya desde ahora, la novedad de la vida eterna»⁴⁹.

Permitidme que lea otros pasajes de la liturgia. «Te pedimos, Señor, que la participación en el misterio pascual de tu Hijo nos libre de los fermentos del antiguo pecado [una vida que fermenta, que se deteriora como el pan que enmohece] y nos transforme en criaturas nuevas»⁵⁰. «Todos tus hijos renacidos del agua y del Espíritu...»⁵¹, se genera la criatura nueva que somos nosotros, tus hijos. «Purificados ya de sus pecados, alcancen todas tus promesas»⁵², libres de toda culpa, podemos heredar la

realidad como se nos ha prometido, es decir, en su hechura original, en su pureza y verdad. «Concede a quienes has librado de las tinieblas del error [de la vida oscura, fermentada, decadente] adherirse con firmeza a las enseñanzas de tu verdad»⁵³. «Ya que nos has iniciado en los misterios de tu reino, haz que abandonemos nuestra antigua vida de pecado y vivamos ya desde ahora la novedad de la vida eterna»⁵⁴. El antiguo esplendor fue como un meteoro, un designio ideal apenas trazado, porque el hombre lo trató desde el primer momento con una innata fragilidad interior. El Señor nos hace pasar de la innata fragilidad humana a la vida nueva.

5. Una experiencia nueva de la propia humanidad

Hay una palabra que ya hemos utilizado y que ahora se pone en el centro de nuestra atención a la realidad creada, a nuestro ser criaturas. Esta palabra surge únicamente del nuevo nacimiento que lleva a cabo la fe en Cristo resucitado. Leo un pasaje de Dante: «Bien veo de qué forma resplandece / la sempiterna luz en tu intelecto [en tu corazón la sempiterna luz resplandece: luce una exigencia de infinito y la insatisfacción que experimentamos la señala], / que, una vez vista, amor por siempre enciende [que, una vez vista, nos lleva a afirmar amorosamente lo que vale, la realidad auténtica]; / y si otra cosa vuestro amor seduce [si cualquier otra cosa seduce vuestro amor: vuestro juicio y afecto], / es tan sólo un vestigio de aquella luz [si “otra cosa vuestro amor seduce” no es más que “un vestigio” de esa eterna luz, un signo de ella], / mal conocido [cuya naturaleza no comprendes porque no te remite más allá: existe un punto de fuga dentro de cada cosa que la pone en relación con el infinito; la tomas, la posees –crees poseerla– excepto allí donde se convierte verdaderamente en sí misma; por tanto, cuando dices a la mujer: “te amo”, dices una mentira; cuando dices: “yo trabajo”, es una mentira; mentira respecto a lo que dices, respecto al tiempo que le dedicas; mentira dicha a la compañía y al pueblo al que sirves, o al que deberías servir, con tu trabajo], que allí se refleja [que se refleja dentro de lo que te atrae]». «Yo veo claramente de qué forma resplandece / ya en tu inteligencia la eterna luz, / que, vista una vez sola, enciende el amor para siempre; / y si otra cosa seduce vuestro amor, / no es sino un vestigio / mal conocido de aquella que en los bienes terrenos se trasluce [de la verdad, que se refleja, que resplandece en todas las cosas]»⁵⁵. «Ya comáis, ya bebáis, sois de Cristo; ya estéis despiertos o durmáis, sois del Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor»⁵⁶.

¿Queremos arrancar las cosas de lo que las constituye? «Todo consiste en Él»⁵⁷. Cristo resucitado es el grito con el que el Misterio eterno de la Trinidad clama ante todo el universo, el mundo y la historia, que *ese hombre*, el Verbo hecho carne, es aquello de

lo que todo está constituido. Si todo consiste en Él, ¿queremos arrancar personas o cosas, tiempo, espacio, proyectos, de lo que les constituye? Seríamos culpables y las cosas decaerían, serían mentira, acabarían en la nada. Por eso la liturgia de este tiempo dice: «Dios todopoderoso y eterno, que en la resurrección de Jesucristo nos has hecho renacer a la vida eterna»⁵⁸. Cada cosa contiene en sí misma un punto de fuga hacia el infinito, hacia lo eterno, y es eso lo que te atrae, porque tiene la misma medida de tu corazón. ¿Queremos establecer relaciones con personas y cosas sin esperanza eterna? Si no hay esperanza eterna, las perdemos; aun teniéndolas, las perdemos; aferrándonos, las echamos a perder. Tú que «nos has librado de las tinieblas del error»⁵⁹ con el don de la fe, alumbrá ya la noche que se acerca. Nos has liberado de las tinieblas con el don de la fe: una luz que vence las tinieblas. La verdad es lo que ven los ángeles de Dios o el corazón del niño, y más profundamente, el pobre de espíritu, la inteligencia sencilla y menesterosa.

«Para que nuestros corazones estén firmes allí donde reside la verdadera alegría»⁶⁰; no se trata de renegar de nada, ni siquiera de un solo cabello de la cabeza; se trata de hacer verdadero todo lo que vivimos, de afirmar con inteligencia la verdad, de amar la verdad del afecto. Todo esto es posible sólo si estamos inmersos en el gran Misterio de Cristo y lo reconocemos.

«Sin duda la resurrección es para Jesús mismo —escribe Inos Biffi— un hecho nuevo y original [ensimismémonos con ese hombre que resucita: es un hecho nuevo y original para él, exactamente igual que para nosotros], un hecho ciertamente histórico [sucedió, es decir, histórico] y que, por otra parte, lo ha sustraído de la forma natural de la experiencia». Cuando resucitó, Jesús tuvo una experiencia nueva de su humanidad, de su manera de estar entre la gente, de su habitar el tiempo y el espacio, de su caminar y comer; una experiencia sustraída a la forma natural que tenía antes. Comer, estar con María y los Apóstoles no era igual que lo es para nosotros; estaba con ellos de otra manera: con una posesión definitiva; les miraba desde la perspectiva última, a la luz de su verdad. Este estar «sustraído de la forma natural de la experiencia» es lo que hace verdadera también la relación entre nosotros, en la casa y con todos. Si no es la forma natural de la experiencia, ¿qué es entonces? Es la forma verdadera, es la forma eterna que empieza en nuestra experiencia, porque lo que es verdadero es eterno: «Tiene valor incluso una palabra dicha en broma»⁶¹, «hasta los cabellos tenéis contados»⁶². La Resurrección es «un hecho nuevo y original que lo ha sustraído de la forma natural de la experiencia». Se llama virginidad a este “ser sustraídos de la forma natural de la experiencia”: una relación con una distancia dentro, que es la verdad del presente; una

relación en la que no se evita el punto de fuga, no se cierra, no se elimina de la propia consideración ni se aparta con la pretensión de aferrarlo todo, acabando así perdiéndolo todo. El hecho de ser sustraídos de la forma natural de la experiencia para entrar en la experiencia de Cristo resucitado continúa en la historia a través de la forma de la virginidad; sigue aconteciendo en la historia del hombre, al que Él llama, mediante la forma de la virginidad: una posesión con una distancia dentro, un punto de fuga aún vibrante, aún herido, aún abierto, en espera, corriendo hacia la meta, suplicando, pidiendo lo Eterno. «La resurrección ha sustraído a Cristo de la forma natural de la experiencia –¡atención!– dejándole sin embargo todavía más profundamente en nuestra historia [ya lo he dicho: no se evita nada], con nosotros hasta el fin del mundo [con toda la realidad hasta la última gota de sangre, hasta el último cabello]. El Resucitado pertenece al mundo celestial [esta es la tragedia: para nosotros el mundo celestial es un mundo abstracto, que está en las nubes, quién sabe dónde; en cambio, hemos repetido siempre que es la verdad de este mundo, la verdad de tu persona ante mis ojos, mi inteligencia y mi corazón: es tu verdad; podemos equivocarnos mil veces al día, pero ya no podemos evitarlo; la alianza de Cristo resucitado con nosotros, la unidad con él es tan deseable que resulta casi imposible no serle fieles: “Yo soy el camino”]. La resurrección y el señorío de Cristo son un hecho nuevo y original para los mismos discípulos. Con la resurrección comenzaron a ver a Jesús y su historia bajo una luz renovada, descubrieron definitivamente su identidad [lo que Él era de verdad] y se adhirieron a él sin más vacilaciones [tal vez lo traicionaron, pero sin vacilaciones: ¡qué paradoja! La traición es un tropiezo debido a nuestra fragilidad; en cambio, vacilar en la estima y el afecto nos lleva a abandonar el camino], después de la turbación y de la prueba inquietante de la Cruz».

En los últimos Ejercicios espirituales –y con esta observación concluyo–, recordé algo que repito a menudo: haber sido sustraídos de la forma natural de la experiencia, esta forma nueva de la misma experiencia, implica algo fascinante que se puede comprender pensando en el tiempo y el espacio. El tiempo y el espacio son los factores que permiten al espíritu y a la conciencia expresarse y convertirse en experiencia visible, tangible, audible. Son los factores que permiten a la conciencia expresarse y realizarse en la Historia y, por tanto, son instrumentos expresivos: si tengo el tiempo me expreso, si tengo el espacio me expreso, allí donde tengo tiempo y espacio me expreso, me afirmo y así me voy realizando. Pero a la vez tiempo y espacio son los límites que no me permiten realizarme fuera de estos confines –soy esclavo, estoy aprisionado–. Son factores expresivos que, sin embargo, en última instancia me limitan (si estoy aquí en este momento hablando con vosotros, no puedo estar a la vez en Milán en una reunión de amigos para hablarles a ellos, porque el tiempo y el espacio me retienen aquí). La forma

nueva de la experiencia que Cristo resucitado, como hombre, experimentó, vivió y vive hasta el final de los tiempos, es que el tiempo y el espacio no son ya un límite, son únicamente factores expresivos. Por eso, al mismo e idéntico tiempo, podía estar en el espacio de Jerusalén y en el espacio de Judea; al mismo tiempo Jesús puede estar en la eucaristía en Tokio y en la eucaristía en el Duomo de Milán. El tiempo y el espacio son para él solamente factores expresivos: es lo que nosotros experimentaremos al final del mundo, cuando todo será instrumento expresivo, plena realización.

Entonces ya desde ahora, si participamos en la experiencia nueva que el hombre Cristo, resucitado de la muerte, vive hasta el final de los tiempos, participamos de forma incipiente, de forma incoativa de este señorío suyo sobre el tiempo y sobre el espacio. Esto es lo que exalta la vocación a la virginidad: sólo en la virginidad el tiempo y el espacio comienzan a ser más transparentes, más dúctiles, dejan de ser muros o rejas de prisión. Cuando uno está estudiando y, en Cristo muerto y resucitado, ofrece su momento de estudio por el mundo entero, por la pobre gente que vive en África o en Sudamérica, su gesto llega hasta allí y –sin saber cómo– se inscribe en el tiempo y en el espacio de la gente que vive allí. No sabes cómo, pero cuanto más haces esto, cuanto más creces en esto, tanto más experimentas y vives tu experiencia humana como participación en el señorío sobre el mundo y su destino, eres amante del mundo. Vives cada vez más, momento por momento, la afirmación amorosa de todo: entonces vives así también la relación con la persona a la que quieres, incluso la relación con las personas que te pesan, con la fatiga de la jornada, con la alegría de la diversión, con lo que te resulta ajeno y te oprime por todas partes durante el día. Incluso con lo que no conoces, cuyos efectos sin embargo sufres, incluso ante la barbarie de la política, ante Chernobyl o el SIDA, frente a todo experimentas un señorío, que forma parte del señorío de Cristo.

6. O Cristo o la nada

No existe alternativa entre Cristo resucitado y el decaer de todo hacia la nada, hacia la corrupción que altera y mata. Nada puede suprimir la diferencia entre la verdad y la mentira en nuestras relaciones; entre la adhesión a esa verdad o la mentira en nuestras relaciones. Hasta la relación más íntima y amada acabaría en el desinterés más absoluto. Mientras que la relación más amada se vuelve eterna, una posesión que ya es eterna, como decía Dante, pues en ella «se trasluce», se refleja el Misterio que tú reconoces. Y por eso abrazas lo que amas con una distancia dentro que te hace decir: «En ti se refleja mi Señor, Jesucristo. Te amo a ti como amo a Cristo, en ti amo a Cristo, te amo en Cristo»: es lo mismo, sin artificio ni abstracción alguna. “Carne”: el cardenal Ratzinger advierte que no hay que traducir “resucitado de entre los muertos”, “resucitado del mal”,

sino “resucitado en la carne”, en su condición real. Por ello ya nadie nos es ajeno, ni siquiera el que vive en Kamchatka o en Australia: ya no hay extraños. Y todo me pertenece con ese alivio y ese descanso que me da la percepción del punto de fuga que hay en cada cosa y que la une con su Destino, con el Misterio último que se desveló plenamente, con toda su potencia, misericordia y justicia, en Cristo resucitado.

«*Ex uno Verbo omnia*»: de una sola cosa, todo; de una sola realidad viene todo. Y este “uno Verbo” es lo que habla también en ti, lo que coincide con el atractivo último que te constituye. «*Ex uno Verbo omnia et unum loquuntur omnia, et hoc est Principium quod et loquitur in nobis*»⁶³. O, como dice Jacopone da Todi: «*Amore, amore, omne cosa conclama*»⁶⁴. Todo en el mundo clama: «Amor, amor». Todo.

Por ello nos levantamos todas las mañanas con un horizonte y un destino, una intensidad de vida y una posesión vibrante, porque Cristo nos posee. De su posesión brota nuestra posesión, nuestra sensibilidad e intensidad existencial; de ahí nace la catolicidad, esa relación con todos que lleva dentro una cruz (es una posesión con una distancia dentro). Todo parte del ser poseídos por Cristo resucitado, del vivir «inmersos en su gran Misterio». La mañana se nos da para recuperar nuestra verdad elemental, original, de criaturas llamadas y elegidas. Pertenece a la «generación que te busca, que busca tu rostro, Dios de Jacob»⁶⁵. Somos parte de la historia de Israel, parte de la historia del *Benedictus* y vivimos en el mundo como Juan Bautista: «Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo»⁶⁶. Somos profetas: nuestra existencia lo proclama ante el mundo. Pero esto abriría otra cuestión, otro paso más.

¹ «Al celebrar un año más la santa Cuaresma concédenos, Dios todopoderoso, avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud». Misal Romano, Domingo I de Cuaresma, *Colecta*.

² Misal Romano, Domingo III de Cuaresma, *Colecta*.

³ «[El profeta] hace presente a Dios ante todo el pueblo, mediante su oración y súplica (Ex 33,12-13): en ella no pide bienes particulares, sino que pide a Dios mismo, pide su presencia, su compañía manifiesta, su ayuda, la continua renovación de la alianza (Ex 33,14-17)» (*Escuela de comunidad 1974-75: La reconciliación cristiana – 2. Liberación del pecado, pro manuscrito*, p. 28).

⁴ Cf. Ap 22,20.

⁵ Cf. Ga 4,6.

⁶ Cf. Lc 11,13.

⁷ Flp 2,17.

⁸ G. Leopardi, *El infinito*, en: *Cantos*. Ed. bilingüe por M^a de las Nieves Muñiz Muñiz. Cátedra, Madrid 1998, p. 233.

⁹ Cf. Is 55,8.

¹⁰ Cf. O. Milosz, *Teatro: Miguel Mañara, Mefibóset, Saulo de Tarso*. Encuentro, Madrid 1991, p. 61.

- [11](#) Cf. 2 P 3,8-13.
- [12](#) Cf. Rm 8,28.
- [13](#) Don Giussani hace referencia a la imagen de un conocido cuento italiano.
- [14](#) Sal 63(62),4.
- [15](#) Sal 63(62),7-8.
- [16](#) Cf. 1 Jn 2,16.
- [17](#) Ga 3,28.
- [18](#) Liturgia del sábado después del miércoles de Ceniza, rito romano: Is 58,9.
- [19](#) Cf. Rm 14,4.
- [20](#) Mt 4,1-11, Misal Romano, I domingo de Cuaresma, Año A.
- [21](#) Cf. Lc 8,10.
- [22](#) Don Giussani hace referencia a los textos reunidos en su *Curso básico de cristianismo* (Encuentro, 2007) que sirven para la Escuela de comunidad del movimiento eclesial de Comunión y Liberación, publicados en español por Ediciones Encuentro.
- [23](#) Hch 17,30b-31.
- [24](#) Jn 17,1.
- [25](#) Hch 4,7b-12.
- [26](#) 1 Co 15,1-17.19-22.
- [27](#) Artículo publicado en el diario italiano *Il Messaggero* el día de Pascua de Resurrección de 1992 y retomado por el editorial del semanal *Il Sabato* del 2 de mayo siguiente, p. 3.
- [28](#) Editorial de *Il Sabato*..., op. cit.
- [29](#) Cf. Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, traducción del artículo “*Carnis resurrectionem*” del Símbolo apostólico, 14 de diciembre de 1983: *Notitiae* 20 (1984) 212, pp. 180-181.
- [30](#) Cf. R. Guardini, *Studi su Dante*, Morcelliana, Brescia 1967, p. 231.
- [31](#) «Inmersos en el gran Misterio», himno de Laudes del Tiempo ordinario (texto original de las Monjas Trapenses de Vitorchiano).
- [32](#) Cf. Sal 118 (117),22.
- [33](#) Cf. Santo Tomás de Aquino, I Sent., d. 42. q. 2, a 2, ad 4; I-II, q. 114, a. 2.
- [34](#) Mt 18,3.
- [35](#) Cf. 1 Co 15,17.
- [36](#) La palabra “ilusión” viene del latín *illusio -nis*, “engaño”; *illusus* es el participio del verbo *illudere*, “burlarse de”, “mofarse de”. El verbo *illudere* se formó con el prefijo *in-* y el verbo *ludere*, “jugar”. Por tanto, originalmente, *illudere* en latín significaba “jugar en contra (in)”, “hacer mofa de”.
- [37](#) V domingo del Tiempo ordinario del Rito Ambrosiano, oración colecta.
- [38](#) G. Leopardi, *Cantos*, op. cit., vv. 14-16, pp. 402-403.
- [39](#) En un encuentro que tuvo lugar el 7 de noviembre de 1991 en el entonces Centro Cultural San Carlos de Milán (hoy Centro Cultural de Milán), la directora de cine Liliana Cavani, después de haber afirmado que el centro de la figura de san Pablo es el grito «Cristo ha resucitado», declaró que se habría sobresaltado si se hubiese encontrado alguna vez a un cristiano que dijese en serio «Cristo ha resucitado».
- [40](#) San Agustín, *Exposición sobre los Salmos*, Salmo 86,1.
- [41](#) Se sobreentienden aquí las “casas” de la Asociación laical *Memores Domini*.
- [42](#) San Agustín, *Exposición*..., op. cit., Salmo 37,13-14.
- [43](#) Himno de las Vísperas del Monasterio de Vitorchiano, Tiempo de Pascua, *Salvados por la sangre del Cordero*.
- [44](#) Cf. Dn 3,57-88.
- [45](#) Liturgia de las Horas, oración de la Hora intermedia del domingo de Pascua.
- [46](#) Cf. Ga 2,20.
- [47](#) Liturgia de las Horas, oración de los Laudes del domingo XIV del tiempo ordinario.
- [48](#) Liturgia de las Horas, oración de los Laudes del jueves de la IV semana de Pascua.
- [49](#) V Domingo de Pascua, oración después de la comunión.
- [50](#) Miércoles de la octava de Pascua, oración después de la comunión.
- [51](#) Liturgia de las Horas, oración de la Hora intermedia del martes de la III semana de Pascua.
- [52](#) Martes de la III semana de Pascua, oración colecta.
- [53](#) Liturgia de las Horas, oración de los Laudes del jueves de la III semana de Pascua.
- [54](#) Jueves de la V semana de Pascua, oración después de la comunión.
- [55](#) Dante Alighieri, *Paraíso*, canto V, vv. 7-12, en op. cit., p. 384.

- [56](#) Cf. 1 Co 10,31; 1 Ts 5,10; Rm 14,8.
- [57](#) Cf. Col 1,17.
- [58](#) Jueves de la VI semana de Pascua, oración después de la comunión.
- [59](#) Miércoles de la V semana de Pascua, oración colecta.
- [60](#) XXI domingo del tiempo ordinario, oración colecta.
- [61](#) Cf. Mt 12,36.
- [62](#) Cf. Mt 10,30.
- [63](#) *Imitación de Cristo*, Libro Primero, 3, 8.
- [64](#) Jacopone da Todi, *Como l'anima se lamenta con Dio de la carità superardente in lei infusa*, lauda XC, en *Le laude*, Librería Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 318.
- [65](#) Sal 24 (23),6.
- [66](#) Lc 1,76.

V. ASCENSIÓN Y PENTECOSTÉS

EN LA PROFUNDIDAD DE LAS COSAS

El misterio de Cristo resucitado, el hecho de la Resurrección de Cristo, se cumple, es decir, se define, en otros dos acontecimientos; se precisa en otros dos momentos que son consecuencia directa del acontecimiento original y principal, que es el rescate de la muerte de aquel hombre que –como dijimos esta mañana¹–, desde entonces empezó una experiencia distinta de la experiencia natural que vivía antes. No porque haya eliminado algo de lo que perteneció a su vida de hombre, sino porque otro punto de vista, otro punto de partida, otra mirada, otro modo de poseer, otro objetivo determinó su relación con las cosas, o, más precisamente, con el tiempo y con el espacio, con el destino inherente a cada cosa. Es decir, tenía otro modo de concebir y de vivir la experiencia de su relación con el ser, según todas sus formas expresivas.

1. Ascensión: el cielo es la verdad de la tierra

El primer momento que sigue a la Resurrección de Cristo como una aclaración y un cumplimiento, un paso hacia la plenitud –hacia el cumplimiento en el sentido total del término– es el misterio de la Ascensión al cielo.

Pidamos al Señor que nos conceda introducirnos en el significado viviente de lo que dijimos esta mañana, porque de lo contrario cada paso ulterior produciría confusión y oscurecería nuestra comprensión en lugar de aclararla más.

Esta mañana decíamos que el cielo –la experiencia «celeste», leímos en un texto citado al respecto–, el cielo es la verdad de la tierra. El cielo es el significado profundo, es la verdad de este mundo, el origen de este mundo, el origen del ser y del existir, de la consistencia, del camino y del destino de este mundo. Lo que nosotros vemos es la superficie de las cosas, lo que aparece ante nuestros ojos. Lo que vemos es la apariencia, pero la verdad de la apariencia traspasa su superficie, rebasa sus límites, nos hace bajar –son todas comparaciones–, descender hacia lo hondo hasta tocar el origen misterioso de la realidad que vemos, tal y como aparece, hasta percibir el destino que tienen todas las cosas. Las cosas se mueven hacia su destino, se dirigen hacia él como a su fin; y su destino final les da sentido, el sentido eterno por el que han sido creadas, consisten y subsisten.

Como hemos repetidamente meditado en otras ocasiones (y quizás os convenga retomar las notas de esos encuentros), el misterio de la Ascensión proclama que Cristo, resucitado de entre los muertos, ha recibido del Padre el cumplimiento de la gran promesa, goza ya de la herencia eterna, la herencia por la que tuvo que morir: le llamarán Rey del universo². Rey del universo, Dueño de todo, Señor de la historia: «Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo»³.

Rey del universo, Señor de la historia. ¿Qué quieren decir estas expresiones sino que Cristo ha entrado ya en ese estado definitivo desde el que recobra su posesión original de las cosas? Cristo posee las cosas conforme al plan trazado desde el principio, puesto que todas las cosas en Él consisten. Y esta posesión suya de toda la realidad, esta posesión que Él retoma de todo el universo así como de toda la historia, está destinada a revelarse, a manifestarse, siguiendo el ritmo de un designio, que es el designio misterioso del Padre.

Su entrada definitiva en lo eterno para tomar posesión de las cosas se anuncia en el día de la Ascensión al cielo. Y se convierte en contenido del mensaje que, desde aquel instante, se anuncia al mundo entero, penetrando toda la historia. La Ascensión al cielo proclama que Cristo empieza a tomar posesión definitiva de la realidad, entrando en lo eterno. Y desde aquel día, este anuncio resuena en el mundo entero penetrando toda la historia.

Cristo subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre; está allí como Señor de todas las cosas, las posee desde su raíz, esperando que esto se manifieste según el designio de la voluntad del Padre, según un hilo, un camino, un flujo, un cauce portante al que prestan atención los hombres que gozan de la mirada de la fe. Lo advierten con sorpresa repentina aquellos a los que Él llama, al percatarse de qué gracia está hecho el tiempo, aun cuando parezca que todavía domine la cruz y que sea invencible el rechazo que lo devuelve a la tumba. Ya empieza su victoria sobre la muerte y, por tanto, sobre todas las fuerzas que llevan a la muerte, sobre todas las fuerzas de la realidad que no le reconocen como el Señor.

«Tú que concediste [a los apóstoles] la multiforme riqueza de la Sabiduría eterna»⁴. La multiforme riqueza de la Sabiduría eterna: la Sabiduría eterna, que Él comunica a los que ha elegido, a los que el Padre ha puesto en sus manos, a los llamados, es una riqueza multiforme, porque concierne a toda criatura: la piedra y la brizna de hierba, la flor del campo, el pájaro que cae y el niño que se abraza a su madre, como ejemplifica el santo Evangelio. He aquí que Cristo, muerto y resucitado, es el dueño y el señor de esta Sabiduría eterna de multiforme riqueza; una riqueza tan multiforme como multiforme es el rostro de lo que existe. Posee todas las cosas, porque el Padre ha puesto todo en sus

manos: «Tú me diste poder sobre toda carne, sobre todo hombre»⁵, ¡cada hombre!

Él comunica su señorío sobre todas las cosas a aquellos a los que ha llamado, a los que ha elegido, a quienes le dicen “sí” y lo siguen; comunica su Sabiduría eterna según una multiforme riqueza que se despliega en las circunstancias que se suceden, en las presencias que se multiplican. Así, quien le sigue se interna en el misterio de Su señorío, de Su majestad sobre todo lo creado, de Su poder sobre todas las cosas, realmente se siente inmerso en Su misterio. Y con el paso del tiempo, con los años, siguiéndole, la multiforme riqueza de esta Sabiduría se traduce en un gusto más rico, más atento y discreto, más fecundo, del vivir.

Pues, el misterio de la Ascensión completa el misterio de la Resurrección, lo extiende a toda la realidad, lo prolonga en todos los tiempos, a lo largo de toda la historia y en la eternidad: Rey del universo, Señor de la historia. La riqueza multiforme que esta posesión implica se comunica en las circunstancias concretas a quienes le siguen con fidelidad, a quienes son llamados: «Tú que concedes a los que has llamado la multiforme riqueza de tu Sabiduría eterna», Tú que eres el Rey del universo, canta la liturgia. O, también, habla de la «patria eterna», aquella en la que Cristo reside⁶. La patria eterna: la realidad se ha convertido en su casa donde Él mora en lo oculto y se va revelando lentamente, según los tiempos que el Padre establece, esperando el día de su manifestación gloriosa, cuando al final todos dirán: «Sí, somos suyos». Y Él juzgará, es decir, manifestará la medida de su posesión en cada ser; y, puesto que nuestro ser es consciente y libre, el juicio de Cristo medirá la respuesta, el reconocimiento que nuestra conciencia le haya dado.

Nuestra humanidad –reza la liturgia– es «elevada». «Nuestro espíritu se eleva hasta [tu] alegría en el cielo»⁷. Elevar: alto y profundo –siempre lo hemos dicho– indican lo mismo; indican el lugar adonde vamos, el lugar misterioso por el que estamos hechos. Pero no es otro lugar que éste en el que vivimos, es el cielo de este lugar; es su hondura. Es su profundidad. Antaño resultaba más fácil y más bonita la metáfora del cielo; a nosotros los modernos nos resulta quizás más intensa y apreciable la metáfora de la profundidad, de la raíz: destino y raíz, dónde se halla el descanso en la verdad, es decir, dónde se halla la paz ferviente y fecunda que lo eterno genera instante tras instante. Pero, al hablar de paz ferviente y fecunda, pensamos tan sólo análoga o fantasiosamente en lo eterno como algo que se genera instante tras instante: ¡es esta vida la que se genera en la paz ferviente y fecunda! ¡El descanso en la verdad empieza en nuestro seguimiento en esta vida! Patria eterna, humanidad ensalzada, espíritu que se eleva hasta la alegría: esta es la participación en el misterio de Cristo resucitado, subido al cielo; que ya está sentado a la derecha del Padre, que ya ocupa su lugar definitivo; que ya no tiene nada

más que conquistar. Él es lo que está destinado a ser desde la eternidad: Verbo, hecho carne, heredero de toda la plenitud del Padre, de todo el ser, de la realidad entera.

2. El Espíritu Santo: la energía con la que Cristo domina el tiempo y el espacio

¿Pero quién puede hacernos entender estas cosas? ¿Quién puede evitar que estas palabras vaguen a orillas de nuestra conciencia? ¿Quién puede hacérselas decir como expresión de una experiencia inicial, incoativa pero real, de lo eterno? ¿Quién puede hacernos copartícipes de esta posesión que Cristo tiene ya sobre el universo entero? ¿Quién puede hacernos participar de su realeza soberana sobre el tiempo y el espacio, de su señorío sobre la historia? ¿Quién puede darnos a entender estas palabras, introducirnos en su significado? Aquel que puede «sumergirnos» en el Misterio, en el misterio definitivo que es la Ascensión.

El misterio definitivo es la Ascensión de Cristo: en la humanidad de Cristo nuestra humanidad ha empezado a tomar posesión del señorío sobre el mundo que tendremos en la eternidad. Nada podemos imaginar, pero podemos empezar a comprender. Si no podemos ver este señorío final, podemos sin embargo empezar a vislumbrarlo.

Quien puede introducirnos en el significado de la Ascensión es el Espíritu de Cristo, el Espíritu del Verbo encarnado, de aquel que resucitó y subió a los cielos.

«Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero, si me voy, os lo enviaré. Él me dará gloria porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros»⁸. El que puede introducirnos en el Misterio redentor es el Espíritu de Cristo. Por eso la Pascua culmina en el día de Pentecostés, el tiempo pascual en la bajada del Espíritu Santo.

Jesucristo, una vez resucitado, asciende a los cielos: allí establece su posesión eterna y nos llama a participar en ella. Él es el principio de nuestra posesión. Su Espíritu empieza a forjar nuestra vida y, si nuestra libertad abre los brazos y pide: «¡Ven!», la plasma según la forma que tendrá para siempre. Empezamos entonces a juzgar, a percibir, sentir, mirar, abrazar, querer, usar, crear, conforme a Su verdad, esa verdad que, sin Él, no existiría en ninguna de nuestras relaciones, pues nosotros dejaríamos caer todo en el vacío.

El Espíritu es generador de vida. «*Veni creator Spiritus*», ven Espíritu creador, es decir, Espíritu generador. Espíritu que genera la forma nueva de nuestra vida. En los que reconocemos a Cristo resucitado empieza a arraigar una experiencia diferente: una inteligencia diferente, un afecto distinto, una capacidad distinta de utilizar las cosas y de trabajar. El Espíritu de Cristo plasma en nosotros esta forma diferente. Su Espíritu es

la energía con la que Cristo “toma” las cosas –con aparente lentitud ante nuestros ojos, requiriendo paciencia de nuestro corazón– conforme a la medida de una evolución, de un paso que establece el Padre, para quien «mil años son como un ayer que pasó»⁹.

El Espíritu Santo genera una forma nueva en nosotros, que emerge, se afirma, se atestigua, se vuelve contenido sensible de la experiencia, se torna testimonio ante los demás, según la voluntad y el designio del Padre. La energía con la que Cristo toma posesión del tiempo y del espacio es su Espíritu de resucitado que crea en nosotros esta forma nueva de vida.

«Si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito». Todo tiene que cumplirse; entonces este actor irresistible de la realidad, este hecho clave del destino de la historia y del cosmos, actúa comenzando por los que el Padre ha puesto en las manos del Hijo: los llamados, los escogidos, los elegidos, es decir, nosotros, los bautizados.

Tenemos que leer el capítulo octavo de la *Carta a los Romanos*, y también los dos primeros capítulos de la *Primera Carta a los Corintios*. Tenemos que volver a leerlos; leerlos una infinidad de veces. Son dos himnos al Espíritu de Cristo, Espíritu creador que cambia nuestra vida, como cambia la vida del mundo: cambiando nuestra vida cambia la del mundo. Conduce nuestra vida y conduce la del mundo. Guía nuestra vida discretamente, guía la historia del mundo casi sin hacerse notar. Sin embargo, en nosotros pulsa algo por lo que Él se convierte en principio de experiencia sensible, principio de un sentimiento nuevo del ser. «Haz que toda nuestra vida se convierta [por tu poder] en testimonio del Señor resucitado»¹⁰. Para que dé testimonio del Señor resucitado tiene que ser plasmada según el punto de vista del Resucitado, según esa verdad de las relaciones de la que hemos hablado esta mañana.

El Espíritu es quien puede espolear nuestras relaciones, purificándolas en el sacrificio y en la cruz, para que sean más verdaderas. Para que, «nacidos a una vida nueva por las aguas del Bautismo y animados por la única fe, manifestemos en las obras el único amor»¹¹, de manera que «podamos elevarnos desde las alegrías y los dolores de parto de la tierra al deseo de ti»¹². Es el Espíritu quien lo hace posible.

«Concedéndonos ser renovados en tu Espíritu para renacer en la luz del Señor resucitado»¹³. «Haz que, según tu promesa, sintamos tu presencia entre nosotros hasta al final de los tiempos»¹⁴. «Concedéndonos la serena confianza de que todo el cuerpo de la Iglesia se unirá a Cristo, su cabeza, en el gloria»¹⁵: es la percepción cada vez más aguda de Cristo resucitado y de su Misterio, y el trabarse cada vez más imponente de nuestra unidad, de la unidad de todos los que somos llamados a darle testimonio, a testimoniar ante el mundo que Cristo ha resucitado.

«Inmersos en el gran Misterio»¹⁶ que es Cristo resucitado, luz del mundo: la verdad de la realidad se manifiesta a los que se ponen frente a la provocación y al anuncio de la Resurrección con esa inteligencia positiva, pobre, dispuesta a afirmar afectuosamente la realidad, pues ese es el terreno sobre el que se asienta la fe. La Ascensión cumple este gran Misterio: «Inmersos en el gran Misterio». No se puede hablar de Cristo resucitado sin remitir a Cristo resucitado y subido al cielo: ha resucitado y está ya en su lugar definitivo. Su tarea ha culminado y comienza su señorío; su herencia empieza a resplandecer. Está en la raíz de todas las cosas y empieza a manifestar su posesión sobre ellas. Tal como ocurrirá definitivamente al final del mundo, ya empieza a mostrarse a lo largo del camino a los que, al haber sido elegidos, le son fieles y creen en él. Y el don de Pentecostés, el don por excelencia del Espíritu Santo, es la fecundidad del alma, esa fecundidad del corazón que alcanza una visión nueva. El don de Dios al hombre es el Verbo encarnado. Y mediante el Espíritu de este hombre, que es Dios hecho carne y resucitado de entre los muertos, el hombre lo reconoce, lo entiende, lo abraza, lo sigue y lo imita. Y así el Padre es glorificado.

Resurrección, Ascensión, Pentecostés son un único gran Misterio: vivimos «inmersos en el gran Misterio».

3. La contemporaneidad de Cristo resucitado

Con un poco de paciencia, queremos ahora detenernos en la modalidad con la que Cristo resucitado actúa, con la que Cristo subido al cielo —y por lo tanto ya en posesión de nuestra vida y del mundo entero— lleva adelante, por la energía de su Espíritu, su posesión de nosotros y nos cambia, nos provoca y nos plasma de modo diferente, haciéndonos semejantes a Él. Es decir, nos lleva a ver las cosas en su verdad, tal como Él las contempla, para que todos juntos formemos su cuerpo, la plenitud de su cuerpo que se va edificando en el tiempo mediante la aportación de cada uno de nosotros.

Me parece oportuno recordar ahora un pasaje del diario de Kierkegaard, que os leí en los Ejercicios de la Fraternidad¹⁷: «La única relación ética [es decir moral] que se puede tener con la grandeza [es decir, con Cristo] es la contemporaneidad. La relación que podemos tener con un difunto es una relación estética [emotiva]: su vida pasada ha perdido el aguijón, ya no juzga mi vida [de ahora]; me permite admirarlo, pero también me deja vivir con categorías ajenas a él: no me obliga a ningún cambio decisivo»¹⁸. El pasado no actúa sobre el presente: solamente algo presente puede actuar sobre el presente.

Ahora bien, ¿cómo se autentifica la contemporaneidad de Cristo resucitado y subido al cielo, y del Espíritu que procede de Él? ¿De qué manera somos contemporáneos a Cristo

resucitado y ascendido a los cielos? ¿De qué manera su Espíritu desciende y se infunde en los llamados?

Esta mañana me han entregado esta cita de Séneca, ¡de Séneca! «¡Tienes que vivir para otro, si quieres vivir para ti mismo!»¹⁹ (el genio, siendo hijo del misterio del Padre, ¡se acerca siempre a la profecía!). «¡Tienes que vivir para otro, si quieres vivir para ti mismo!». Para otro: ¿y cómo identificar a este otro? Puedes elegirlo tú; pero si lo eliges tú, entonces te eliges a ti mismo, ¡siempre eres tú! O lo eliges tú –y entonces te eliges a ti y el otro es un simple pretexto, una apariencia– o bien se te impone. Si se te impone, ¡entonces eres esclavo y te pierdes a ti mismo! Sólo si el otro es cauce hacia tu destino, vives para él de tal manera que vives realmente para ti mismo. Si este otro es cauce hacia tu destino, te liga a tu destino; si está en función de tu destino, entonces, viviendo para él vives para ti mismo. Pero nuestro destino es Uno, es una Persona cuyo nombre conocemos. Al menos el nombre lo conocemos muy bien y no podemos sustituirlo; sólo podemos pronunciarlo con la respiración cortada, pero ya no podemos suplantarlos: Jesucristo. El Misterio se ha comunicado al hombre mediante una realidad humana, Cristo. ¡Por tanto tienes que vivir para Él, si quieres vivir para ti mismo!

La ley del Misterio –lo hemos visto– traspasa su primera y decisiva formulación. La ley del Misterio asume la forma humana que es Cristo (Cristo resucitado, subido al cielo, que nos envía su Espíritu). En efecto, para llevar a cabo su obra, conforme al designio del Padre, Cristo obedece al mismo método que el misterio del Padre instauró para comunicarse al hombre y al mundo. Para comunicarse al hombre y al mundo el misterio del Padre eligió hacerse presente a través de una realidad integralmente humana, esto es, Cristo. Cristo elige el mismo método: se hace presente, contemporáneo, a través de una realidad humana, integralmente humana; por tanto formada de hombres y de todo lo que a los hombres atañe, es decir, todo: la realidad de la Iglesia. Una exigua compañía de hombres hace dos mil años, una gran compañía de hombres ahora, pero precisada en sus confines.

Precisada en sus confines: «Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús [una sola persona, que es Cristo]»²⁰.

Pequeña o gran compañía de hombres, precisa en sus confines. El Misterio, el Destino se comunica al hombre a través de una carne, de una realidad hecha de tiempo y espacio, asumiendo la materialidad de las cosas, identificándose con circunstancias concretas, que mantienen toda su fragilidad y la aparente futilidad de las circunstancias naturales, como lo fueron ante los ojos de los fariseos Cristo, su familia, lo que hizo y lo que dijo. Reconocer este modo de comunicarse del Misterio, obedecer a este método, se llama fe;

pues la inteligencia del hombre reconoce, bajo determinadas apariencias, la gran presencia. Se trata de reconocer en las apariencias determinadas naturalmente la gran presencia del origen, de la consistencia última («Todo consiste en Él»²¹), del Destino.

Pero todavía la observación no está completa. «El memorial de la Pascua –reza la Liturgia– nos edifique siempre en el vínculo de tu caridad»²². Nos edifique: haga de nosotros piedras vivas, una al lado de otra, construyendo un único templo, para que nuestras vidas se conviertan en el gran templo donde reside la gloria de Cristo y, por Él, la gloria del Padre, donde el Espíritu hace resonar su voz e irradia su luz. «El memorial de la Pascua nos edifique siempre en el vínculo de tu caridad». Esta oración indica de modo muy sugerente el dinamismo que acontece.

Sin embargo, existe una analogía sin la cual todo lo que hemos dicho hasta ahora quedaría abstracto; lo que hemos dicho de la Iglesia seguiría siendo abstracto. Acabamos de subrayar que el Misterio se comunica al hombre a través de una carne, de una realidad hecha de tiempo y espacio, asumiendo la materialidad de las cosas, según circunstancias precisas que tocan de cerca a la persona. Si no llega a ser una circunstancia precisa y cercana, el gran misterio de la Iglesia queda vaciado y a merced de mi interpretación, sentimiento o capricho; a mi merced. Y, entonces, uno no vive para otro de manera que viva para él mismo: vive para sí mismo y así no vive realmente.

Si la Iglesia no llega a ser una compañía a nuestro lado en circunstancias concretas, precisas, que mantienen toda la fragilidad, la aparente futilidad y la equivocidad de las circunstancias naturales, y si en estas apariencias no vivimos la fe, todo queda en el aire. Si la Iglesia no llega a ser la compañía que nos rodea (¡cuántas veces lo hemos repetido!, seguimos juntos porque lo hemos repetido; no es verdad que muchos entre nosotros se lo tomen en serio; más bien me extraña que haya gente muy inteligente que no lo entienda) y si no vivimos con espíritu de fe la compañía, esta apariencia naturalmente determinada, todo queda en lo abstracto. Si el misterio de la Iglesia no se identifica con circunstancias precisas, según una analogía que continúa la que Cristo utilizó para prolongar el método del Padre... Cristo “copió” el método que el Padre había elegido, lo prolongó análogamente; entonces, eligió una realidad humana para continuar en el mundo, para manifestar Su posesión sobre el mundo, Su ascensión al cielo. Eligió una realidad humana: la Iglesia en lo que es su verdadera naturaleza. Sin embargo, si la Iglesia no vive en una compañía concreta que llega a ser fuente de tu afecto; si no se convierte en lo que te mueve a obrar; si no determina el criterio con el que juzgas, el motivo del amor y el destino del sacrificio que por la vocación recibida vives en esta compañía –vocación que Cristo establece a través de muchos hechos de tu vida–; si la Iglesia no se encarna en algo cercano a ti; si no llega a ser una compañía que alcanza tus

días y tus horas, por la que tienes que entregarte como Cristo se entregó hasta la muerte por su Iglesia, un lugar donde ir aprendiendo la verdad, del que aprender los criterios de lo que es verdad, siguiendo el cual puedes recorrer tu camino; si tú no aprendes todo esto, te haces ilusiones, escandalizas a los demás y, sobre todo, padeces tú mismo un escándalo que te costará muy caro.

Es decir, es en la compañía vocacional donde desemboca, dinámica y enérgicamente, la provocación que Cristo resucitado lanza a tu vida para que ésta sea verdadera. Mediante la compañía vocacional Cristo, ascendido al cielo, a través de la irrupción de su Espíritu, te lanza una provocación para que tu vida se cumpla, se adhiera al Destino, sea santa. La compañía vocacional es la que subiste, la que emerge de modo sensible, como circunstancia precisa, en esa compañía concreta que te ha tocado en suerte por vocación; es decir, la que te asigna la voluntad de Dios, la voluntad de Cristo. Y, más precisamente, subsiste en la compañía de la casa. Porque si no llega hasta allí, si no culmina en este terminal, nunca comienza ese cambio, de raíz, que te salva. La verdad que te ilumina y el amor que te hace fecundo no empezarán nunca.

La casa. «En este lugar –reza un cartel que el padre Manuel ha colgado al comienzo de la escalera de su casa– nada está en contra de nosotros, ni siquiera nosotros mismos». La casa es el lugar donde todo es para tu destino; es el «Otro», viviendo para el cual, vas hacia tu destino, caminas incluso a pesar de ti mismo; en última instancia, ni siquiera tú puedes ir en contra de ti mismo, porque tu mal se muda en dolor; tu pecado –que es lo más doloroso– se ve provocado a trocarse en dolor; y ya no te define. Ya no te definen tu mal y tu pecado. «En este lugar nada está en contra de nosotros, ni siquiera nosotros mismos»: todo es para nosotros, personas y cosas. «Ni siquiera nosotros mismos», por tanto, tampoco nuestro pecado. Pero entonces la casa es eminentemente un lugar de “connivencia” con tu destino. “Connivencia” en el sentido de conciencia de tu destino “contigo”, y voluntad de ese destino que está “contigo” y ayuda a ese destino tuyo, que se entrega a ti.

«He aquí el lugar donde nos convertimos en novicios –escribe Péguy–, y esta vieja cabeza y sus clarividencias, y los brazos endurecidos por los gobiernos [por comportamientos impuestos por la mentalidad común, mediante el instinto y nuestras opciones], el único lugar donde todo es cómplice [“connivente”, donde todo se convierte en caridad; también las cosas inanimadas están destinadas a convertirse en caridad, mediante tu conciencia y el uso que haces de ellas con tus manos, tus ojos, su servicio]»²³. «He aquí el lugar donde nos convertimos en novicios, el único lugar donde todo es cómplice», connivente con tu destino.

4. Tres obstáculos para la caridad

Recordamos los aspectos más necesarios para que la vida de la casa sea cómplice de nuestro destino bueno, para que en ella todo se convierta en cómplice de nuestro destino feliz.

Un chico de diecisiete años me escribió: «Quiero ir hasta el fondo de esta vida, es decir, quiero ir hasta el fondo de cada cosa que hago. Quiero saber las razones. Esta semana ni siquiera hubo el encuentro de la Escuela de Comunidad, que es el único punto de juicio para mí; porque no me basta con el hacer [no basta la regla en el sentido organizativo del término; en casa no se me puede reprochar nada, pero mi corazón está lejos, como en las antípodas; aunque hacer sea bonito porque deja un poso, crea un orden, sirve a una convivencia], no me basta con el hacer». La conciencia de los motivos, la conciencia de los valores, la conciencia de la verdad que está en juego: ésta es la primera condición para vivir en una casa de los *Memores Domini*, para que la casa sea «el lugar donde nada está contra nosotros, tampoco nosotros mismos». La conciencia de los motivos, de las razones, el tomar conciencia del por qué vivo allí. «De otro modo, si no me doy cuenta de lo que hago es mejor que me vaya. Quizás otra situación...». No. Digo que no es cambiar de situación lo que te permitiría entender; otra situación sólo te permitiría huir.

Como también advertí a los responsables de la Fraternidad de CL, tenemos que prestar atención a tres grandes objeciones para que se desarrolle una conciencia verdadera en la casa y se incremente la edificación en la caridad. La caridad entre nosotros, que es una complicidad que nos ayuda a caminar hacia el destino, puede verse obstaculizada sobre todo por tres actitudes.

La primera, yo la llamo el descuido del yo. Ese yo por el cual, cuando dices «tú» o dices «mío», ya que no dices nada serio; sólo es serio decir: esto guarda relación con mi destino, por tanto es «mío». «El hombre no puede expulsar de su conciencia la palabra “mío”», porque su destino está ligado a ella; cuando dices «tú» a una persona o asumes algo en primera persona, análogamente dices «mío»: lo vives como relación con tu destino. El descuido del yo coincide con la negligencia a la hora de pensar en tu destino. En este caso el otro (decir «tú» a una persona) o lo otro (asumir una cosa como propia) te hacen esclavo suyo, te hacen superficial o te inducen a tratarlos como dueño. «El hombre no puede expulsar de su conciencia la palabra “mío”. Y es esta la palabra que borra la soledad [mientras el descuido del yo deja que la soledad invada nuestra vida]». Son palabras del Papa Juan Pablo II, en su recopilación de poemas *Esplendor de paternidad*²⁴.

El segundo obstáculo es la afirmación indebida del yo, la afirmación encarnizada de la propia individualidad, la afirmación personalista de uno mismo. «Quien está replegado sobre su propia conciencia, centrado en sí mismo, sobre su propia bondad o inteligencia,

sobre el ansia o la persuasión de tener razón, deja de percibir la realidad en su complejidad [es decir, en su verdad, con todos los factores que están en juego], en su inagotable alteridad [inagotable alteridad, porque hay un punto de fuga en la realidad en la que Dios te ha puesto, ese punto de fuga que es la relación con Él; ¡al menos la relación con el Misterio se te escapa!]. Así el único entusiasmo que se puede probar en la vida es tener razón o hacer lo que se quiere; ciertamente no la sorpresa por lo que ocurre, por la realidad que le habla a la persona [porque emerge una novedad que te provoca]. Lo explica claramente santo Tomás de Aquino en la *Summa theologiae* cuando afirma que “los soberbios, mientras que se deleitan con su propia excelencia [es decir, con tener razón o creerse justos], tienen molestia de la excelencia de la verdad”. La señal más grande de ello es el malestar y la cólera, o por lo menos el sentirse ajeno a la autoridad». ¡Quien escribe esto lo hace realmente como un gran psicólogo!

Péguy ilustra también el tercer obstáculo para que en la casa todo sea cómplice de nuestro destino: «Las personas honestas [¡Ah!, ellos sí que no son como los otros; pero cualquier indicio de que uno piensa “Yo no soy como los demás” manifiesta una actitud farisaica] no presentan esa apertura producida por una espantosa herida [están cerradas en falso], por una insoslayable miseria, por una insuprimible añoranza, por un punto de sutura eternamente mal cosido, por una mortal inquietud, por una invisible y recóndita ansiedad, por una secreta amargura, por un caer perpetuamente disfrazado, por una cicatriz eternamente mal curada. No presentan [¡esto es!] esa apertura a la gracia que es esencialmente el pecado... La moral [nuestra pretendida justicia] nos hace dueños de nuestras pobres virtudes. La gracia nos da una familia y una raza [una familia y una compañía]. La gracia nos hace hijos de Dios y hermanos de Jesucristo [en la vocación que se nos da]»²⁵.

5. Cristo, gozo y libertad

Otra oración de la Liturgia apunta: «Oh Dios, ya que nos concedes la alegría de ser una sola cosa en Cristo Jesús, haz que demos frutos de vida eterna para la salvación del mundo»²⁶. La fecundidad del Espíritu, el milagro de Pentecostés, es la unidad de los creyentes en Cristo, la conciencia profunda de su unidad, el reconocimiento de una unidad inquebrantable. Y es mediante el testimonio de esta unidad por el que el mundo puede convertirse (lo explica bien el primer apéndice de *Huellas de experiencia cristiana*²⁷).

«Oh Dios, ya que nos concedes la alegría de ser una sola cosa en Cristo Jesús, haz que demos frutos de vida eterna para la salvación del mundo». Nuestro testimonio es uno: el ser una sola cosa, que somos una sola cosa.

Ahora bien, todo lo que hemos recibido –la inmersión en el gran Misterio, la gracia de participar en el misterio de Cristo resucitado y subido al cielo, la gracia de recibir su Espíritu– es para que podamos ser salvación para el mundo mediante la unidad que vivimos. Y, en efecto, Pentecostés es la fiesta de la misión. Por el mundo, *propter nos homines*, por nosotros los hombres, Cristo padeció y murió en la cruz. Por todos los hombres padecemos nosotros, subimos a la cruz de nuestra unidad y de la caridad fraterna. Esa caridad fraterna por la que el “tú” es precioso como la palabra “Cristo” y es precioso como la palabra “Dios”. Es mediante la unidad entre nosotros como podemos ser testimonio ante el mundo. Cualquier división entre nosotros escandaliza al mundo.

La salvación del mundo: nuestra tarea es la de desafiar a la humanidad corriente con la realidad de otra humanidad presente. Este desafío empieza con nuestra humanidad renovada conforme a la vocación recibida. La humanidad renovada conforme a la vocación coincide con nuestra unidad; ante ella el mundo se convierte. No sería verdadera conversión si no vieran la unidad entre nosotros, si no tuvieran experiencia de ella. Sería falso. Te ilusionarías al decir: «Mira, me siguen». ¡Ah sí!, te siguen a ti, pero separado del resto o ajeno a él: ¡no van a Cristo! Van a Cristo cuando ven tu capacidad de unidad, configurada según las circunstancias en las que Dios te ha puesto. Si te sorprenden hablando mal de aquellos con los que vives, ya no te creerán, aunque sigan pegados a ti.

«Oh Dios, ya que nos concedes la alegría de ser una sola cosa en Cristo Jesús, haz que demos frutos de vida eterna para la salvación del mundo»; agradezco mucho a quién me ha señalado esta oración que no recuerdo haber leído nunca. A nosotros nos toca vivir una humanidad nueva. La humanidad nueva empieza en nuestra casa; empieza ya; florece ya en nuestra compañía más próxima.

Quitemos de en medio cualquier objeción, de modo que los síntomas de esta unidad sean bien patentes, tal como la Liturgia pascual nos invita a meditar. Dos son las características principales de esta unidad entre los cristianos, dos los rasgos de la vida de la persona. Como dijo Séneca: «¡Tienes que vivir para otro, si quieres vivir para ti mismo!». Son dos las características que califican tu vida cuando vives la unidad con quién Dios ha elegido para ti –los ha elegido Dios para ti, no tú–.

En primer lugar, la *alegría*. Esta palabra subyace a todo el mensaje de este tiempo litúrgico. Decenas y decenas de veces –si leéis la Liturgia después de Pascua, la de la Ascensión y la de Pentecostés–, cientos de veces encontráis las palabras “alegría”, “regocijo”, “gozo perenne”. Es lo que más se ve, mejor dicho, lo que más se aprecia. Incluso en un arranque de cólera, en un momento de tristeza o melancolía, en un trance de error o de pecado, apremia a nuestra puerta el Cristo de la alegría, llama a nuestra puerta el Cristo del gozo perenne, del gozo inminente, cercano a nuestro corazón. La

alegría. No puede haber fecundidad, creatividad, edificación y, por lo tanto, tampoco puede dilatarse nuestra unidad y amistad, sin alegría. Sólo creamos en la alegría. Y en efecto el Espíritu Santo es el Espíritu de la alegría. De ahí viene ese gozo perenne que se llama paz.

La segunda característica de la personalidad que vive para otro y, por lo tanto, no vive para uno mismo, que afirma su destino, que diciendo «tú» a quien sea y «mío» a cualquier cosa, es la *libertad*. Recordemos que la libertad no es “de”, sino “para”. La libertad lleva a adherirse, establece un vínculo. Cuanto más rico es uno en libertad, más establece vínculos que lo enriquecen. La libertad es adhesión, afecto.

Quizás un indicio sintomático de esta libertad (no siempre tenido en cuenta; más bien, casi nunca considerado) podríamos llamarlo “discreción”. Cuando alguien ama realmente con libertad, se vincula a otro libremente, diciéndole «tú», lo dice con una veneración, con un espacio –un metro, medio metro o un decímetro–, con una distancia que es propia de la virginidad: la posesión con una distancia dentro. La palabra “discreción” expresa esta distancia, que hace ver y abrazar al otro totalmente, hasta abrazar su destino, que es el mío, y por tanto permite afirmar exhaustivamente la unidad con el otro. Cuanto más quiere uno a otro, cuánto más lo venera, tanto más discreto es. La discreción es la actitud propia de quien respeta la libertad del otro; es un acto de mi libertad lo que me vuelve discreto hacia la libertad del otro.

Forma parte de esta discreción el orden de los tiempos y de las cosas comunes. Este orden se genera a partir de la discreción. Y también forma parte de la discreción el saber callar, el hablar con voz queda, el crear un clima de silencio; digo “clima”, no mutismo, incapacidad para hablarse. El clima de silencio señala un espacio donde el «tú» es una presencia que se advierte, por lo cual no grito, no hago nada sin contar con el otro. Y lo que debo hacer lo hago con suavidad, con atención, con mesura, con orden. Saber escuchar, saber callar, prontitud a la hora de intervenir, presteza en servir: todo esto es literalmente como la argamasa que liga dos piedras, el cemento que une dos ladrillos, edificando una casa.

¿Qué diríais si, viviendo en una casa, oyeráis que una persona le dice a otra, que llega tarde a comer: «En esta casa no estamos para servirnos recíprocamente»? ¿Qué diríais? Estas frases no se dicen si no expresan algo que anida en el corazón, si no representan algo permanente, una extrañeza de alguna manera continuada. Pero yo no cedo a la tentación, que tengo, de detallar los síntomas de un desorden. Prefiero hablar de un orden, un orden nuevo que introduce una humanidad diferente. Una amiga nuestra invita a su casa de los *Memores Domini* a una chica universitaria y luego la acompaña de vuelta a casa; al despedirse, la oye decir: «Qué bonito es pensar que en Milán existe una casa como la vuestra, con gente como vosotras. Ahora comprendo que debo volver a mi

matrimonio y a mi comunidad con más paz; a mi comunidad, donde nadie parece desear nada, donde parece que todos hayan dejado de desear [literalmente: donde nadie parece desear nada]». ¿Y cuando entras en una casa del Grupo Adulto y parece que nadie desea nada? Es exactamente lo contrario del orden; no hay “un orden” porque el orden de la vida es movimiento, discreción, limpieza, silencio, servicio, prontitud; es un decir “tú” que es “mío”, porque su destino está unido al mío y todos somos una sola cosa para que el mundo vea: «Que todos sean uno para que el mundo crea que Tú me has enviado»²⁸.

Creo que la misma persona volvió a aquella casa y cuando se iba a ir confirmó su impresión anterior: «Lo que más me ha llamado la atención esta vez es la actitud totalizante que tenéis: vuestra vida os toma por entero». La acompañante es probable que saliera esa tarde igual que siempre, pero la impresión de su amiga es muy valiosa: «Vuestra relación en casa es totalizante». No os frena, no os para, no os detiene. Que sea totalizante significa que es lo contrario de lo que te detiene, te paraliza o te cierra. Que sea totalizante significa que te abre a todo. No podemos abrir todo nuestro yo a un tú, sin abrirlo al mundo entero, es decir, a Cristo; al significado exhaustivo del mundo que es Cristo. No te abres a un tú, si no te abres a Cristo. Por tanto –lo hemos dicho esta mañana– no es una verdadera relación de amistad, un amor verdadero, si no participa de la experiencia nueva que Cristo resucitado tiene como hombre.

Ojalá nuestras casas tengan esta tensión, tengan un aire lleno de “en-tendimiento” porque lleno de “in-tención”. Sólo si cada uno está lleno de esta intencionalidad, hay una concordia entre todos los presentes. Sólo así representan la gran Presencia, encarnan una unidad que conmueve a quien la ve y conmueve, ante todo, a quien la vive. Toda mi existencia, todo mi ser y su existir, está en comunión con el otro, con todos los demás.

Totalizante: da lugar a otra vida. De lo contrario, la vocación daría lugar a una simple forma dentro de una vida que sigue siendo igual a la de todos. Cristo resucitado da lugar a otra vida. Quizás nada lo expresa mejor que nuestro rezar juntos. Pero si nuestra oración en común no es sollozo por mi pecado, humillación por mi orgullo, renuncia a mi soberbia y atención amorosa al propio yo, que es el sujeto de toda relación, porque en cualquier relación el otro tiene el mismo destino que mi propio yo... Es una vida enteramente nueva. Y en efecto no se puede partir en trozos, desgajar una parte de otra. Podemos caer mil veces; entonces hablaríamos de incoherencia; pero mil incoherencias no suponen una traición, un olvido o un rechazo.

6. El comienzo de una humanidad diferente

Para concluir, antes de comentar una oración de san Agustín, quiero leer (y agradezco de corazón a quien me la ha señalado) esta carta de Rose Akumu, una amiga ugandesa

que falleció hace unos días. La escribió el 3 de mayo. Enferma de SIDA, escribe a nuestra Rose²⁹: «Te saludo y saludo a todos los amigos. ¿Cómo has pasado la Pascua? Aquí están todos bien, excepto yo, que sigo muy enferma, pero vivo con alegría y felicidad y sigo ofreciéndome en cada instante [totalizante]. ¿Cómo está don Giussani? Sigo pidiendo por él y por todas las amigas de la casa de las *Memores* y por el movimiento de CL en el mundo entero. También Palma está bien, vivimos todavía juntas. En los últimos días tuve que someterme a una fleboclisis. Esta mañana he tenido diarrea y vómito y han tenido que quitarme el goteo. Las cosas se ponen muy difíciles, pero en cualquier caso hay una gran belleza en el hecho de afrontar esta prueba, porque sólo Él sabe lo que es mejor para mí. Él quiere que las circunstancias de esta enfermedad supongan una transformación real para mí y para las personas que me rodean. Estoy feliz porque incluso en los dolores y las debilidades hay una promesa inevitable que Él me hace y hace a cada uno: “Yo estoy siempre con vosotros”. No me avergüenzo de mi situación, ni siquiera cuando a veces no puedo ni ir al baño yo sola. En todo esto hay un constante reclamo al hecho de que el Verbo se hizo carne y es mi destino. Él me conduce y ¿quién soy yo para quejarme? Sola no puedo darme la felicidad. Tampoco lo que me cuesta soportar esta enfermedad me preocupa, porque Él me llama a vivirla completamente con Él y en Él. A veces, cuando el padre Tiboni³⁰ viene a visitarme, me dice bromeando que vaya a cavar o a la discoteca. Sus bromas me hacen sentir completamente inmersa en el Misterio bueno que he conocido, ya que veo que se me acepta como soy. Y soy feliz al ver que los amigos que vienen a verme no hablan de mi enfermedad, sino que charlan libremente y nos reímos mucho. Se me acepta como soy: débil, postrada en una cama. Nadie se angustia porque saben que lo más importante no es mi enfermedad, sino poder compartir el encuentro que hemos tenido. Saluda a todos los amigos. Os recuerdo a cada uno en mis oraciones». El 13 de mayo, diez días después, murió.

«Nadie se angustia porque saben que lo más importante no es mi enfermedad, sino poder compartir el encuentro que hemos tenido». Lo más importante no es tu opinión, sino compartir el encuentro que has tenido; lo más importante no es lo que te parece o lo que te apetece, tu sentimiento o tu medida, lo que dicta o pretende tu criterio, sino compartir el encuentro que has tenido. Es una humanidad vieja, la de todos, la que te lleva a afirmar tajantemente tu opinión o tu estado de ánimo, el instinto que te impulsa, lo que te apetece o lo que decides según tu medida. La nuestra es una humanidad diferente: ¡aquí existe otra presencia! La presencia de Cristo resucitado y subido al cielo, que ya posee todas las cosas desde su raíz y aguarda su manifestación final. La manifestación de su gloria. La alegría es el signo de la gloria que nosotros –¡nosotros!–

le damos en el tiempo presente, si vivimos esa unidad en la que le reconocemos.

Escuchemos de pie la oración de san Agustín. «Dios, Creador del universo, concédeme, ante todo, que yo te ruegue bien; luego, que me hagas digno de ser atendido; y, por fin, que tú me libres [es decir, me hagas adherirme a la verdad]... Dios al que abandonar es como morir, al que buscar es como amar lo que se ve [es decir, que ya se posee]... Dios por el cual lo mejor de nosotros no está sometido a lo peor [el Dios por el cual lo mejor de nosotros no está sometido a lo peor es Cristo resucitado y subido al cielo]; Dios, que creaste al hombre a tu imagen y semejanza, por lo cual quién se conoce a sí mismo te conoce a ti; Dios, que eres querido por todo el que puede amar [lo sepa o no lo sepa], atiéndeme según tu costumbre que pocos conocen [pocos entienden, pocos han experimentado de qué manera tú siempre atiendes, como dices en tu Evangelio; pocos entienden que la petición es la única expresión adecuada de la pobre humanidad del hombre, de su pobre inteligencia, de su afecto pobre, del pobre corazón del hombre]»³¹.

«Atiéndeme según tu costumbre que pocos conocen». Hay un pesimismo triste en esta frase, triste por el dolor de que Cristo sea un desconocido: «Atiéndeme según tu costumbre que pocos conocen».

¹ Véase aquí el capítulo anterior: «Cristo resucitado, la derrota de la nada».

² Solemnidad de la Ascensión, prefacio del rito ambrosiano.

³ Cf. Sal 47 (46),2.

⁴ Sábado de la VI semana del tiempo de Pascua según el rito ambrosiano, oración colecta.

⁵ Cf. Jn 17,2.

⁶ «Dios omnipotente y misericordioso, que a tu Iglesia peregrina en la tierra haces gustar los divinos misterios, suscita en nosotros el deseo de la patria eterna, dónde ya has elevado al hombre junto a ti en la gloria» (Solemnidad de la Ascensión, oración después de la comunión).

⁷ «Acoge, Señor, el sacrificio que te ofrecemos en la memoria de la admirable ascensión de tu Hijo, y por este santo trueque de dones haz que nuestro espíritu sea elevado a los gozos del cielo» (Cf. Solemnidad de la Ascensión, oración sobre las ofrendas).

⁸ Cf. Jn 16,7.14.

⁹ Cf. 2 P 3,8.

¹⁰ Sábado de la VII semana del tiempo de Pascua, oración colecta.

¹¹ Jueves de la octava de Pascua, oración colecta.

¹² Viernes de la octava de Pascua, oración sobre las ofrendas.

¹³ Domingo de Pascua, oración colecta.

¹⁴ VII domingo del tiempo de Pascua, oración colecta.

¹⁵ *Ibid*, oración después de la comunión.

¹⁶ Himno de Laudes del Tiempo ordinario (monjas trapenses de Vitorchiano).

¹⁷ Cf. Apuntes de las meditaciones en los Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación de 1992.

¹⁸ Cf. S. Kierkegaard, *Obras y papeles de Soren Kierkegaard*, vol. I, *Ejercitación del cristianismo*, Gredos, Madrid, 1961, p. 112.

¹⁹ Cf. Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilo*, Aguilar, Madrid, 1943, Carta XLVIII, p. 449

²⁰ Ga 3,27-28.

- ²¹ Cf. Jn 1,3.
- ²² Cf.. Sábado de la IV semana del Tiempo de Pascua, oración después de la comunión.
- ²³ Cf. Charles Péguy, *Plegaria de residencia*, en *Lui é qui*, BUR, Milán, 1997, p. 390 (traducción propia del texto italiano).
- ²⁴ K. Wojtyła, «Considerazioni sulla paternità» en *Tutte le opere letterarie*, Bompiani, Milán, 2001, p.595 (publicado en España en *Hermano de nuestro Dios; Esplendor de paternidad* en BAC, Madrid, 1990).
- ²⁵ C. Péguy, *Nota congiunta su Cartesio e sulla filosofia cartesiana*, BUR, Milán 1997, pp. 474-475 (traducción propia del texto italiano).
- ²⁶ La versión española del Misal Romano dice: «Oh Dios, que has querido hacernos partícipes de un mismo pan y de un mismo cáliz, concédenos vivir tan unidos en Cristo, que fructifiquemos con gozo para la salvación del mundo» (V domingo del Tiempo Ordinario, oración después de la comunión); en el texto se utiliza una traducción de la versión italiana.
- ²⁷ Ahora en L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Ediciones Encuentro, Madrid 1997, p. 84.
- ²⁸ Cf. Jn 17,21.
- ²⁹ Rose Busingye pertenece a la Asociación laical *Memores Domini*; es la fundadora y directora de la ONG [*Meeting Point International en Kampala*](#), Uganda, donde lleva más de 20 años trabajando como enfermera en los barrios más pobres, de manera especial con mujeres seropositivas.
- ³⁰ El padre Pietro Tiboni, misionero comboniano, llegó a Kitgum en 1970. Allí inició una experiencia de unidad eclesial con el primer grupo de seglares misioneros de Comunión y Liberación.
- ³¹ Cf. San Agustín, *Soliloquios*, I, 1, 1-4 (traducción propia).

VI. TIEMPO ORDINARIO
EN EL ANCHO MAR DE LA VIDA DIARIA,

UNA NOVEDAD CONTINUA

1. Sancta Trinitas, unus Deus. La vida como ofrecimiento

El misterio de la Trinidad gobierna la vida del hombre y del mundo. El tiempo litúrgico que sigue a Pentecostés se abre significativamente con el domingo de la Santísima Trinidad, que es como el emblema de todos los domingos. Domingo: el día del Señor, *Dominus*. Pero, a su vez, el domingo es el emblema de todos los días de la semana, de cada día, porque todos los días son del Señor –como vi que tenía colgado en la pared de la habitación uno de vosotros: «Todos los días de mi vida»–. Cada día de nuestra vida está gobernado por el misterio de la Trinidad, debe estar dominado por Él. El misterio de la Trinidad es el *Dominus*, es verdaderamente el Señor, el dueño, aquel que nos posee, puesto que hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados¹: no hay suspiro del alma ni sentimiento del corazón que no obtenga energía y consistencia de él.

Sancta Trinitas, unus Deus. Creo que este debe ser el objeto de nuestra meditación y el reclamo para todo el tiempo que nos espera, hasta que la Liturgia renueve su invitación, a finales del verano, con el siguiente Retiro de Adviento. Este largo periodo litúrgico después de Pentecostés es precisamente –para compendiar así todas las alusiones anteriores– el símbolo de la vida entera. Es el Tiempo ordinario, emblema de la vida entera, del largo camino de la vida, como largo es el espacio que marcan los domingos tras Pentecostés. No hay otro tiempo litúrgico tan extenso: señala justamente el ancho mar de la vida en el que navegamos.

El tema que lo domina –*Dominus*– es este: *Sancta Trinitas, unus Deus*. Situado a comienzos del verano, este largo periodo que se abre con el domingo de la Santísima Trinidad puede ser –debe ser– una oportunidad para que volvamos a tomar conciencia de la señal de la cruz: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, *Sancta Trinitas, unus Deus*.

La oración sobre las ofrendas de la fiesta de la Santísima Trinidad me ha llamado la atención desde siempre, desde el liceo en el seminario, y la tenía yo también copiada en mi mesa. Reza así: «Por la invocación de tu santo nombre santifica, Señor, estos dones que te presentamos, *et per eam nosmetipsos, tibi perface munus aeternum*»², y por la gracia de Cristo, por su cruz y resurrección, cumple nuestra vida, haz de nosotros una oblación eterna, una ofrenda (*munus*) “agradable”, un ofrecimiento a Ti. La vida, «todos los días de mi vida», como ofrecimiento a Ti: la vida como ofrenda para Ti, la vida como sacrificio, toda ella como un sacrificio agradable a Dios, un sacrificio de alabanza. Podríamos decir también: que toda la vida sea como una oración. Ya sabemos qué es la oración cristiana y lo que la distingue y, en cierto sentido, la separa de otras oraciones

que el hombre formula, moviéndose a tientas por el deseo y la espera que lleva dentro por naturaleza, antes de ese cumplimiento que la gracia de Cristo lleva a cabo en él. Lo que define la oración cristiana, según la plenitud que recibe el hombre llamado, es la memoria del hecho de Cristo. Pero, ¿cuál es el contenido de la memoria de Cristo? La revelación de la Trinidad. Cristo es el enviado –*medium*, mediador– que nos desvela la Trinidad, el Misterio que hace todas las cosas: «No os llamo siervos, os llamo amigos, porque todo lo que soy os lo he manifestado»³.

La liturgia del Bautismo –que celebramos de nuevo ayer en nuestra comunidad, aunque fuera ante la distracción y la indiferencia de muchos, que se guardan bien de sacrificar su tiempo para participar en estos que son los únicos gestos totalmente puros y capaces de renovar de verdad nuestra fe– dice: «Estos niños entrarán en la comunión cristiana, en la comunidad de la Iglesia y se dirigirán a Dios llamándole “Padre”». «Nadie puede llamar a Dios “Padre” como nosotros», exclamaba san Pablo⁴.

Entonces, si la Trinidad es el Señor de nuestra vida, al que no se le escapa ninguna palabra ociosa⁵, del que depende todo, hasta los cabellos de nuestra cabeza –mientras que nosotros, como recordaba el otro día el evangelio, no podemos hacer blanco o negro ni uno solo de nuestros cabellos⁶–, si la Trinidad es el *Dominus*, el Dios, el Señor de nuestra existencia y de la del mundo, entonces en verdad nuestra vida tiene consistencia y significado únicamente como *munus*, como «ofrenda» a Él, para Él. *Munus aeternum*, un ofrecimiento eterno. La verdad permanente, la verdad real de nuestra vida es que Dios la posee; es decir, desde nuestro punto de vista, la vida es ofrecimiento, sacrificio, oración, tal como manifestó de forma suprema Cristo a la hora de afrontar su muerte. El ofrecimiento de nuestra vida, reconocer que Otro nos posee totalmente, que estamos profundamente sujetos a Él, no adviene sin atravesar una apariencia de muerte, sin pasar por la cruz, por la experiencia de la cruz.

Son estos los pensamientos que deben ocuparnos en estos meses: la Trinidad como el único Dios, *Sancta Trinitas, unus Deus*, y como consecuencia ética a la hora de concebarnos y actuar, la vida como ofrecimiento, el ofrecimiento de un sacrificio. Una ofrenda ante el altar. Por otra parte, tal vez no reparamos nunca en lo que dice el sacerdote en el canon de la misa, al comienzo de la plegaria eucarística, extendiendo las manos: «Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad; por eso te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo nuestro Señor»⁷. Lo que tenemos ante nosotros es un signo eficaz. Signo “eficaz” porque contiene a Cristo. Pero, ¿de qué es signo? Lo que tenemos delante, bajo las manos extendidas, es signo de nosotros mismos. ¿Qué son

estos dones? Allí están el pan y el vino en la eucaristía que deben convertirse realmente en el cuerpo y la sangre de Cristo; siguen siendo pan y vino, pero se convierten en cuerpo y sangre de Cristo. La apariencia mantiene esta contradicción, pero lo que tenemos delante en la misa es el cuerpo místico de Cristo, es Cristo mismo en un signo. Y “estos dones” que deben ser santificados para que se conviertan en cuerpo místico de Cristo somos nosotros, cada uno de nosotros, nuestra vida, en definitiva. Es nuestra vida, todos los días de tu vida, cada día, todo lo que somos, la carne, el corazón y el espíritu, lo que se hace cuerpo de Cristo y, por tanto, ofrecimiento, sacrificio –en el sentido literal de la palabra– al Misterio que es señor de todas las cosas: *Sancta Trinitas, unus Deus*.

Si no podemos concebir nuestra persona más que como memoria de Cristo, nuestra vida concreta no puede ser más que un ofrecimiento. De ahí que nuestra existencia sea misión. Aunque sea de paso, conviene recordar con gratitud (*Magnificat anima mea Dominum*⁸) la riqueza, la hondura, la intensidad y la utilidad de nuestra vida incluso en sus momentos más escondidos. Ni un solo aliento es ajeno a dicha grandeza. Tomar conciencia de ello ensancha lentamente nuestra alma, le otorga magnanimidad, que es lo que más necesita la vida –lo necesita radicalmente– para poder afrontar el tiempo y sus fatigas. De ahí procede la verdadera autonomía de la persona, la verdadera consistencia en uno mismo, a imitación de Dios que consiste en Sí mismo.

«Santifica estos dones, para que sean para nosotros cuerpo y sangre de Cristo». ¿Qué quiere decir «santifica estos dones»? Tal vez lo entendamos leyendo el prefacio del domingo pasado en el rito ambrosiano (la liturgia ambrosiana tiene unos prefacios después de Pentecostés extremadamente hermosos, que la liturgia romana posterior no ha sabido crear): «Tú instruyes sin descanso a los hijos de tu Iglesia y no les niegas nunca tu ayuda, para que tengan conciencia del bien a hacer y la capacidad de cumplirlo»⁹. Esta es la santificación: la conciencia de lo que somos –posesión Suya–, de lo que es nuestro ser, y la energía necesaria para vivirlo, la capacidad de cumplirlo (*Consummatus est*¹⁰, clamó Jesús antes de exhalar el último aliento). Realizar la verdad es cumplir la propia existencia según la conciencia clara de lo que somos. Lo cual quiere decir ser verdaderos, no ser mentirosos. «Y la verdad del Señor permanece para siempre»¹¹.

2. El Espíritu de Cristo «renueva la faz de la tierra»

Reza el prefacio: «Instruyes sin descanso a los hijos de tu Iglesia y no les niegas nunca tu ayuda»; es decir, instruyes dando la fuerza para ser verdaderos ante la instrucción recibida, es decir, para cumplirla. Instruyes. Ante la palabra “instrucción”, ¿cuál es el

nombre del misterio de Dios que nos viene enseguida a la mente? ¿A través de quién instruye el Misterio que hace todas las cosas a los elegidos? «Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy no vendrá a vosotros el Paráclito, y entonces os enseñará [os revelará] todas las cosas»¹², os hará comprender todo. En la liturgia de Pentecostés hay otra oración preciosa que dice así: «Te suplicamos, Señor, que el Espíritu Santo, según la promesa de tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, nos revele más abiertamente el misterio de este sacrificio [nos haga comprender mejor el misterio de este sacrificio, el sacrificio de Cristo muerto y resucitado, el sacrificio de la Eucaristía —«haced esto en memoria mía»—, que es por tanto el signo de Cristo en su cuerpo místico] y nos desvele benigno toda verdad [porque todas las verdades están en función de esta “nueva criatura” que está en el mundo, del bautizado que es principio del mundo nuevo, de los cielos nuevos y de la tierra nueva, en función del cuerpo místico de Cristo, que es su Iglesia]»¹³.

El Espíritu Santo es el autor de la conciencia del bien que debemos hacer, el principio de la conciencia nueva de uno mismo y de la vida, es decir, el que nos hace comprender qué es la Trinidad para nosotros y el que otorga a nuestro corazón la energía para obedecer («se hizo obediente hasta la muerte»¹⁴, «todos los días de mi vida»). Aquel que concede a nuestro corazón la energía para obedecer es el Espíritu Santo. En Pentecostés empieza la larga serie de los domingos del verano, que son símbolo de la vida misma gobernada, penetrada, sostenida por la Trinidad.

El Señor Jesús decía a sus discípulos: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo le pediré al Padre que os dé otro don [Paráclito] que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros. No os dejaré desamparados, volveré. Dentro de poco el mundo no me verá, pero vosotros me veréis, y viviréis, porque yo sigo viviendo. Entonces sabréis que yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése me ama; al que me ama, lo amará mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él.[...] El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él [su señorío se convierte en la unidad del amor: «No os he llamado siervos, sino amigos»; ningún corazón está tan dominado, ninguna vida está tan señoreada por otro como cuando ese otro es amado, como en la amistad: es la única verdadera posesión]. El que me ama guardará mis palabras. Y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me envió. Os he hablado ahora que estoy con vosotros; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre [su “nombre” es su muerte y su resurrección, porque “nombre” quiere decir “poder”; por la muerte adquirió el derecho, el poder sobre el mundo entero], será quien os lo enseñe todo y os vaya

recordando todo lo que os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy»¹⁵.

Es el Espíritu Santo. «Hermanos, Dios nos lo ha revelado por el Espíritu, y el Espíritu lo sondea todo, hasta la profundidad de Dios. ¿Quién conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre, que está dentro de él? Pues lo mismo, lo íntimo de Dios lo conoce sólo el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo, es el Espíritu que viene de Dios, para que tomemos conciencia de los dones que de Dios recibimos [¿cuál es este don? Él mismo], de los cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales. Aquel que está privado del Espíritu no comprende las palabras, que no tienen sentido para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle [lo que quiere decir que está en la posición del juicio final, en la posición definitiva, tiene el criterio último]. Porque “¿Quién conoce la mente del Señor para poder instruirlo?”. Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo»¹⁶. Por eso decimos: «Envía tu Espíritu y volverá a mí la vida, envía tu Espíritu y renovarás la faz de la tierra»¹⁷. Creo que esta es la tarea concreta para vivir este largo tiempo: la conciencia de estar dominados por el misterio de la Trinidad, *Sancta Trinitas, unus Deus*: en el nombre del Padre, en el poder del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Nadie experimenta como nosotros el gusto profundo de ser dominados; solo puede compararse –pero es una comparación por defecto– con la alegría y el gusto que experimenta el niño de ser poseído por su madre, o el hombre y la mujer de ser poseídos el uno por el otro. Son signos humanos, analogías naturales, que son como una sombra con respecto a la profundidad de la paz –es la palabra que usó Cristo–, único gusto verdadero de la vida, de la conciencia de uno mismo y posibilidad de alegría.

La tarea, por tanto, es invocar al Espíritu para que todo lo que hemos dicho suceda en nuestra vida a lo largo de estos meses, para que reconozcamos su Señorío, lo aceptemos y observemos su mandato, es decir, para que cada uno acepte a su Señor y viva como ofrecimiento a Él. Y su mandato es el amor, porque «Dios es amor»¹⁸.

Creo que nada nos ayudará más en el trabajo que nos aguarda como invocar juntos al Espíritu Santo, reclamarnos mutuamente a ello, saber que también el otro lo invocará, pedir los unos por los otros el Espíritu de Cristo: «Envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra, renueva la faz de mi tierra y volverá a mí la vida». No valen «palabras que provienen de la sabiduría humana» o propósitos y proyectos que se apoyan en nuestra voluntad, nuestra capacidad para actuar, nuestro gusto por el trabajo, sino una conciencia que se expresa plenamente en pedir el Espíritu y una energía que procede únicamente de esta invocación. Tal invocación es el sustento de la conciencia, lo que la clarifica, lo que

alimenta nuestra capacidad de bien, nuestra energía para realizarlo, lo que nos lleva hacia la plenitud.

Fijaos en que *Sancta Trinitas, unus Deus* significa que el Espíritu es enviado por Cristo. No aislemos nuestro modo de pensar en el Espíritu Santo del contexto total. Es una sola realidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Es el Espíritu de Cristo. Como no se puede aislar a Cristo del Padre, no se puede comprender al Padre más que a través de Cristo que nos envía su Espíritu. Y sólo en la súplica, en la invocación a su Espíritu, podemos comprender a Cristo, porque incluso a Cristo lo he mirado con los ojos de la carne, decía san Pablo¹⁹, con ojos carnales.

En efecto, al considerar a Cristo lo concebimos a menudo según nuestra mentalidad –y por tanto, lo reducimos– lo mismo que hacemos cuando decimos a otro: «te quiero» o nos decimos cristianos. Reducimos a Cristo a la medida de nuestra mente, según una sabiduría humana, y reducimos la palabra de Cristo, su mandato, al ámbito de ideales y de sentimientos de nuestra carnalidad, al ámbito de nuestro amor propio. Reducimos por tanto a Cristo a nuestro modo de concebir y sentir, en vez de convertir continuamente nuestra conciencia a Cristo, en lugar de convertir continuamente nuestra afectividad a Cristo. Daos cuenta: que nuestra conciencia, pensar y afecto, nuestro modo de amar, se conviertan a Cristo quiere decir que conciencia y afecto se ven continuamente llevados a donde nunca hubieran pensado, provocados a salir de sus medidas, a abrirse, y llevados a un terreno insospechado, más allá de lo que hubiéramos podido concebir o sentir antes. Y son introducidos siempre en lo desconocido, es una medida que se ensancha: la conciencia y la afectividad son introducidas continuamente en un horizonte imprevisto, más allá de todas nuestras medidas. Más allá: algo que no se sabía antes. Hasta el punto de que a menudo nuestra medida se ve trastocada. Experimentamos una sorpresa y un descubrimiento que no vienen de la sabiduría que teníamos antes, que no derivan del sentimiento y del afecto que teníamos un minuto antes: es algo nuevo. Por eso implica una mortificación, un desgarrar: «Cuando seas mayor, otro te ceñirá y te llevará a donde no hubieras pensado ni querido»²⁰. En vez de cambiar continuamente nuestra medida y convertir nuestra conciencia y afecto a Cristo, tendemos a reducir a Cristo a nuestros cálculos, reducimos la verdad de Cristo y el amor y la caridad de Cristo a la medida de nuestro modo de pensar y de amar.

Esta conversión a Cristo, este “conocimiento” de Cristo y este amor a Cristo, este «no saber más que a Cristo, y Cristo crucificado»²¹, este vivir que no es ya un vivir para nosotros, sino para Cristo «que murió por mí y que se ha ofrecido en sacrificio por mí»²², es fruto del Espíritu. La luz, la plenitud de la conciencia y la energía para cumplir, vienen de la acción del Espíritu Santo en nosotros. Es Él el que transforma y

«renueva continuamente la faz de nuestra tierra, la realidad concreta de nuestra vida».

Recordemos también –es un corolario a lo que hemos dicho antes– que el Espíritu no es (tal como todos lo conciben, al menos como ha sido para mí durante mucho tiempo, y es una tentación continua todavía, y como muy a menudo veo que es para otros, al menos como tentación) una luz y una fuerza que agudiza nuestras medidas: no se trata de invocar al Espíritu para conseguir una capacidad mayor de buscar en el marco de una sabiduría humana, para que nos haga más agudos en nuestras medidas. Invocar al Espíritu es pedir que nos haga salir de nosotros mismos y penetrar en la profundidad insondable de Cristo, nos haga comprender las medidas de Cristo, por tanto participar del hecho de Cristo, y nada más; que nos haga comprender y formar parte del cuerpo de Cristo; que nos haga comprender y realizar el misterio del hecho de Cristo en la historia que es la Iglesia, y nada más.

Por tanto, la tarea de estos meses es la invocación al Espíritu: que Pentecostés renueve también nuestra tierra, que cambie todo nuestro ser, porque sólo así se convertirá en misión, como lo fue para Pedro y los apóstoles nada más bajar sobre ellos el Espíritu Santo. La misión no es otra cosa que la influencia que nuestro cambio tiene sobre el mundo, como dice también nuestro nombre: Comunión y Liberación. Es el cambio que sucede lo que libera al mundo, y nada más. Pero, ¿qué cambio? El cambio que edifica la Iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo.

Hagamos también el propósito de que en nuestros encuentros –y también en la reunión de la casa–, cada vez que nos juntemos para rezar, ya seamos muchos o pocos, nos acordemos de esto y procuremos vivirlo invocando al Espíritu. La frase del salmo tiene una expresividad fantástica: *Emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae*, «envía tu Espíritu y volverá la vida, y renovarás la faz de la tierra, la faz de mi tierra».

3. La conciencia de la misericordia

Hay una última cosa que nos sugiere la liturgia de hoy²³. No es un detalle, aunque lo parezca. Creo que nada como lo que voy a decir nos obliga a comprender lo que es Dios para nosotros, lo que es la Trinidad, el señorío absoluto de la Trinidad sobre nosotros y lo que somos, poseídos por ella. En la medida en que no lo comprendiéramos iríamos a tientas en la oscuridad y nuestros ojos estarían nublados, todavía estaríamos algo perdidos, desconcertados. Por eso estemos atentos a las lecturas durante la misa. Os digo solo la idea central. El profeta Natán va a David y le dice: «¡Cuántas cosas te he dado! ¡Te he dado todo! Y tú has querido también a la mujer de Urías, el hitita, yendo contra mi ley». David dice a Natán: «¡He pecado contra el Señor!». Y Natán responde a David:

“El Señor ha perdonado tu pecado: no morirás”»²⁴.

En la carta de san Pablo a los Gálatas leemos: «Si por la ley obtuviéramos la justificación [si lo que me salva es que soy capaz de respetar la ley, de ser un hombre honrado, de hacer el bien, si lo que me salva es esto, si lo que me salva es mi práctica de la ley], entonces ya no necesitaríamos la fe en Jesucristo, que habría muerto en vano»²⁵. En cambio, hacer su voluntad, cumplir su mandato, obedecer, es gracia, es únicamente don de Dios; es solo don de Dios, don de su Espíritu. Nadie será nunca justificado por su coherencia moral, por su capacidad de ser coherente hasta el fondo, sino solo por el hecho de que Él, tal como somos –¡tal como somos!– nos ha llamado “amigos” (dice un fariseo en el evangelio: «Si ese fuera profeta sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando»²⁶). El don supremo del Espíritu es reconocer el hecho de que Él, tal como soy, me llama amigo y yo lo reconozco. En definitiva, el don supremo del Espíritu es aceptar el perdón de Dios y comprender que es otra la fuerza que me cambia, que me transforma: es la fuerza de Cristo y no mis pensamientos y sentimientos, porque mis pensares y sentires nunca me salvan, no me justifican, no son justos, no logran ser justos.

Ahora bien, si es Otro que me salva, Otro que me justifica, ¿qué es este Otro? Es el hecho de Cristo, es Cristo que me implica en su historia, es Cristo en su Iglesia. Y, ¿cómo actúa el hecho de Cristo? De forma misteriosa. Por eso los tiempos y los caminos no están en nuestras manos. Es como el fermento en la masa, una semilla en la tierra: no se sabes cómo ni cuándo, pero actúa. Actúa si yo lo amo, es decir, si lo reconozco y lo acepto, si yo vivo de este perdón, si acepto ser perdonado. Esta es la seguridad de la vida, la certeza de que mi vida se santificará, de que mi vida se redime, de que mi vida es redimida, es decir, cambia.

Por una parte, experimentar el perdón en la vida (la memoria de Cristo es memoria de su muerte y resurrección, es decir, de su perdón: «De la misericordia de Dios está llena la tierra»²⁷) me empuja siempre a desear hacer su voluntad y, por otra, hace que me sienta continuamente rescatado, sean cuales sean mis errores. La resurrección rompe la terrible ley de la naturaleza: «Lo hecho, hecho está»²⁸. Rompe esta ley porque «renueva la faz de la tierra» y crea de nuevo.

Por eso aceptar el perdón otorga una seguridad inagotable y la vida transcurre en la paz, en una posibilidad continua de alegría: porque Él ha muerto por mí, dio su vida por mí, resucitó y en Él he resucitado yo, porque «Si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos»²⁹, para que «ya no viva para mí mismo». Yo estoy seguro de que esto está sucediendo y de que crece –como la semilla, como la levadura–

con el tiempo, el tiempo de Dios. Y en la oscuridad llena de humillación por mi constante disparidad, por mi delito, por mis errores, en esta oscuridad yo estoy lleno de certeza de luz, de bien y de cumplimiento en este mundo, que es mundo de Dios, en esta vida, que es la vida de Dios en mí, en este tiempo –*Nunc tempus acceptabile*³⁰, tiempo agradable a Dios–, que es el tiempo de Dios, porque lo reconozco, es decir, porque vivo de la fe. Tengo fe. Desde la fe Dios es la misericordia, desde la fe se descubre cómo el señor de todas las cosas, el *Deus* –esta *Sancta Trinitas, unus Deus*– es misericordia. Su signo experimentable es Cristo en la cruz, muerto por nosotros y resucitado; su misericordia no oculta el error, lo rescata y nos devuelve la vida, convierte en bien nuestro mal. Y así crecemos hacia «la plenitud de Cristo»³¹.

El fruto supremo del Espíritu es la conciencia de la misericordia, la conciencia de uno mismo como alguien continuamente perdonado, y la memoria de Cristo como perdón (muerto y resucitado por nosotros), la evidencia cada vez mayor de que Su perdón renueva la vida, la convierte, la cambia. Este es el poder supremo que Dios manifiesta en nuestra existencia y en la de todos: el perdón. No nos justificamos nosotros. Nos justifica la gracia de reconocer a Cristo, esa Presencia poderosa que obra en nosotros, el único hecho en el que se apoya nuestra esperanza, el único del que podemos obtener criterios, motivos e inspiraciones para vivir, el único del que aguardamos la fuerza necesaria para cambiar, el único que renueva nuestra tierra. Comprenderlo, empezar a saberlo, es la acción suprema del Espíritu en nosotros. Su acción en nosotros es esta, su don supremo. Es el Espíritu, por tanto, quien lleva a cabo en nosotros la obra de la redención: no queda encubierta nuestra presunción ni nuestra debilidad justificada (como a menudo hacemos al reducir a Cristo a nuestra imagen y medida), el amor a Cristo no se confunde ni se baraja con el fruto de nuestras manos. Su perdón nos redime. Necesitamos el perdón, y no es una forma de hablar. Porque inevitablemente nuestra mente y nuestra voluntad, nuestra libertad, intervienen frenando todo, son incapaces de estar a la altura; en resumen, siempre decaemos, fallamos siempre, necesitamos siempre el perdón: «No tengas en cuenta nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad»³². En la medida en que participamos del hecho de Cristo se nos comunica su Espíritu, fuente única de novedad aquí en la tierra, tanto en nosotros como en el mundo. Es Él el que crea la Iglesia, es Él el que nos hace piedras vivas. Piedras vivas de su Iglesia.

APÉNDICES

MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA³³

Doy las gracias a su Excelencia³⁴ por brindarme la ocasión de dar testimonio –como él mismo ha dicho–, es decir, de transmitir a los hermanos no tanto un discurso, sino algo que uno vive y experimenta en primera persona, particularmente cuando se trata de dar testimonio de lo que es la Virgen. El texto bíblico dice algo que la tradición cristiana considera una profecía de la Virgen: *Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt*³⁵, «Quien hable bien de mí tendrá la vida eterna». Agradezco por tanto la ocasión que se me brinda de hablar bien de ella. Por otra parte, resulta evidente que no hay nada en la historia cristiana –más aún, en la historia del mundo– más asombroso que el renombre, la veneración, la confianza y el amor que se han concentrado, polarizado en torno a su figura: una chica de quince o dieciséis años, de un pueblo absolutamente apartado, como... no sé, no puedo hacer comparaciones porque no conozco las aldeas de vuestra tierra.

1. Un corazón abierto, de par en par, a la espera

Entonces, ¿cuál es la primera palabra de la que se hace eco nuestro ánimo? *Respexit humilitatem ancillae suae*³⁶, «ha mirado la humildad de su sierva». Humildad deriva de la palabra latina *humus*, que quiere decir «tierra». La Virgen fue una criatura que se sabía pequeña, como una mota de polvo que se confunde con la tierra, que es casi nada; lo acabo de señalar: una chica de quince o dieciséis años en un pueblecito absolutamente desconocido para el mundo de entonces. Pero, ¿por qué parto de esta palabra? ¿Por qué mi devoción misma parte de esta observación?

¿Qué hay de grande en el mundo? No existía nada y todo acabará. ¡Todo! Todo es realmente “polvo”. También la gota de agua, cuando la ola se estrella contra la roca en la orilla del mar, por un instante brilla como si fuera una perla, pero dura sólo un instante. Todo se circunscribe en un tiempo y un espacio que, juntos, son como un destello, algo que dura un instante y luego ya no existe. Como la flor del campo –Isaías lo dice y lo repite el Salmo– que por la mañana florece y por la tarde se seca, y ya no vale más que

para ser echada al fuego, cuando se recoja. Todas las cosas son nada.

Ahora bien, la conciencia de la propia pequeñez y fragilidad o, como dicen los filósofos, la conciencia de nuestra contingencia, del propio ser efímero, se puede no tener a los veinte años, e incluso tampoco a los treinta, pero según avanza la edad se toca con la mano (aunque nos resistimos mediante la distracción, la evasión, la falta de reflexión; pero todo esto no es humano y, de hecho, no resiste, no funciona). Sin embargo, la conciencia de que somos nada, de nuestra flaqueza y poquedad, deja igualmente espacio a la violencia, y muchas veces más bien la favorece. Cuanto más uno sabe que su vida es breve, tanto más tiene la tentación de ser violento. En todo caso – violento o no –, en cuanto percibe su brevedad, su ser «tierra», polvo, nada, el hombre se encuentra al borde del cinismo; navega como a orillas del sentimiento de la nada, cuyo reflejo es ciertamente el cinismo. Y en cuanto es un ser activo, el hombre se convierte en cínico. Cuando uno alberga este sentido de la nada, cuando siente que no es nada, para poder obrar tiene que ser cínico. Algo le salvan de este cinismo los afectos naturales, pero entonces se vuelve triste: si no es cínico, está triste.

He dicho que a los veinte años se puede no pensar en estas cosas; pero no, también a los veinte pueden claramente dictar actitudes. Cierta desesperación es típica de la temprana edad, de la adolescencia y de la primera juventud. Sin embargo, esta chica de quince o dieciséis años, que fue perfectamente consciente de su pequeñez, de su nada, llevó esta conciencia sin presunciones violentas, sin cinismo, sin tristeza, con un corazón abierto, de par en par, a la espera. Es así, lo pequeño puede salvarse del cinismo y de la tristeza sólo si se abre, de par en par, a la espera. ¿Espera de qué?

2. Somos una nada que ha sido “llamada”

He aquí el segundo pensamiento que me permito subrayar. Hablamos de un ser que en su más temprana juventud gozó de esta sabiduría, porque el primer aspecto de la sabiduría es el amor a la verdad de sí, y el primer factor de la verdad de sí es que somos nada. Pero, ¡no somos una nada árida! Somos una nada que ha sido llamada; somos “llamados”, porque no existíamos y no hemos elegido nosotros ser. Si hemos sido llamados y creados sin que lo quisiéramos y nos vemos frágiles, pequeños, como un átomo dentro del cosmos, como algo casi invisible de tan nada que somos, entonces se explica por qué el corazón del hombre está abierto, de par en par, por su propia naturaleza, a la espera. Lo cual es tan cierto que la naturaleza del corazón del hombre es la de ser exigencia: exigencia de verdad, exigencia de justicia, exigencia de amor, exigencia de felicidad. El corazón es exigencia, es decir, está abierto; es una realidad abierta. Abierta, sin pretensiones. Yo, que no existía, ¿qué puedo pretender? Mi única

riqueza es la de estar abierto, de par en par, a una espera, sin saber, ni decir, ni pretender nada; al igual que no sabía nada cuando fui creado.

Una espera sin ninguna presunción. Imaginemos esta chica de quince o dieciséis años, que observaba todas las leyes de su pueblo y, por tanto, rezaba. A lo largo del día, se paraba para pedir con las palabras de todos los demás, las palabras que su pueblo repetía, desde hacía milenios, dirigidas al inmenso, misterioso, indecible e innombrable –puesto que ni siquiera se podía nombrar– Yahvé, Dios.

Ahora bien, ¿qué es orar si no pedir? En efecto, ella también, siendo sincera consigo misma, sentía que su corazón era como una gran pregunta, una exigencia profunda. Lo que caracteriza una verdadera pregunta es que no alberga imágenes, no proyecta ninguna “pre-tensión”. Una pregunta verdadera alberga una espera, está cargada de espera. Eso fue verdad sobre todo en ella, que heredó de su pueblo la gran promesa de un Salvador, de alguien que lo arreglaría todo. Cómo lo haría se pensaba de formas diferentes (unos eran teólogos de la liberación, otros de la espiritualidad y la intimidad; también entonces hubo divisiones, se dieron diferencias; pero lo que predominaba era la teología de la liberación que en tiempos de Jesús defendían los Escribas y Fariseos, que esperaban a un Mesías que hiciera justicia, es decir, que hiciera de su pueblo el más grande del mundo, libre de todos, que lo libraría de los Estados Unidos de entonces, que eran los romanos). En cambio, ella, que esperaba según la tradición de ciertos grupos llamados los “pobres de espíritu” (*anawim*), aguardó esta salvación sin arrogarse ningún derecho de pensarla de un modo u otro, con el corazón y los brazos abiertos a Dios, a la espera del gesto que haría Dios mismo: fue pura espera. Su petición fue pura espera.

He aquí, entonces, el segundo paso importante al fijarnos en ese corazón o al reparar en nuestro corazón (porque la Virgen es realmente como un espejo para entendernos a nosotros mismos). Dios es aquello de lo que todo proviene, porque nada se hace a sí mismo y nosotros tampoco. En aquel misterioso momento, que el Evangelio relata como la aparición de un ángel –más que la aparición, su mensaje, el anuncio de un mensajero divino–, la palabra que resonó en el corazón de la Virgen fue: «Para Dios nada es imposible»³⁷.

«Para Dios nada es imposible»: he aquí el secreto de la espera, la razón que la hace verdadera, razonable y positiva espera, en oposición a lo que hemos llamado cinismo; el motivo del gozo profundo y discreto de la verdadera espera, en oposición a lo que hemos llamado tristeza. «Para Dios nada es imposible»: ¿hay algo que se pueda objetar ante esta afirmación? ¿Hay alguna objeción posible? ¡No! Entonces, si para Dios nada es imposible, se comprende cuál es la verdadera naturaleza de la vida espiritual de esta muchacha. De esta mujer emerge, limpio, lo que nosotros llamaríamos ahora el sentimiento religioso.

Cuando estudiaba Bachillerato, el profesor de Física nos llevaba al laboratorio y nos enseñaba un carrito denominado de Runkorff –hace más de cincuenta años, por lo tanto, puedo recordar mal los nombres– que servía para un experimento; el aparato tenía por una parte una punta de metal, por la otra una lámina; cuando pasaba la corriente eléctrica, entre la punta y la lámina saltaba un pequeño relámpago, por una diferencia de potencial; no sabría explicar mejor estas cosas, repito más o menos lo que estudié entonces. Por una diferencia de potencial, se veía el relámpago en la oscuridad de la sala. Así, el sentimiento religioso es como una luz que brilla por la diferencia de potencial entre dos polos: el polo de nuestra nada, de la conciencia de que somos nada, y el polo de la conciencia de que Dios lo puede todo. Mi propia nada y Su todo.

Es el sentimiento que vivía san Francisco de Asís; y que se describe cuando se cuenta que una mañana no lo encontraron en el convento y lo hallaron en el bosque del Avena, tumbado con la cara por tierra y los brazos extendidos, mientras repetía: «¿Quién soy yo?», «¿Quién eres Tú?»³⁸.

El sentimiento religioso es el sentimiento propio de esta diferencia. La Virgen es ante todo el ejemplo preclaro –¡admirable!–, sin rebuscamientos teológicos o filosóficos, del sentimiento religioso: de un lado, *humilitas*, y del otro, Dios, el omnipotente.

«Para Dios nada es imposible». Que para Dios «nada» sea imposible parece algo fácil de comprender; de hecho, no hay objeción posible. Pero en la historia del pensamiento, también teológico y también católico, no es tan fácil verlo respetado; no es fácil en absoluto que el hombre lo respete. El hombre siempre está tentado de dictarle a Dios lo que puede y no puede hacer; tentado de proyectar sobre Él lo que considera justo o indebido y prohibirle lo que cree injusto. Pero las cosas no son así: «Para Dios nada es imposible».

3. El misterio cristiano es Dios que se hace visible

He aquí, entonces, el tercer paso que tenemos que dar esta tarde contemplando a la Virgen. Ella misma nos enseña cómo lo vivió en su ánimo. En este tercer paso la Virgen se vuelve realmente protagonista. Si para Dios nada es imposible, entonces estos pequeños seres creados, esta nada que somos cada uno de nosotros, puede ser tomada por Dios y enaltecida.

San Agustín, anticipando todos los conceptos del evolucionismo, encumbrado por la ciencia moderna sobre todo en sentido anticristiano, decía que Dios es tan poderoso que puede haber creado el mundo como una pequeña semilla inicial, *seminales rationes*³⁹; una pequeña semilla inicial a partir de la cual se desarrolló todo. Mil quinientos años antes se anticipó a Darwin y a los científicos anticatólicos, antirreligiosos. Así, puede

ser que de un punto creado, infinitesimal, casi invisible, Dios haya extraído la entera evolución del cosmos, de la humanidad y del cosmos.

Pero lo que más nos interesa es que “mi” puntito humano, pequeño y casi invisible, Él lo puede ensalzar, lo puede llevar a ser algo grande. Lo mismo hace con el instante fugaz: el instante “parece” algo, pero no es nada, porque el instante es una fracción de tiempo tan breve que, en cuanto se nombra, ya no existe; es una fracción de espacio tan corta que, apenas indicada, tiene que ser franqueada. Dios puede hacer algo grande de nuestra pequeña humanidad y del instante fugaz. Se llama “misterio” a esta intervención de Dios, con su capacidad sin límites, en la nada de la criatura. Por tanto, «para Dios nada es imposible» y, si interviene en la humildad de su criatura, puede hacer de ella algo sublime. ¿Qué quiere decir «algo sublime»? Que puede hacer de la minúscula criatura un cauce de Sí, puede hacerla portadora del Infinito.

Lo aprendimos más tarde del Hijo de María, cuando enseñó a los suyos que incluso una palabra dicha en broma tiene un valor eterno; y el más pequeño de los hijos de los hombres (recordemos la campaña de la Iglesia, junto con los pocos que lo han entendido, en contra del aborto), incluso el más pequeño, es relación con el Infinito, tiene un valor eterno. Por ello, exclamaba santo Tomás, el alma del hombre *est quodammodo omnia*⁴⁰, «es, de alguna manera, todo»; es decir, es más grande que el mundo. Pascal⁴¹ insistirá en ello: el más pequeño de los hombres, si el mundo entero se aliara para aplastarlo, sería más grande que el mundo que lo oprime, porque él podría abrazarlo, “com-prenderlo”, puesto que es relación con el Infinito.

De todas formas, se llama “misterio” a la intervención del Dios infinito e inefable, a la omnipotencia de Dios que, de algún modo, se revela y se hace objeto de nuestra experiencia; entra dentro de la experiencia del hombre pasando por la humildad de su sierva; se convierte, de alguna manera, en factor de la historia, usando la pequeñez de la criatura. En efecto, la palabra “misterio”, en sentido cristiano, supera –o, más bien, arrolla– el sentido del misterio tal como lo concibe el pensamiento humano, la filosofía. Para el pensamiento humano, para la filosofía, misterio es lo incognoscible, es el manantial del ser en cuanto que no se puede conocer; en cambio, en sentido cristiano “misterio” indica el manantial del ser, Dios, en cuanto que se comunica y se hace experimentable mediante una realidad humana, una realidad histórica. En su sentido último analógico, el primer misterio es el cosmos, porque a través de las estrellas del firmamento o de las flores del campo, la sabiduría y la potencia infinita se hacen visibles y sensibles para nosotros, pues a partir del mundo conocemos a Dios. Pero la palabra “misterio” en sentido cristiano es más dramática, mucho más precisa: es propiamente Dios que se sirve de un factor humano, uniéndolo a Sí y haciéndolo protagonista de la

historia junto con Él.

El Misterio cristiano es Dios que se hace visible, sensible y experimentable en cuánto nos une a Él, en cuanto se une a una pequeña y pobre realidad humana. Eso ocurrió con la Virgen. El Omnipotente se identificó con ella de una manera inconcebible para nosotros, de una manera tan inconmensurable que no podemos imaginar nada más grande. Más aún, más que eso no se podía hacer: es como si Dios, convirtiéndose en hijo de aquella muchacha, hubiera agotado su infinitud.

«Y el Verbo se hizo carne», al igual que cada uno de nosotros se hizo carne en el seno de su madre. Son cosas estas que hace falta mirar detenidamente para poder empezar a percibir las y a sentir las –¡imaginaos para poder hablar de ellas!–; son realidades en las que hace falta fijar la mirada, como se miran las cosas más grandes y bellas, aunque sin comparación posible también con aquellas.

Pues entonces, la Virgen alcanzó la cumbre del sentimiento religioso y dio cabida a la iniciativa de la potencia de Dios, porque «para Dios nada es imposible»; de tal manera que el Hijo del Altísimo se hizo hijo suyo.

Por tanto, el Misterio en sentido cristiano es el acontecimiento que nos hace entender quién es Dios; Dios en cuanto se comunica y hace experimentable, uniéndose de algún modo a una realidad creada: desde la voz que salió de la zarza ardiente a la voz que habló mediante los profetas; hasta llegar a esa cumbre, realmente inefable, que no podemos decir, cuyo fruto tan sólo podemos abrazar. Dios se hizo hijo de aquella joven mujer.

4. Reconocer la gran Presencia

Veamos ahora cómo todo eso –su humildad y la acción soberana de Dios en ella– se reflejó en la realidad humana de la Virgen; qué nueva relación se estableció entre aquel ser humano, de otro modo desconocido, y la historia entera de la humanidad. Veamos qué efecto surtió en la historia.

La reacción activa que el anuncio suscitó en la Virgen se llama “fe”. ¿Cómo se expresó esa fe? ¿Cómo se expresó el reconocimiento de una presencia divina, más grande que ella misma? La fe, en efecto, es reconocer la presencia entre nosotros de Alguien más grande que nosotros. Alguien más grande que es «el Señor». ¿Cómo se manifestó su respuesta? El Evangelio dice: *fiat*.

Fiat, fue apenas un soplo. He aquí que, al igual que era casi nada esa muchacha de quince años, así su gesto inmenso fue tan sólo un soplo. Sin ese *fiat* la historia del universo sería distinta, no habría cambiado el rumbo de la historia. Su respuesta, que tuvo un valor crucial para el mundo entero, fue apenas un soplo: el soplo de la libertad.

Y la libertad humana es la capacidad de adhesión al Ser, al Misterio; al Ser que se revela a través del Misterio que irrumpe en nuestra vida.

Fiat, sí. ¡Sí! Lo que más me llama la atención, al leer la narración del anuncio en el santo Evangelio, es cuando el ángel acaba de hablar y la Virgen dice: «Hágase en mí según tu palabra». «Y la dejó el ángel»⁴². Nada más. Me gusta detenerme en ese momento —«Y la dejó el ángel»— e identificarme psicológicamente con ella; imaginarme cómo se quedaría esa chica, sin ningún apoyo, sin ninguna aparente motivación que no fuera la lealtad con el recuerdo. Hubiera podido decir: «Ha sido una ilusión, un espejismo». «Y la dejó el ángel». Fijaos, ella se quedó allí teniendo que afrontar a su prometido, teniendo que afrontar a sus padres, sin que todavía pudiera sentir la vida que anidaba en ella; sin que la pudiera ver, sin que la pudiera experimentar.

Me parece apreciar en esta frase el verdadero momento de la fe, el momento culminante del acto de fe: fundado, erigido, realmente constituido de devoción por la razón, de verdad de la razón, de lealtad con la propia historia —lealtad con lo que le acababa de suceder— y de fidelidad a la grandeza de Dios que, de alguna manera, la había alcanzado, tan sólo con un toque pero suscitando una evidencia. Libertad, amor a la verdad, lealtad, fidelidad a Dios: de todo esto está hecha la fe. «Obsequio razonable», dice la Escritura⁴³.

En primer lugar, pues, la fe. «Dichosa», le dirá su prima Isabel, a quien fue a visitar enseguida. Cuando la inmensidad de Dios toca la humildad de su criatura, ésta no puede demostrar su enaltecimiento y el despuntar de su grandeza más que con el amor al otro, con querer a los demás. Fue corriendo a ayudar a su prima Isabel que, apenas advirtió su presencia, exclamó: «Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá»⁴⁴. Tu grandeza es haber creído que se cumpliría lo que Dios te dijo.

La grandeza del hombre, pues, está en la fe, está en reconocer la gran Presencia dentro de una realidad humana. Tal y como el pensamiento puede imaginarla de manera muy confusa, la gran Presencia incide poco en la vida. En cambio, la fe que reconoce la gran Presencia dentro de la nada, la poquedad y la humildad de una criatura, de un acontecimiento histórico, de un hecho histórico como la vida de una joven mujer —«Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá»—, esta fe se convierte en protagonista de la historia. Y, en efecto, el *Magnificat* lo proclama: *Fecit mihi magna qui potens est*⁴⁵, «el Poderoso ha hecho obras grandes por mí». Esto no es orgullo: «porque ha mirado la humildad de la su sierva» y, mediante su libertad, su «sí», y, por lo tanto, su fe, la convirtió en protagonista incomparable de la historia. ¡Ningún nombre se le puede comparar!

¿Os acordáis cuando en la escuela estudiábamos a los clásicos? Manzoni, en la poesía

El nombre de María, escribe: «Un día, callada, por no sé qué ladera / subía la novia de un carpintero nazareno; / subía, sin ser vista, al hogar feliz / de una preñada anciana [Isabel, que se quedó embarazada cuando ya era anciana, como predijo el ángel]; / / y, al llegar, la saludó; Isabel recibió / con alegría a la inesperada, / y, alabando a Dios, exclamó: Todas las gentes / te llamarán beata [y esta noche nosotros cumplimos esta profecía, comprobamos la verdad de esta profecía].// ¡Ay, con qué escarnio la edad soberbia / habría escuchado esos lejanos presagios! [con qué sonrisa de desprecio el hombre moderno habría escuchado a esa chica de dieciséis años decir: ¡Me felicitarán todas las generaciones!]. ¡Ay, cuán tardo / nuestro consejo! [qué duro es nuestro cerebro] ¡Oh, cuán mentirosos son nuestros humanos intentos de comprender! [qué mezquino y mentiroso es nuestro modo de ver las cosas]»⁴⁶.

«Ha hecho obras grandes por mí»: el mundo, la historia, el número de los años fueron partidos en dos por el niño que nacería de ella. Y el niño que nacería de ella sería el Salvador de su pueblo, el Salvador del pueblo de Dios que es la humanidad entera. Verdaderamente, «el Poderoso hizo obras grandes por mí».

En la página de las bodas de Caná tenemos el documento de lo que la Virgen, como mujer y como madre, sería a lo largo de la historia: la *intermediadora* entre la pobreza del hombre y la potencia del Misterio, Jesús. Dijo a los sirvientes: «Haced lo él os diga»⁴⁷. Y Cristo le obedeció; digamos así, “le obedeció”, porque no fue estrictamente una obediencia, sino un ceder a esa suprema conveniencia que brota del amor del hijo por la madre.

Esta es la devoción más arraigada en la historia de la Iglesia y del mundo. La devoción a la Virgen es como el prolongarse entre nosotros de la mediación que ella realizó en Caná, entre aquellos dos pobres novios y Jesús. Por una conveniencia profunda, admirable, colmada de ternura y expresión del afecto supremo, Dios hecho hombre, a quien el Padre entregó todo, accedió a su ruego. «Tuyos eran [los hombres] y tú me los diste», «por el poder que tú me has dado sobre toda carne»⁴⁸, dice Jesús al Padre antes de ir a sufrir su Pasión.

Todo esto ocurrió por la intercesión de esta mujer, medianera de toda gracia. Mediante la gracia, Cristo comunica su salvación al hombre, a su frágil criatura; por tanto, la Virgen es medianera de la acción salvífica del Misterio. ¡Mucho más que protagonista de la historia! Y el mundo entero y todas las fuerzas humanas, incluso las eclesiásticas, se ven obligadas –cómo decir– a hacerse humildes ante el emerger del milagro que es María, porque a lo largo de la historia de la Iglesia ella ha hablado siempre a su pueblo. El pueblo cristiano forma parte del objeto de su maternidad, pues todos los hombres son miembros, o están destinados a serlo, del cuerpo glorioso de su Hijo. Verdaderamente

protagonista de la historia: «el Poderoso hizo obras grandes por mí».

5. El primer «sígueme» de la historia cristiana

Pero llegados a este punto, el misterio de Dios revela aún más el misterio –en el sentido oscuro, no luminoso, del término– de la vida del hombre, el enigma de la historia humana. El misterio de la historia humana es el de una lucha, una lucha entre el bien y el mal, es decir, una lucha entre el Hijo de María y –en palabras del Evangelio– los que han sido engendrados por la mentira. El octavo capítulo del Evangelio de san Juan describe precisamente la historia del hombre como una lucha entre Jesús y los seguidores o hijos de Satanás: «Vosotros sois de vuestro padre, el diablo. Cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira»⁴⁹.

Entonces el protagonismo de María en la historia es el de ser madre de la verdad; y el hombre, cualquier hombre, ante ella vuelve a su verdad, a la humildad; y se encuentra con la grandeza del misterio de Dios, para el que nada es imposible. La Virgen, en la historia de la humanidad, es la fuente más viva, vigorosa y vibrante, del sentimiento religioso. Pensemos, por ejemplo, en Fátima, cuando intervino en la historia de la Iglesia y en la vida del mundo por medio de tres niños de cinco y ocho años, que cambiaron el rostro de la nación portuguesa.

Pues, ¿por quién nos decantaremos nosotros? ¿Nos pondremos de parte de los hijos de la mentira o querremos ponernos de parte del Hijo de María? «En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer [ninguna diferencia; ni derecha, ni izquierda], ya que todos vosotros sois uno [*eis*, una sola persona] en Cristo Jesús»⁵⁰. Entonces, realmente es madre mía como es madre de Jesús, madre nuestra como es madre de Jesús.

Una vez (en el vigésimo primer capítulo de san Juan), Jesús apareció en la ribera del Lago de Tiberiades (es una de las páginas más bonitas del Evangelio). Estaban allí todos los apóstoles, en aquel alba fresca, delante de aquel individuo, de aquel hombre que había preparado para ellos pescado asado (quién sabe cómo llegó allí y preparó esos peces para ellos). Y todos sintieron: «¡Es el Señor!». Y nadie se atrevía a decírselo, no osaban hacerlo. Después, cuando ya habían comido y hablado con él, Jesús se vuelve; quizás mientras ya se iban, se dirige a uno de ellos y le dice: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Y Pedro, sintiendo temblar el corazón al aflorar los recuerdos de sus traiciones, contradicciones y mezquindades, a lo largo de toda su vida de pobre hombre, quién sabe cómo, contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Y Jesús, mirándolo, le dice todavía: «Simón de Juan, ¿me amas?». Tal vez con temblor, Simón contesta: «Señor, tú sabes que yo te quiero». «Apacienta mis corderos». Lo hizo

protagonista de la historia, lo eligió como jefe de su Iglesia. Por tercera vez, quizás después de haber dado unos pasos, se detuvo y le dijo: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Entonces, se entristeció Pedro, le embargó la confusión, y sin embargo, tuvo el ánimo de decir: «Señor, tú lo sabes todo: tú sabes que te quiero». «Apacienta mis ovejas, todo lo que es mío lo entrego en tus manos. En verdad, te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a ser mayor otro te ceñirá y te llevará donde tú no querías». Y, al rato, le dice: «Sígueme»⁵¹.

«Sígueme». La historia de la Iglesia se injerta en la descendencia de Pedro, en el papado, en el obispo de Roma, garante de la fe de todos los obispos y todos los fieles (lo cual manifiesta el misterio, la omnipotencia de Dios dentro de la historia, dentro de nuestra historia de pobres hombres). Lo hizo protagonista de la historia, con un breve mandato: «Sígueme». ¿Qué significó para la Virgen decir *fiat*, «hágase en mí según tu palabra»? Significó decir: «Sí, te sigo». Como escribe el Papa, en su maravillosa encíclica sobre la Virgen⁵², lo que el ángel ofreció a la Virgen fue el primer «sígueme» de la historia cristiana. Y ella contestó: «Sí, te sigo. Hágase en mí según tu palabra».

Lo mismo tiene que ser para nosotros. En nuestra breve existencia, que es parte de la historia de Dios con la humanidad, ¿de qué parte estaremos? De parte del *fiat*, del «sí» frente a cualquier circunstancia de la vida, que no tiene otro sentido que escuchar a Dios que nos dice: «Sígueme».

Y Cristo, ¿cómo me dice: «Sígueme»? A través de las circunstancias de la vida, en sí mismas humildísimas, hechas de instantes que no son nada, hechas de nada. Pero al abrazar estas circunstancias diciendo «sí, te sigo», nosotros nos ponemos de parte de aquel pueblo humano que, iluminado y redimido por Cristo, por el ejemplo y la intervención medianera de la Virgen, arrastra al mundo entero, humano y no humano, los hombres y el cosmos, hacia su destino. Diciendo nuestro *fiat* en el día de hoy, en las circunstancias de esta tarde o de mañana, diciendo «sí, te sigo» –que es apenas un soplo, una nada respecto al peso de lo que ocurre–, nos volvemos corredores junto con la Virgen. De este modo, colaboramos en llevar hacia su destino el mundo, humano y cósmico; hacia su felicidad y plenitud eterna, hacia aquello por lo que una madre da a luz a su hijo: la felicidad.

EUCARISTÍA: LA GRAN ORACIÓN

Doy las gracias a los que han organizado este encuentro por la provocación contenida en la apostilla del título. «Eucaristía: la gran oración». Sinceramente, es la primera vez que escucho esta connotación tan sobria y esencial. Espero que el Señor me conceda comunicaros alguno de los pensamientos que estas palabras me han suscitado, porque esta provocación compendia toda la expresividad del hombre que se dirige al Padre en virtud del encuentro con el Hijo.

1. La Eucaristía. El método de Dios

Me permito, en primer lugar, leeros un pasaje del *Zibaldone* de Leopardi: «En este presente estado de cosas no tenemos grandes males, es verdad, pero tampoco ningún bien; y esta ausencia es un mal grandísimo, continuo, intolerable, que hace penosa toda la vida, incluso cuando los males parciales solo aflijan una parte de ella. El amor propio, y por tanto el deseo ardentísimo de la felicidad, perpetuo y esencial compañero de la vida humana, si no se ve calmado por la visión de un placer vivo, aflige nuestra existencia con crueldad, aunque no tengamos otros males. Y los males son menos dañinos para nuestra felicidad que el aburrimiento; pueden hasta ser útiles para la misma felicidad. La indiferencia no es el estado del hombre; es directamente contraria a su naturaleza, y por tanto a su felicidad» (*Zibaldone*, 1554-5)⁵³. Y también sobre la felicidad Leopardi escribía a un amigo francés, en 1823: «Si la felicidad no existe, ¿qué es entonces la vida?». La felicidad es la finalidad de este dinamismo insomne que es el hombre.

La frase del *Zibaldone* me ha remitido al hecho de que el hombre no puede sondear el Misterio. La religiosidad natural tiende a reconocer la existencia de un *quid* último, de una misteriosa realidad última: «Existe una finalidad», escribía Kafka. «Pero no existe el camino»⁵⁴, añadía. Lo que quiere decir: no se puede sondear a Dios como sentido de la vida. El sentido de la vida no se puede sondear. Las preguntas que se hace el hombre sobre el sentido de su vida –cuando se las hace– son más investigadoras que preguntas por la verdad o acerca de lo verdadero. La pregunta acerca de la verdad, en efecto, debería ser religiosa por naturaleza. Si la cuestión fuese conocer a Dios con una

definición, entonces deberíamos poder encontrarla. Pero pretender definir a Dios sería como extinguir la pregunta misma sobre él. En el fondo sería otra blasfemia tratar de adentrarse, de comprender y definir el Misterio, por lo menos hasta donde nos es posible. ¡A menos que Él se manifieste! O el Misterio se nos comunica o no podemos comprenderlo. Si el Misterio se manifiesta, la vida acepta gustosamente su condición de espera y favorece en cualquiera una sencillez de niños. Por esto Jesús, en el capítulo 11 del evangelio de Mateo, dirige su gran oración al Padre: «Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor»⁵⁵.

Y Dios se ha manifestado. La espera que Leopardi subraya siempre y que cada uno de nosotros siente con facilidad, la exigencia de la verdad que tiene el corazón, ha encontrado respuesta (aunque, incluso ante esto, uno mismo se puede adherir con una cierta indiferencia última, como se apunta en el *Zibaldone*; es como si una falta última de seriedad nos impidiese obtener un beneficio de aquello que el alma alberga, de la interioridad, la delicadeza, la capacidad de perdón y la alegría compartida que exigen las relaciones).

Dios se ha manifestado. El Misterio se ha desvelado a sí mismo. Lo que la palabra “Eucaristía” nos invita a identificar es precisamente el método con el que Dios se manifiesta. ¿De qué manera quiso Dios manifestarse al mundo, a la existencia del hombre y a la historia? Recordemos que el método que eligió el Misterio para comunicarse fue el de identificarse con una circunstancia de tiempo y espacio. Es como si el Misterio tratase siempre de identificarse con un tiempo y un espacio, con algo presente, con una presencia, es decir, con un acontecimiento (como, gracias a Dios, se empieza ahora a escuchar más a menudo).

En este sentido nuestra meditación tiene que remitirse inevitablemente a la figura de Abrahán, que supuso el comienzo de este método. Con el acontecimiento de Abrahán la relación de Dios con el hombre estableció un camino –un camino que no termina nunca, hasta que la historia del mundo termine– que nos atañe también a nosotros. «El Señor dijo a Abrahán: “Sal de tu tierra y de la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo” [¿qué significado universal tiene este acontecimiento: «con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo»!]. Abrahán marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Abrahán tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán. (...) El Señor se apareció a Abrahán y le dijo: “A tu descendencia le daré esta tierra” [es el signo del mundo]. Él construyó allí un altar en

honor del Señor que se le había aparecido»⁵⁶.

Después de Abrahán, nuestra meditación se detiene en la figura de Moisés, que en la zarza ardiente recibió el Nombre con el que tendría que ir a sus hermanos en Egipto y hablarles de lo que Yahvé les pedía. «El Señor Dios de vuestros padres me envía a vosotros»⁵⁷: el Dios de vuestros padres, ese Dios que se ha manifestado y se manifiesta de forma coherente a través de un acontecimiento que se convierte en historia. Un acontecimiento continuamente presente: «Este es mi Nombre para siempre»⁵⁸. De nuevo aquí un valor universal.

Hasta llegar al momento de la historia en el que la presencia de Cristo nos atrapa la mirada, nos cautiva el corazón, según describe el evangelio de Juan: «La obra de Dios es esta: que creáis en el que Él ha enviado»⁵⁹, porque «Yo y el Padre somos uno»⁶⁰. Y aquella tarde, pocas horas antes de ser apresado –el silencio de los apóstoles era tenso, más grave que de costumbre sin comparación–, ese hombre dijo, en un momento dado de su discurso: «Sin mí no podéis hacer nada»⁶¹, no sois nada. *Quid est veritas?* ¿Qué es la verdad? Pues la verdad es el sentido de la vida, es lo único a lo que Leopardi atribuiría gustoso el sinónimo de felicidad. ¿Qué es la verdad del mundo y de la historia, del hombre y de su existencia? *Quid est veritas? Vir qui adest.* Las cosas que nos aportan una mayor conciencia son las que nos obligamos a repetir más a menudo porque, cada vez que las miramos, la perspectiva que nos abren se ensancha y ya no se puede detener. Esta es la obra de Dios, este es el significado del mundo: «Creer en aquel que Él ha enviado». De hecho, la verdad es este Hombre que está presente.

2. El ofrecimiento

Quisiera ahora reclamar vuestra atención y la mía sobre un corolario del acontecimiento como método que Dios ha utilizado para comunicarse en la historia (el acontecimiento de Abrahán, de Moisés, de Cristo, ordena la historia, es como un río que fluye hacia su desembocadura). Se trata de un aspecto particular, pero extremadamente importante, en mi opinión, no sólo para la historia del pensamiento humano, cuya tentación mayor y más grave ha sido la fractura entre lo espiritual y lo contingente, lo efímero; pues cuanto más amplio de mente y corazón era un hombre, tanto más parecía proclive a identificar en esta separación el problema de la pureza de la razón, de la verdad del hombre. Mientras que, si la obra de Dios es que creamos en aquel que el Padre ha enviado –¡en ese hombre!–, entonces significa que la realidad sensible, la carne y la sangre, ya no son límites, no se oponen a la realidad última y verdadera, a lo eterno, al Espíritu.

Juan y Andrés callaban, arrollados por la evidencia de aquella mirada que hablaba, una mirada que les hablaba aquella tarde. Zaqueo fue conquistado por ese hombre del que había oído hablar mucho y que se detuvo delante del sicómoro diciéndole: «Zaqueo, voy a tu casa»⁶². La Samaritana se encontró con aquel hombre, un judío, sentado al otro lado del pozo⁶³: *vir qui adest*. La verdad, de forma mucho más evidente que antes, ya no es el término de una indagación afortunada y azarosa sobre el Misterio (de manera que el hombre pueda conformarse cuando se cansa de buscarla). La realidad sensible ya no se opone a lo espiritual: precisamente con Cristo, nacido de María como una realidad sensible, deja de haber oposición entre las dos ontologías de la realidad. Es más, Él constituye su unidad.

La religión judía y toda auténtica religiosidad tienen su imagen más lograda de la oración en el concepto de ofrecimiento. Pero, ¿qué significa “ofrecimiento”? ¿Por qué es la forma más alta de oración en la experiencia de un pueblo? Significa que todo, ¡todo!, consiste en Dios. Incluso la tierra y la piedra, incluso la carne y la sangre, todo consiste en Dios, en Cristo, como se dirá: «Todo consiste en Él»⁶⁴. Pero todavía no es suficiente. El ofrecimiento no es sólo esta constatación de que todo consiste en Dios (que no elimina nuestra pobreza, sino que de alguna manera nos la hace percibir ante la grandiosidad del Ser), sino que implica también otro sentimiento, como un matiz opuesto: el deseo de que el rostro de Dios se manifieste. Es un doble sentimiento, por tanto, que “vigoriza” el ofrecimiento: si todo está hecho de Dios, ¡que Dios se manifieste en todo!

La gran oración del ofrecimiento se expresa entonces a través de una realidad concreta: de corderos y toros, símbolos de la consistencia de la realidad y de la posesión que el hombre tiene sobre ella, se pasa al ofrecimiento de la circunstancia y del instante, símbolos de la urdimbre de nuestra vida y de la existencia entera. De nuevo nos acompañan las voces de nuestra literatura. Aquello que aparece como belleza en la mujer —dice Leopardi en su poema *Aspasia*— es algo que está más allá de su rostro de carne y en él transluce, de forma que el hombre «incluso en los abrazos, adora y ama»⁶⁵ eso que está más allá, dentro y más allá del semblante predilecto; mientras la mujer, ese objeto de ardor tan grande, no comprende, dice Leopardi.

Ya desde el mismo pensamiento pagano antiguo —ya lo hemos visto— surge el aliento de la verdad. Séneca escribe: «Debes vivir para otro si quieres vivir para ti mismo»⁶⁶. Si quieres la verdad de tu persona y de tus relaciones, debes afirmar a otro.

En cualquier caso, el vértice de este momento sublime, de este “gesto” —en el sentido literal y original de la palabra—, el vértice del ofrecimiento nos lo entreabrió Jesús. Por

Él, el ofrecimiento de la mujer pobre que da una sola moneda, porque no puede dar más, es idéntico a la generosidad de aquel que da la vida por el amigo supremo, Dios. El ofrecimiento consiste en reconocer que todo es de Dios, que todo está hecho por Dios, pertenece a Dios, consiste en Dios, pues todo es suyo. Como decía una amiga, con una vida muy sufrida: «La vocación —el ser llamado, una y otra vez por Cristo— es como la estrella que ilumina la noche oscura de las circunstancias». Porque las circunstancias son opacas y sordas; y el instante es nada. El ofrecimiento penetra esta nada —este *iod*, esta coma—, este instante, con el reconocimiento de que consiste en Dios; lo cual nos permite usarlo como instrumento expresivo de nuestra naturaleza. El instante es la primera medida de mi expresividad humana.

Detengámonos ahora en otra reflexión. El culmen del ofrecimiento, expresión suprema de lo humano, es el ofrecimiento que vivió Cristo, el hombre más consciente y amante del Padre y de sus criaturas: *Christe, cunctorum dominator alme*⁶⁷. La Eucaristía, «la gran oración», es el culmen del ofrecimiento que hace la humanidad a Dios, porque en ella la entrega de Cristo, hasta la muerte en la cruz, vence la injusticia como “origen” de la historia; una injusticia que parece de Dios y, en cambio, es fruto de la rebelión originaria del hombre que pretendió ser como Dios; y una injusticia que a lo largo del tiempo se convierte en cauce de la mentira, obra del padre de la mentira, de Satanás.

Existe una diferencia profunda entre el mal del hombre y el mal que nace en Satanás y de Satanás. Una chica me preguntaba el otro día: «Pero entonces el primer pecado, el pecado original, ¿fue el pecado del hombre que pretendió ser como Dios, que afirmó su yo frente a Dios?». Yo le respondí enseguida que sí, pero después pensé que hay una diferencia. El pecado original, aquel origen que no alcanzamos a imaginar pero que es tan real que sin su hipótesis no se comprendería nada del hombre ni del mundo, fue, sí, una voluntad de afirmación del propio yo por parte de Adán y Eva, instigados por Satanás; pero hay algo más en ese hecho. En Adán y Eva había algo que heredaron del ser abominable, del padre de la mentira: la pretensión de desafiar a Dios. No fue sólo la voluntad de afirmarse frente a Dios: la maldad estribó en desafiar a Dios. La maldad que se expresa en desafiar a Dios no puede proceder del hombre, es la maldad propia de Satanás. A partir de aquí yo entiendo el pecado original como este veneno inyectado en la naturaleza humana, en la sangre del hombre: el desafío a Dios. Se puede concebir que la afirmación de sí se pueda perdonar, porque también nosotros debemos perdonar a los que nos ofenden. ¡El desafío a Dios no! Aquí no es posible el perdón, paradójicamente haría falta algo más, algo indescifrable, impensable para el hombre. Haría falta la misericordia. Hace falta la misericordia. «*Felix culpa*», decía san Agustín⁶⁸.

En el ofrecimiento de Cristo, la realidad carnal, el pan y el vino, se convierten en el

misterio de la fe, es decir, en el cuerpo y la sangre del Verbo encarnado; coinciden literalmente con el Misterio del Hijo de Dios. ¿En dónde se produce esta suprema y adorable unidad entre Misterio y signo, que se puede afirmar sólo con temor y temblor, sino en la Eucaristía? El Misterio se identifica con el signo; y de esta forma el signo, la realidad sensible, la carne y los huesos, ya no están en contra del espíritu. ¿En dónde sucede esto en grado sumo, sino en la Eucaristía?

La Eucaristía –y es una última reflexión– implica el triunfo de la verdad en el hombre, porque éste reconoce el instante aparentemente efímero como expresión de lo divino. Yo cito siempre a un amigo mío que, desde lejos, desde Rusia, habla en sus cartas de la «densidad del instante». Tiempo y espacio, gracias a Cristo resucitado, ya no son un límite, el instante deja de ser una prisión, una tumba. Para nosotros los hombres, el tiempo y el espacio son instrumentos de nuestra riqueza expresiva; sin ellos no podríamos expresarnos; nuestra palabra no podría existir; pero al mismo tiempo nos limitan. El tiempo y el espacio nos permiten expresarnos y a la vez nos encierran. En cambio, para Cristo, muerto y resucitado, tiempo y espacio ya no son un límite, sino “razón” divina para que Él esté presente. La razón divina por la que Él se convierte en presencia para mí y para todos nosotros, hermanos, es este instante o esta circunstancia, sin que sea necesario, en principio, añadir nada más.

De esta forma la Eucaristía se convierte en primicia del triunfo de Cristo en el tiempo y en el espacio, esto es, en la historia. Con la Eucaristía comenzamos a gozar de la respuesta del Padre. Él mismo responde cediendo continuamente a la petición de sus hijos como nos enseña el evangelio de Lucas en los capítulos once y dieciocho.

Al mismo tiempo, la Eucaristía es la derrota de la mentira, como injusticia y dolor sin esperanza y por tanto sin sentido. La Eucaristía es Cristo muerto y resucitado; es la resurrección de Cristo que da sentido a cada fragmento de tiempo y espacio; es Su resurrección dentro de la historia y, sobre todo, dentro de mi existencia. ¡Pero este sentido del instante fugaz es tan casi nada y tan impotente! La resurrección de Cristo alcanza cada fragmento de tiempo y espacio, en mi existencia y en nuestra historia, en cada paso. Y así lo leemos en el libro del peregrino ruso⁶⁹. Pero es necesario recordarlo diez veces, cien veces, mil veces al día, hasta que coincida con el latido del corazón; hasta que el recuerdo de Cristo resucitado se vuelva familiar. La fórmula que tenemos que repetir es: «Jesucristo en la cruz por mis pecados». La resurrección de Cristo es el significado de cada momento que pasa, la densidad del instante que vivimos.

3. «Convocados en un solo cuerpo»

Según el designio del Padre, por obra del Espíritu Santo, Cristo implica en la

definición misma de su personalidad a todos los que son elegidos. Quizá sea necesario volver a leer la oración de Jesús en *Juan* 17,1-6. Cristo implica en la definición misma de su personalidad a todos los que han sido elegidos: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique y, por el poder que tú le has dado sobre toda carne, dé la vida eterna a los que le confiaste. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo»⁷⁰. Esta elección se extiende conforme al designio del Padre, a la voluntad del Padre. Por la fuerza omnipotente del Dios vivo, esta elección se realiza en la historia mediante el Bautismo.

Por eso el sujeto eucarístico en toda su estatura es, teológicamente hablando, el “Cristo místico”; una realidad cuyo cumplimiento total se manifestará en el último día, en la gloria final de Cristo, en esa misericordia que lo culminará todo. Pero Él está ya presente en la historia a través de los hombres que reflejan la mirada que Juan y Andrés tenían aquella tarde en la casucha junto al Jordán, una mirada fija en el rostro de Jesús. Los hombres en cuyos ojos se reflejan los de Juan y Andrés hacen posible el amor a Cristo cada día, en cada momento. Porque el sentido del tiempo, instante tras instante, es el amor de Cristo, que se comprueba como único significado de las incertidumbres, de los errores, del dolor por los niños abandonados y desamparados; como único significado de la conciencia madura del hombre que llora por la persecución, por la soledad, por la extrañeza en un mundo que le persigue, o que llora por las falsas alegrías del pueblo; pues, al llegar al ocaso, lo que queda del día es el amor a Cristo como gotas esparcidas en un mar de lágrimas.

El sujeto eucarístico es el Cristo místico, cuyo cumplimiento pasa por la asimilación misteriosa de aquellos a quienes el Padre elige e incorpora a Cristo; el Padre los presenta a Cristo y Él los aferra en el Bautismo y los asimila a sí, convirtiéndolos en miembros de su cuerpo, en una realidad absolutamente nueva: «¿No sabéis que sois miembros los unos de los otros?»⁷¹. Si esto no fuera cierto, si fuesen meras palabras, no cabría más que un cinismo aniquilador.

El pueblo que de esta manera se genera en la historia –un pueblo grande como en la Edad Media, o casi sofocado, como el de una pequeña parroquia olvidada donde el párroco tiene veinte o treinta feligreses que acuden a misa los domingos– ¿cómo se expresa? ¿Qué finalidad social tiene y qué obra realiza para el bien común?

«Que la paz de Cristo –escribe Pablo a los Colosenses– reine en vuestro corazón: a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo. Sed también agradecidos»⁷². La paz es el fruto de la presencia de este «único cuerpo». Ya sea en la época de Cluny o en la de Péguy, el pueblo cristiano está en el mundo como coeficiente de paz, fuente de paz, moderador que asegura la paz, factor que construye la paz. Me vuelven a la mente

muchas intervenciones de nuestro Cardenal⁷³, pues creo que éste es su pensamiento más íntimo, secreto y apasionado. Coeficiente de paz: la paz que no nos deja de brazos cruzados, que no nos detiene, sino que continuamente nos impulsa a salir al encuentro de los hombres valorando todo lo bueno y abrazando a todos, la paz que sostiene la compañía entre nosotros.

Para esta Pascua os deseo lo que también deseo para todo el mundo: la esperanza es una certeza para el futuro en virtud de una realidad presente. Pero no una presencia cualquiera: es la presencia de Cristo que se nos ha dado a conocer a través de la Virgen. Una presencia que nos hace estar seguros de lo que nos espera, abiertos al futuro, y posibilita un camino sin descanso, para los pequeños y los grandes, los jóvenes y los adultos; un camino sin demora, un tender sin límites en virtud de la certeza de que Él, puesto que posee la historia, se manifestará en ella. Toda la historia cristiana nos enseña a participar de esta esperanza mediante ese momento del día que es la Santa Eucaristía, el ofrecimiento de Cristo, muerto y resucitado, al Padre, porque Cristo es del Padre, al que yo pertenezco en las horas y en los minutos de esta jornada.

EUCARISTÍA: UNA REALIDAD PRESENTE Y FAMILIAR

1. Recostar la cabeza en el pecho de Cristo

«Uno de ellos, al que Jesús tanto amaba, estaba a la mesa a su derecha. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: “Señor, ¿quién es?”. Le contestó Jesús: “Aquél a quien yo le dé este trozo de pan untado”. Y untando el pan se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: “Lo que tienes que hacer hazlo enseguida”. Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche»⁷⁴.

En esta brevísima escena se contiene todo el drama cristiano, que no es un drama social (si acaso, lo es sólo como reflejo). Desde hace dos mil años, este drama se establece en la relación entre Dios y cada persona, en la relación de Dios contigo. Porque el drama cristiano afecta a la persona singular; y lo demás deriva de aquí.

Quisiera fijar nuestra atención en esa escena, en ese instante, cuando uno de los doce, el que estaba junto a Jesús, apoyó la cabeza sobre el pecho de Cristo y le preguntó: «¿Quién es?».

Prescindamos por un momento de la verdad del cristianismo. Pensad únicamente qué quiere decir una escena así: Dios, el Creador, el Fundamento, el Misterio que hace todas las cosas, es un Hombre sobre cuyo pecho apoya su cabeza otro hombre, más joven que los demás. Juan tendría entonces unos veinte años; y allí, junto a Él, apoya su cabeza para preguntarle: «¿Quién es?». Y Él se lo dice, le responde; así de íntima y familiar era su relación, tan fuera de lo común, tan predilecta. Para llegar al hombre Dios asume una realidad humana, física y visible. El hombre se halla ante Dios como ante una realidad humana: ya no es “el Dios escondido”, sino una presencia sobre la que se puede apoyar la cabeza, es *una persona*. Esta es la situación religiosa del hombre desde entonces, exactamente ésta. Dios entra hasta tal punto en nuestro modo de vivir, en nuestra existencia terrena, que la relación con Él se representa, objetivamente, en esa escena. No es un gesto excepcional, es la “norma”, es el momento paradigmático de lo que sucede desde entonces.

Ese “más” que todos deseamos; ese “más” indefinido, pero apremiante; ese “más” que nos resulta desconocido, que normalmente o, con frecuencia, nos pasa inadvertido y cuyo significado no conseguimos jamás aferrar; lo «esencial» a lo que aludía Evtušenko

sin lograr explicar qué era⁷⁵; en esa escena ese “más” inaccesible se convierte en una realidad concreta, físicamente perceptible, físicamente determinada, tan clara y familiar como una persona que se sienta a nuestra mesa, vive bajo el mismo techo, almuerza y conversa con nosotros. Desde entonces, ese “más” se torna una evidencia, una necesidad sacrosanta; se transparenta incluso en nuestro modo de actuar: desde entonces, uno sabe cómo actuar; uno debe saber cómo hacer. Lo que era desconocido e inaccesible se convierte, desde entonces, en algo real, en una norma precisa, en una norma que se comprende y que incide en nuestro comportamiento.

La caridad que se manifiesta en esa escena evangélica, ese amor al ser, se convierte en normativo –amor a Dios, al cosmos, a Jesús, a los hombres; da lo mismo–; ese amor se convierte en un aguijón, en una posibilidad y en un deber para cualquiera; en el deber que incumbe en cada acción; se convierte en la inspiración consciente y clara de todos nuestros actos.

2. Acercarse a los Sacramentos

¡El mayor delito, nuestro verdadero delito, es olvidar a Jesucristo! Os decía antes que para pensar en Dios, para representarlo según nuestra necesidad natural de identificarle en ideas o formas, nuestra imaginación debe fijarse en la escena citada. Porque esa es la posición normal en la que te encuentras. El delito es la inconsciencia con la que – normalmente– consigues apartarla de tu vida y tu existencia.

El Misterio, ese “más” que de otra forma permanecería en la vaguedad más absoluta, se hace presente en una realidad física y sale a nuestro encuentro; por ello, el hombre inmediata y repentinamente toma conciencia, intuye vertiginosamente, comprende, que lo que hubiera sido simplemente objeto del canto de los poetas o causa de algunos momentos de conmoción –en cualquier caso motivo siempre de una inquietud indescifrable, infecunda, tan angustiosa como estéril– nos alcanza mediante el Sacramento.

En efecto, no hay diferencia entre la presencia del Misterio en esa escena y lo que Dios hace con el Sacramento; entre el hecho de que Dios fuese aquel hombre, al que yo estoy tan apegado sentimentalmente, del que soy tan amigo, que me quiere tanto y me resulta tan cercano y familiar, este hombre que está comiendo conmigo, y el gesto que celebra la comunidad de la Iglesia, la comunidad cristiana. ¿Qué diferencia existe entre ambos gestos en cuanto a la presencia del Misterio? Ninguna. No es más misterioso el segundo, no es más misteriosa la Confesión o la Comunión que esa escena de Juan junto a Jesucristo. Ambas expresan el único Misterio.

Y el Misterio del Sacramento es exactamente el mismo Misterio que vivió Juan el

evangelista; ambas realidades comparten el mismo “esquema”: Dios –invisible, incomprensible, inconmensurable, inabarcable– se hace sensible; no como “Dios” –Dios no puede hacerse sensible como “Dios”–, sino como una presencia, como una realidad con la que yo me topo, una realidad perfectamente humana. Jesús era un hombre que actuaba y que hablaba; del mismo modo, son hombres los que actúan y hablan en el misterio del Sacramento. En el Sacramento, el Misterio coincide con el gesto que realizan unos hombres; el mismo Jesucristo y los que le rodeaban eran hombres que llevaban a cabo determinados gestos y con ello contradecían la idea purísima de Dios, inconcebible e inimaginable para los fariseos. Del mismo modo hoy puede parecerle absurda al racionalista la pretensión de que Dios reconstruya al hombre mediante los gestos que su poder lleva a cabo; gestos eficaces que hacen de mí un ser nuevo mil veces al día, capaces de obtener en mí una verdadera conversión. Porque yo, que podría ser como tú, no lo soy. A los cuarenta años, si sigues así, no verás lo que yo veo, no sentirás lo que yo siento. Mientras que lo que tú sientes, lo que tú ves, yo lo siento y lo veo, porque también yo he sido como tú. Solo que yo he caminado más que tú, por algo que ha llegado a mí, que ha entrado en mi vida y que no me he dado yo, que no es fruto de mí mismo: ha llegado a formar parte de mí participando en una realidad física.

La afirmación de que la Confesión transforma es puramente gratuita solo para quien no se confiesa o para quien lo hace de manera tan inconsciente como lastimosa, como un simple gesto de piedad, ajeno a la sencillez de un Misterio tan admirable. Y es una afirmación puramente gratuita y abstracta decir que la Comunión convierte y crea un hombre nuevo, sociológicamente identificable, con una mentalidad distinta y una sensibilidad inconmensurable a la hora de sentir lo humano y su destino, solo para quien no comulga; basta con no acercarse a comulgar o hacerlo sin humanidad, o como un acto de piedad formal, y no como un mendigo que hunde sus raíces, sin pretensión ninguna, en el Misterio de Dios, con la única certeza de que será rescatado y de que su redención llegará cómo y cuándo Dios quiera.

Aunque la redención ya empieza, ya se da en uno mismo, porque uno no puede quedar exactamente igual que antes si toma parte consciente en estos gestos; es imposible.

Por tanto, el peligro supremo ante la Comunión es acercarse a este hecho sin respetarlo por lo que es; es reducirlo a algo que imaginamos en términos racionalistas o moralistas, mientras que es puro Misterio.

La actitud del evangelista Juan apoyando su cabeza en el pecho de aquel hombre, vuelve a suceder real y objetivamente –no soy ningún “visionario” al afirmarlo– en el Sacramento. Y la persona, si es fiel y persevera en este camino, en este encuentro con Cristo, se hace distinta, convierte su mentalidad y sensibilidad en la de Otro, recibe de Él la energía para vivir.

Se hacen posibles, entonces, actitudes morales absolutamente inconcebibles fuera del cristianismo vivido (no fuera de una moral o una religión, sino del cristianismo vivido, es decir, fuera de la relación que el Misterio mismo establece para que el hombre lo reconozca; ese Misterio al que pedimos que penetre nuestros actos hasta la medula y que recibimos con el deseo de que conforme nuestra vida); por ejemplo, la fidelidad en el amor, el amor a la verdad, la capacidad de no pararse ante los obstáculos, para que no se conviertan en un escándalo que detenga nuestro camino; pero, sobre todo, la constancia, no en sentido abstracto sino como capacidad indomable de reanudar la marcha y de establecer una continuidad, la continuidad ante una experiencia siempre posible, ante la Resurrección.

Comprendéis ahora cómo debemos cambiar, cómo debe convertirse nuestra actitud ante lo que es esencial en la vida: Jesucristo es lo esencial y sostiene nuestra historia. No estaríamos aquí hablando, no nos habríamos juntado nunca si no existiese este Hecho.

El primer aspecto de nuestra conversión para que ese “más” se concrete y sea el alma que transforma la existencia, lo primero para que cale en nuestra historia la conciencia ardiente de ese “más”; lo primero para experimentar ese “más” en lo que hacemos todos los días —el deber y el placer, el barrer el suelo, el estudiar o el comer (como decía Siniavski⁷⁶ desde otro punto de vista, hablando del campesino que se santigua antes de comer)—, para que este “más” plasme nuestro ser de forma consciente, para que sea vibrante y cada vez más amigo, más familiar y reconocido, para que podamos salir poco a poco de la niebla que nos rodea, el primer paso es acercarse a los Sacramentos. Lo primero no es que nos dispongamos a hacer no sé qué cosas; el primer modo de realizar ese “más”, la primera conversión es acercarse a los Sacramentos.

No os estoy exhortando a un acto piadoso, sino a tomar conciencia de una realidad que es Misterio; de unos gestos que nos vuelven distintos en la medida en que nos acercamos a ellos. Os prometo que lo experimentaréis, cuándo y cómo Dios quiera. No os reclamo a una práctica piadosa, os remito a hechos que coinciden con el Misterio.

3. El grito de quien sabe que no es nada

¿Cómo te pones ante al Misterio? ¿Te acercas a Él pactando? ¿Pones condiciones? ¿Vas “preparándote” y pensando: «Creo que tengo derecho a recibirte.»? ¿Te acercas al Misterio arreglando tú las cosas y diciendo: «Ahora, debes aceptarme»? Sería pura presunción, una pretensión absurda.

Acercarse al Misterio requiere una sola cosa: la conciencia de nuestra ineptitud, que es algo más que nulidad, es conciencia de nuestra incapacidad radical y traición continua, de nuestra pobreza culpable e imperfección querida, de nuestro venir a menos y de

nuestra fragilidad connivente; conciencia de que no somos nada. Pero la palabra “nada” no dice todavía lo que somos. Sólo existe una condición para vivir la relación con el Misterio: la conciencia de lo que somos. Para acercarse al Misterio esto es lo único necesario.

Aunque la forma de acercarse al Misterio en el Sacramento no es la misma cuando uno está allí comiendo con Él y apoya la cabeza sobre su pecho o cuando le escucha hablar del fin del mundo y del Juicio y tiembla ante aquella voz que le juzga; se trata de modalidades distintas de acercarse al mismo Misterio.

Cristo realiza su permanencia en nuestra existencia de una forma determinada. La Confesión y la Comunión son los dos cauces fundamentales a través de los cuales entramos en relación con el Misterio: ambos fundamentales, porque uno está en el inicio y el otro en el fondo de nuestra actitud. Aunque, más bien, se trata de factores complementarios de una misma actitud. El publicano que salió del templo perdonado –y el evangelio no dice que dejara de recaudar impuestos y de timar a la gente, no lo especifica– es ciertamente, como comenté ya esta mañana, la página del evangelio más clarividente en este sentido.

No se puede considerar la Confesión, como voy a describir a continuación, reduciéndola a una práctica de acostumbrado moralismo. Es decir: «Yo, para acercarme a la Confesión, debo estar decidido a dejar de cometer este pecado, pues si no soy un mentiroso, soy un hipócrita; voy allí y sé que después de una hora volveré a equivocarme; después de tres minutos, si tengo ocasión, me equivocaré de nuevo. Entonces, no voy; iré a confesar cuando sepa corregirme». Yo te pregunto: ¿qué necesidad tenía el Misterio de Dios de entrar en tu vida, si tú ya eres capaz de corregirte por ti mismo? Otra posibilidad es pretender ir a confesarse sólo cuando se tiene un sentimiento íntimo que implica ya una conversión: que uno llore amargamente sus errores o sienta dolorosamente su equivocación. Pero si ya hubieras cambiado, sería inútil ir a confesarse. Lo que tú pretendes es una confirmación formal, un formalismo.

En cambio, se trata de algo muy diferente. Tú acudes a ese encuentro porque no eres capaz de nada; no eres capaz, en primer lugar, de decidir por el bien. Acudes a ese encuentro porque estás bloqueado por tus errores; te acercas a un encuentro que te resulta ajeno porque te sientes impermeable y lleno de sentimientos negativos; precisamente porque estás así acudes al Sacramento, porque reconoces –¡es la única condición!– que eres un pobre hombre. Para reconocer que soy un pobrecillo, un inepto, un desgraciado, para reconocer que soy injusto –es la expresión más discreta y más clara–, para reconocer que no soy yo mismo, hace falta reconocer ese “más” del que hemos hablado antes. Hace falta reconocer que pertenezco al Misterio, que mis acciones pertenecen a un contexto más grande que yo no tengo en cuenta, que no logro tener

presente; hace falta reconocer que no soy yo el que consigue poner orden, que no soy capaz de dejar esto o aquello, que no soy capaz de hacer nada. Esta es la condición previa, sólo ésta. Por ello, vas a suplicar a Otro, a pedir que te cambie Él.

El dolor de los pecados necesario para ir a confesarse no es un sentimiento, es un juicio; es el reconocimiento de que mi acto no fue amor, no fue libertad, no fue apertura a ese “más”, no aceptó ser parte de un contexto, sino que pretendió y pretende ser ley para sí mismo. El dolor es un juicio. Y el propósito de la enmienda no es un programa que tú dominas (¡no te conviertes de repente en señor de ti mismo!), porque entonces Cristo sería inútil, sería como vaciar el Misterio de Cristo, sería como poder salvarte tú a ti mismo. El propósito es exactamente el grito del último residuo de sinceridad que hay en ti: «Yo no soy capaz. Señor, cámbiame tú. Y no sé cómo hacer, no sé cómo actuar, no sé cómo cambiar. ¡Sálvame tú!». El propósito es la rectitud de intención, este último residuo de sinceridad que, al no hallar en uno mismo la solución necesaria, clama a Dios, invoca el poder del Misterio de Dios. Porque es evidente que Dios es más poderoso, que su poder es más fuerte que nuestra incapacidad y nuestra maldad.

La misericordia de Dios es más grande que el pecado. Esto no quiere decir que Dios sea mentiroso y diga: «Vas bien cuando te equivocas». Dios no te justifica cuando quieres el mal; Dios necesita sólo un punto de apoyo en ti, un punto infinitesimal de verdad para construir sobre él, con su poder, tu conversión. ¡Para recrearte! Lo único que puede crearte de nuevo es la potencia de Dios, pero necesita un “enganche”, tan sólo un punto de verdad en ti. Porque Dios no puede construir sobre una mentira. Y este punto infinitesimal de verdad que hay en ti consiste en la sinceridad de esa súplica y nada más.

La Confesión es una oración, por tanto, una petición, no un plan establecido. La única cláusula necesaria es que esta petición sea sincera. ¡Decidme si esta sinceridad no se puede dar incluso en la peor situación, cuando uno sabe que seguirá equivocándose! Si una persona no va a confesarse porque está atrapada en una situación, comete dos errores gravísimos: primero, empeora su situación dañina, la remata definitivamente; en segundo lugar, se aleja también de la Religión cada vez más. Es la lógica trayectoria del pecado: en vez de quedarse en un error, en un acto malo, se convierte en una historia mala. Y el final de esta historia es la mentira. Se abandona incluso la verdad. Aunque se siga yendo a la iglesia, todo se vacía y acaba en una adhesión y un reconocimiento huecos.

Por ello, incluso para una persona que esté atrapada y comprenda que no logrará salir del hoyo, que esté segura de que volverá a equivocarse, ¿cuál es en ella el último residuo de verdad? Clamar a Dios: «Señor, ¡cámbiame tú!, porque yo no soy capaz de cambiarme solo. Haz de mí lo que quieras, porque no soy capaz de cambiar. Dentro de una hora me equivocaré, esta noche me equivocaré, mañana me equivocaré». No quiero decir, en absoluto, que dé igual equivocarse y que baste con suplicar a Dios; no sería una

súplica sincera. La súplica es sincera cuando realmente es lo único que puedes hacer. La petición es sincera cuando no consigues enmendarte y te duele. Este grito es sincero cuando estás dispuesto a hacer todo lo que está en tu mano, incluso a cortar por lo sano, si lo logras. No se elimina tu colaboración, simplemente se constata con realismo nuestra condición humana y la energía de la que dispone.

4. No tenemos excusa

Recordad el episodio que relata Bruce Marshall y que cito a menudo para ilustrar este punto; es una página muy aguda y, en mi opinión, aporta mucha claridad. El protagonista de la novela *El mundo, la carne y el Padre Smith*⁷⁷ debe confesar a un viejo marinero que está a punto de morir y le dice (cito de memoria): «Hijo mío, confiésate bien, porque vas a morir. Así pues, ¿qué has hecho?». Y él naturalmente dice: «Las mujeres...». «Entonces, ¿te arrepientes? Mira que debes comparecer ante el tribunal de Dios». Y él, un poco azorado: «¿Cómo puedo arrepentirme? Era algo que me gustaba mucho, si tuviese la ocasión volvería a hacerlo. ¿Cómo voy a arrepentirme?». Entonces al Padre Smith, que está en vilo porque no consigue enviar al Paraíso a aquel individuo, se le ilumina la mente y dice: «Por lo menos, ¿te arrepientes de no arrepentirte?». Y el marinero, de forma espontánea: «Sí, me arrepiento de no arrepentirme». Este es el último residuo de verdad en ese hombre, el reconocimiento de la verdad. Sobre este punto infinitesimal Dios construye la defensa del hombre. «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»⁷⁸, dijo después de tres años de rechazo y persecución.

No tenéis excusa para no ir a confesaros. No hay excusa: no es lo que habéis hecho ni vuestro estado de ánimo lo que os mantiene alejados de la Confesión. Ni lo uno ni lo otro puede constituir una razón adecuada para no acudir a la Confesión. Sólo hay una cosa que os mantiene alejados de la Confesión: la mentira para con vosotros mismos. Es renegar de ese “más”, apostatar de ese “más”: negar a Dios y renegar de Jesucristo. Es el pasaje siguiente de la lectura de hoy: «Era de noche». Y, quizás, os sentís tranquilos y acusáis al cristianismo de que ya no tenga razones para sostener su invitación al perdón: «Era de noche».

Fijaos en que os traicionáis, antes que nada, a vosotros mismos, no a la tradición que habéis recibido y en la que os habéis educado. Mejor dicho, os mentís renegando de Dios y de Cristo, de Dios y de su Revelación. Renegáis de ese “más” impreso en vuestra carne, en cuanto que Dios y su Revelación están inscritos en vuestra humanidad. Es la mentira contra vosotros mismos, el pecado contra la verdad. Esto es lo que os distancia de la Confesión: la falta de deseo del bien, el rechazo a pedir el bien. ¡Sólo esto! No es el hecho de que sepáis que mañana os equivocareis de nuevo, a no ser que ocurra un

milagro... Porque el milagro puede suceder, por eso debéis pedirlo, si queréis el bien, si queréis ese “más”, si queréis ser sinceros. El milagro puede suceder dentro de veinte años, cuando muera la amante. No importa. No se trata de justificar un adulterio sistemático, sino de atacar el corazón del problema, de centrar la verdad última, de ir a lo esencial.

No acudís a comulgar pensando que sería una hipocresía porque no lo sentís o tenéis un estado de ánimo contrario. Efectivamente sois hipócritas, pero por otra razón. Sois hipócritas porque negáis lo que lleváis dentro, lo que lleváis impreso, quizá tímido porque asustado; temeroso porque atemorizado; nublado y confuso al no haber sido alimentado y educado por ese ámbito comunitario que, sin embargo, existe y es el cuerpo de Cristo. Y por eso os apartáis de la Comunión, porque decís que no a este “más”, porque pisoteáis este “más”, porque reprimís continuamente lo mejor de vosotros mismos, porque no deseáis el bien. Sois hipócritas cuando decís: «No me acerco a comulgar porque sería una hipocresía», porque acercarse a la Comunión es precisamente una súplica, es el grito de un pobre y desvalido que sabe que no comprende ni siente nada y, por ello, recurre a la fuerza del Misterio, al que todo lo puede y le convertirá. Recurre a ese Misterio de Dios que se hizo hombre, que entró en su vida y le alcanzó con palabras y obras mediante el misterio de la Iglesia; y que le dice: «Estoy aquí». Ese Misterio que ha cambiado a muchos hombres y que, por tanto, me puede cambiar a mí. Recibir la Comunión es esto: un juicio y un deseo de bien, una invocación hacia el bien. No es un estado de ánimo, ni un sentimiento, un gusto o un cálculo.

Por tanto, para reavivar ese “más”, para que viváis humanamente a la altura de vuestra vocación humana, para proporcionar a vuestros actos esa alma de la que normalmente carecen, para que se aclare y se oriente vuestra angustia, os animo a que os acerquéis al Sacramento. Para que la caridad, es decir, el amor, sea la dirección que marca la vida, para que nuestros actos, de manera cada vez más consciente, estén en relación con el gran contexto en el que se insertan, para comprender quién es Dios que se hizo hombre y cuál es su poder, para experimentar que Cristo existe de verdad y se manifiesta entre nosotros, yo os invito, por encima de todo, a acercaros al Sacramento. Se trata del encuentro con una realidad que percibimos confusamente y no podemos abarcar: nos acercamos a estos gestos como al reflejo misterioso de otra realidad. Y viviéndolos, estos gestos cobran luz y con mayor claridad sugieren a nuestro espíritu un modo nuevo de vivir que afecta a todas nuestras acciones y relaciones. Vivir el Sacramento hace de todas nuestras relaciones una comunión. Solo que estos frutos se alcanzan con el tiempo.

Lo imprescindible es empezar. Lo importante es reconocer esta Presencia, es suplicar esta Presencia, porque en ella reside el poder de Aquel que hace todas las cosas, exactamente igual que habitaba en el rostro de Cristo, en el hombre Jesucristo. Los

fariseos la quitaron de en medio al igual que nosotros expulsamos de nuestra vida los Sacramentos apartando su Presencia, su Presencia física. Nos quedamos, quizá, con un sentimiento, con algo emotivo o la reducimos a nuestras teorías teológicas o a nuestros conocimientos históricos. Sin embargo, es una Presencia real: tan imposible de aferrar, tan trascendente, tan “fuera de lo normal”, tan excedente nuestras capacidades, tan “absurda” en cierto sentido como realidad, tan desconocida como realidad... El cristianismo se contiene en el Sacramento y de ahí, con el tiempo, nos llegan la luz y la comprensión. Esto me introduce en lo último que quiero deciros.

5. El Sacramento es la forma más sencilla de oración

La primera forma de despertar y alimentar ese “más”, ese fermento que cambia nuestras acciones aún permaneciendo las mismas (barrer el suelo sigue siendo barrer, estudiar sigue siendo estudiar, ejercer como médico sigue siendo lo mismo, amar al hombre sigue siendo amar, criar a los hijos sigue siendo criarles: aunque todo esto siga igual, se produce una novedad dentro de estas cosas, hay algo “más” que fermenta las cosas y las abre y uno se siente otro hombre, como nacido de nuevo; así dice de forma preciosa Péguy en el pasaje que leí esta mañana y que se hace eco de las palabras de Jesús a Nicodemo en el tercer capítulo de san Juan)⁷⁹ no es analizar nuestros actos, no es un análisis psicológico ni un propósito espiritual. No, no es algo que realicemos por nosotros mismos. Lo primero que tenemos que hacer es orar, es decir, pedir que acontezca esta conversión en nosotros, aunque no sepamos bien qué supone.

Estoy tratando de comunicaros un énfasis mío, un acento, un reflejo de mi sentir, más que conceptos o ideas. Es un sentimiento que quería evocar ayer y que quiero recrear hoy; mejor aún, es un presentimiento que debe incidir en la vida cotidiana, en nuestro modo de beber y comer, de relacionarnos y de llevar de la mano a la novia. Es algo que debe cambiar.

Para que este sentimiento madure, se incremente y empiece verdaderamente a cambiarnos desde dentro, lo primero es la oración, es pedir que nos cambie, es invocar el «ven aprisa a socorrerme». No es ponerte tú a hacer esto o aquello, es que comiences a pedirlo sinceramente.

El Sacramento es el modo más objetivo y más sencillo de esta petición; más sencillo, porque el Sacramento es sólo un gesto, uno acude allí y ya está. Mientras que la oración implica ciertas palabras, ciertos conceptos y sentimientos; sobre todo, implica decir ciertas palabras.

El Sacramento es el aspecto primordial, el más sencillo: es un gesto silencioso. En este sentido, coincide con la pura presencia, con el estar ahí, como el uno que está delante de

otro y no sabe qué decir: está ahí pidiendo con su sola presencia.

Por eso Jesucristo lo instituyó como obligatorio y, en cambio, no hizo obligatorio rezar el *Padre nuestro*. La naturaleza del Sacramento exige que acudamos allí. Esta conciencia es la que se debilita en vosotros. Se puede ir a confesar o a comulgar incluso sólo como respuesta a algo que te dice el sacerdote, que te sugiere con una sabiduría conocedora de lo que es el hombre; y esto es suficiente. Incluso asintiendo o negando con la cabeza es suficiente. Y la Comunión es un puro recibir, es un puro gesto y, por ello, lo pueden hacer tanto el labrador como el profesor de Universidad, de idéntica forma. Mientras que la oración está ya subordinada a la diferencia de cultura o de conciencia.

En cualquier caso, lo esencial es pedir, porque incluso el Sacramento es petición, es la forma más sencilla de oración. Y la oración no es más que pedir ser uno mismo, pedir convertirse en uno mismo, pedir llegar a la perfección y al cumplimiento de nuestra propia vida; pedir que suceda ese “más” y lleguemos a ser aquello que estamos destinados a ser; pedir lo «esencial» que Evtušenko echaba de menos; pedir la libertad, la caridad, el amor, la vida como amor; pedir que se conviertan nuestras acciones cotidianas, pesadas y banales (las conocidas y habituales cosas banales). La novedad debe suceder dentro de estas cosas banales: en el modo de estudiar o de barrer el suelo, de charlar con la novia, como también en el riesgo que supone asumir un compromiso político al que la caridad os empujará si queréis llegar a madurez.

Por eso, la primera condición es la oración. La renuncia a ella es la causa de la estrechez, la mezquindad, el horror, la pobreza y el desierto de nuestra vida.

Y todo esto es porque tenéis un concepto inadecuado de lo que es la oración: lo identificáis con un determinado sentimiento que tenéis. Sin embargo es un juicio y un rito. Cuanto más árido, frío, lejano e incapaz me sienta, cuanto menos sepa qué decir y casi dude de tener fe, tanto más suplicaré a Dios. Incluso, en la situación límite, cuando uno es conscientemente ateo, todavía podría rezar: «Dios, si existes, ¡revélame a mí!».

Se empieza a ser hombre cuando se llega a este punto. Si uno no llega a pedir es un desgraciado que estropea todo lo que hace; un delincuente que comete maldad, una amenaza para quien se acerca a él, un peligro mortal para quien convive con él.

Por el contrario, cualquier defecto, vicio, cansancio, pobreza, fragilidad, cualquier hábito malo que nos lleve a suplicar permanentemente ser salvados, paradójicamente, se convierte en algo beneficioso. De Dios, es cierto, depende conceder lo que le pedimos y, por tanto, tenemos que pedir con paciencia; pero la manera de comprender a los demás, la forma de tratarlos, sobre todo la forma de juzgarlos, cambia ya desde ahora. Lo primero que la súplica cambia en nosotros es el juicio sobre los demás. Lo primero que sucede es algo muy extraño: la comprensión. Comprender quiere decir que tu espíritu se dilata, inmediata y fisiológicamente, porque abrazas al otro, comprendes al otro,

empiezas a amar al otro. Se produce una realización de ti mismo, empiezas a ser más tú mismo, aunque todo el elenco de defectos y errores siga igual. Es la obra de Cristo, que entra en el surco del mundo y de la historia como una semilla; y verdaderamente debes traicionarle para poder decir que en dos mil años no ha cambiado nada. Porque basta que sintonices con él un momento para comprender que algo cambia en ti, que ya cambia algo. Si tú no experimentas qué es lo que Cristo cambia en ti, ciertamente podrás decir que en dos mil años no ha conseguido cambiar nada.

Cristo se ha introducido en la historia como levadura que la fermenta según los tiempos y el designio del Padre. Del mismo modo, este grito que llevamos dentro, este deseo que se expresa en el gesto mismo de acudir al Sacramento y se refleja como un eco en la oración, es una semilla que cambiará la historia de nuestra vida según los tiempos y los modos del designio del Padre. Y yo estoy tranquilo en ese aspecto, porque no puedo pretender trasladar a Dios mi apremio, que sería, en el fondo, una forma subrepticia de afirmarme a mí mismo y liberarme de la humillación.

6. «Padre nuestro»

Para terminar, leo el conocido pasaje del Evangelio, ya que no confío que lo leáis a menudo.

«Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar [imaginaos a Jesús rezando mientras sus discípulos, un poco alejados, le observan, porque era un espectáculo verle. El hombre consciente es un espectáculo, se puede, fisiológicamente, ver a un hombre consciente. El hombre que toma conciencia de manera habitual empieza a ejercer una fascinación que nadie conoce, porque es muy raro encontrarla entre nuestros semejantes. Pero la fascinación del hombre empieza allí. Entonces uno empieza a comprender de verdad que la dimensión del espíritu es preponderante, es capaz de invadir la materia y cambiarla: los mismos datos físicos y biológicos son arrastrados por la fuerza y el atractivo de este otro factor. ¿Qué daréis a vuestra mujer o a vuestro marido, qué daréis a vuestros hijos si no pedís llegar a ser hombres conscientes?]; cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos”. Él les dijo: “Cuando oréis decid: ‘Padre, santificado sea tu nombre [“nombre”, en hebreo, quiere decir “potencia”; que tu poder actúe en el mundo], venga tu reino, danos hoy nuestro pan de cada día nuestro, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación”’. Y les dijo: “Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la medianoche para decirle: ‘Amigo, préstame tres panes pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle’. Y, desde dentro, el otro responde: ‘No me molestes; la puerta está

cerrada; mis niños y yo estamos acostados: no puedo levantarme para dártelos'. Si el otro insiste llamando, yo os digo que si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la insistencia se levantará y le dará cuanto necesite. Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide, recibe; quien busca, halla; y al que llama, se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden»⁸⁰.

Os pediría ahora que estuviéseis un cuarto de hora en silencio, sin decir una palabra. En estos minutos mirad a la cara lo que os he dicho. Os invitaría sobre todo a centrar vuestra atención en esa realidad concreta, operativa, práctica, evidentemente humana que es la petición. No existe nada humano si no está animado por la petición, la petición de algo “más”, de algo que no tenemos todavía en nuestro ser y nuestro obrar. Centrad vuestra atención en esto: el papel que en vuestro día a día debe tener la petición; mejor dicho, en el papel que debe tener la oración en vuestro modo habitual de actuar; es decir, en cómo puede llegar a ser habitual esta cima sublime en la que nuestra humanidad alcanza toda su estatura (fuera de ahí, pobrecilla, está oprimida, prisionera de un masoquismo o un sadismo absurdos: el pecado original, como lo llama la Iglesia Católica). Esta petición debe llegar a ser tan habitual –me gusta decir– que esté siempre viva: hagáis lo que hagáis, en el rabillo del ojo, debe resplandecer esta luz, eco o reflejo de la petición. Pero, sobre todo, es necesario que sepáis elegir en vuestra jornada por lo menos un momento en el que queráis ser verdaderos, que sepáis identificar un gesto en el que podáis volver a encontraros con vosotros mismos, que tengáis el gusto de vivir un momento de verdad en vuestra cotidianidad dispersa. Y este momento de verdad no es un grito confuso ante una incógnita que llamamos Dios. Es pedir la conversión: «Venga tu Reino», aunque no sepáis qué implica semejante acontecimiento. Esto ya lo aprenderéis.

¹ Cf. Mt 10,30.

² Oración sobre las ofrendas de la solemnidad de la Santísima Trinidad.

³ Cf. Jn 15,15.

⁴ Cf. Ga 4,6.

⁵ Cf. Mt 12,36.

⁶ Cf. Mt 5,36.

⁷ Plegaria eucarística II.

- [8](#) Lc 1,46.
[9](#) Prefacio del primer domingo después de Pentecostés, rito ambrosiano.
[10](#) Jn 19,30.
[11](#) Sal 117 (116),2.
[12](#) Cf. Jn 16,7.13.
[13](#) Oración sobre las ofrendas de la solemnidad de Pentecostés, rito ambrosiano.
[14](#) Flp 2,8.
[15](#) Cf. Jn 14,15-27.
[16](#) Cf. 1 Co 2,10-16.
[17](#) Cf. Sal 104,30.
[18](#) 1 Jn 4,8.
[19](#) Cf. 2 Co 5,16.
[20](#) Cf. Jn 21,18.
[21](#) Cf. 1 Co 2,2.
[22](#) Cf. Ga 2,20.
[23](#) Undécimo domingo del tiempo ordinario, año C.
[24](#) Cf. 2 S 12,7-10.13.
[25](#) Cf. Ga 2,21.
[26](#) Cf. Lc 7,36-39.
[27](#) Cf. Sal 33,5.
[28](#) O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 1991, p. 34.
[29](#) Cf. 2 Co 5,14-15.
[30](#) 2 Co 6,2.
[31](#) Cf. Ef 4, 13.
[32](#) Oración de la misa después del *Padrenuestro*.
[33](#) Apuntes de una intervención de Luigi Giussani. Faenza, Basílica Catedral, 2 de mayo de 1988
[34](#) El autor se refiere a monseñor Francesco Tarcisio Bertozzi, en aquel entonces obispo de Faenza-Modigliana.
[35](#) Sir 24,31.
[36](#) Cf. Lc 1,48.
[37](#) Lc 1,37.
[38](#) Cf. San Francisco de Asís, *De la tercera consideración de los sagrados santos estigmas*, en *Las florecillas de San Francisco*, a cargo de Francisco Sureda Blanes.
[39](#) San Agustín, *Comentario literal al Génesis*, Libro IX, 17.32.
[40](#) Santo Tomás, *De veritate*, en *Summa Theologiae*, I, q. 14, a. 1; I, q. 16, a. 3.
[41](#) Cf. B. Pascal, *Pensamientos*, El Aleph, Buenos Aires, 2001, Tomo I, Pensamiento 347, p. 238.
[42](#) Lc 1,38.
[43](#) Cf. Rm 12,1: la expresión actualmente traducida como «...este es vuestro culto espiritual», fue traducida antes como «...este es vuestro culto razonable» u «...obsequio razonable».
[44](#) Cf. Lc 1,45.
[45](#) Cf. Lc 1,48-49.
[46](#) A. Manzoni, «Il nome di María», en *Tutte le poesie*, Garzanti, Milán 1991, p. 165.
[47](#) Jn 2,5.
[48](#) Cf. Jn 17,1-26.
[49](#) Cf. Jn 8,44.
[50](#) Cf. Ga 3,27-28.
[51](#) Cf. Jn 21,1-19.
[52](#) Cf. Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, I, 3, 20.
[53](#) Cf. G. Leopardi, *Zibaldone di pensieri*. Mondadori, Milán 1937 (1994), p. 551.
[54](#) Cf. F. Kafka, *Il silenzio delle sirene. Scritti e frammenti postumi (1917-1924)*. Feltrinelli, Milán 1994, p. 91.
[55](#) Cf. Mt 11,25-26.
[56](#) Gn 12,1-7.
[57](#) Ex 3,13.
[58](#) Ex 3,15.
[59](#) Jn 6,29.
[60](#) Jn 10,30.
[61](#) Jn 15,5.

- [62](#) Lc 19,5.
- [63](#) Cf. Jn 4,6-7.
- [64](#) Cf. Col 1,17.
- [65](#) G. Leopardi, “Aspasia”, en: *Cantos*, op. cit., pp. 405-415 (verso citado, p. 411).
- [66](#) Ver aquí nota 19 en p. XX. Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*. Aguilar, Madrid, 1943, Carta XLVIII, p. 449.
- [67](#) «Cristo, dominador de todos y dador de vida». Himno de la Dedicación del Templo, en *Analecta Hymnica Medii Aevi*, vol. 27, a cargo de C. Blume, Leipzig 1897, p. 265.
- [68](#) Del *Exultet* de la liturgia pascual, atribuido según la tradición a san Agustín.
- [69](#) Cf. VV.AA., *Relatos de un peregrino ruso*, Lumen Argentina, 2005.
- [70](#) Cf. Jn 17, 1-3.
- [71](#) Cf. Rm 12,5; Ef 4,25.
- [72](#) Col 3, 15.
- [73](#) Por aquel entonces el Cardenal Arzobispo de Milán era monseñor Carlo María Martini.
- [74](#) Jn 13,23-30.
- [75](#) Cf. Evtušenko, «Después de cada clase», cit. en L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid, 1998, p. 105.
- [76](#) Cf. A. Siniavski, *Pensieri improvvisi*, Jaca Book, Milán 1967, pp. 50-51.
- [77](#) Cf. B. Marshall, *El mundo, la carne y el Padre Smith*, Ediciones Encuentro, Madrid 1994, pp. 23-25.
- [78](#) Lc 23,34.
- [79](#) Cf. Jn 3,3.
- [80](#) Lc 11,1-13.

FUENTES

I. Adviento. *La inminencia de su venida*

Apuntes de una conversación de Luigi Giussani con ocasión del retiro de Adviento de los *Memores Domini*, 28 de noviembre de 1971, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 11, diciembre de 2006.

II. Navidad. *El misterio de la ternura de Dios*

Apuntes de una conversación de Luigi Giussani en un retiro de los *Memores Domini*. Pianazze, 6 de enero de 1974, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 11, diciembre de 2005.

III. Cuaresma. *Dios es misericordia*

Apuntes de una conversación de Luigi Giussani en el retiro de los *Memores Domini*. Pianazze, 16 de febrero de 1975, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 3, marzo de 2007.

IV. Pascua. *Cristo resucitado, la derrota de la nada*

Apuntes de una conversación de Luigi Giussani en el retiro de Ascensión de los *Memores Domini*. Riva del Garda, 16 de mayo de 1992, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 4, abril de 2006.

V. Ascensión y Pentecostés. *En la profundidad de las cosas*

Apuntes de una conversación de Luigi Giussani en el retiro de Ascensión de los *Memores Domini*. Riva del Garda, tarde del 16 de mayo de 1992, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 6, junio de 2006.

VI. Tiempo ordinario. *En el ancho mar de la vida diaria, una novedad continua*

Apuntes de una conversación de Luigi Giussani en un retiro de los *Memores Domini*. Gudo Gambaredo, 13 de junio de 1971, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 6, junio de 2007.

Apéndices

María en el misterio de Cristo y de la Iglesia

Apuntes de una intervención de Luigi Giussani. Faenza, Basílica Catedral, 2 de mayo de 1988, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 5, mayo de 2006.

Eucaristía: la gran oración

Apuntes de la meditación de Luigi Giussani en una charla cuaresmal en Parroquia de San Vittore al Corpo. Milán, 22 de marzo de 1996, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 5, mayo de 2005.

Eucaristía: una Realidad presente, familiar

Apuntes de una meditación de Luigi Giussani en los Ejercicios espirituales de *Gioventù Studentesca* de Suiza. Friburgo, noviembre de 1967, en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 9, octubre de 2005.

INDICES

INDICE DE CITAS BIBLICAS

Génesis

12, 1-7 151

Éxodo

3,13 151

3,15 151

2 Samuel

12,7-10,13 128

Salmos

19 (18),8 26

24 (23),6 91

33 (32),5 129

47 (46),2 94

63 (62),4 59

63 (62),7-8 59

85 (84),8 24

90 (89),10 13

104 (103),30 124

117 (116),2 121

118 (117),22 74

122 (121) 14

122 (121),1-2.5-9 24

Sirácida

24,31 133

Isaías

2,1-5 14

2,2-5 24

55,8 54

58,9 63

60-62 43

Daniel

3,57-88 81

Mateo

4,1-11 65

5,36 119

6,13 21

8,8 21

9,9 20

10,30 87, 117

11,25-26 149

11,30 19

12,36 87, 119

16,24 20

18,3 75

24,37-44 14

24,38-39.42-44 17

24,38-39.42 22

24,40-41 18

25,34 21

25,35 26

25,41 21

Lucas

1,37 137

1,38 142

1,45 142

1,46 120

1,48 134

1,48-49 143

1,76 91

2,19.51 33

5,8 21

7,36-39 128

8,10 65

11 156

11,1-11 51
11,1-13 176
11,13 51
12,32 26
18 156
19,5 38, 152
23,34 169
23,43 38

Juan

1,3 103
1,43-51 29
2,5 144
3,3 172
3,18 22
4,6-7 152
6,29 151
8,44 145
10,30 151
13,23-30 160
14,15-27 123
15,5 151
15,15 119
15,16 26
15,20 20
16,7.13 122
16,7.14 98
16,33 26
17,1 69
17,1-3 157
17,1-6 157
17,1-26 144
17,2 96
17,21 113
19,30 121
21,1-19 146
21,18 126

Hechos de los Apóstoles

4,7-12 70

17,30-31 69

Romanos

8 99

8,28 55

8,34 23

12,1 142

12,5 158

13,11 24

13,11-12 17

13,11-14 14

13,12-14 20

14,4 64

14,8 85

1 Corintios

1-2 99

2,2 126

2,10-16 124

2,12 24

6,2 25

10,31 85

13,3 27

15,1-17-19-22 72

15,17 76

2 Corintios

1,22 31

5,14 26

5,14-15 129

5,16 125

5,21 40

6,2 129

Gálatas

2,20 30, 82, 126

2,21 128

3,27-28 103, 145

3,28 62

4,6 51, 119

Efesios

3,2-3.5-6 31

3,5-6 31

4,13 130

4,25 158

Filipenses

2,8 122

2,17 51

Colosenses

1,17 85, 153

3,15 158

1 Tesalonicenses

5,10 85

2 Pedro

3,8 99

3,8-13 54

1 Juan

2,16 61

3,3 42

3,11-12 29

3,13 44

3,14 23

4,8 124

4,18 19

Apocalipsis

22,20 50

INDICE DE AUTORES Y OBRAS CITADAS

Agustín de Hipona

-*Exposición sobre los Salmos* 79, 80

-*Comentario literal al Génesis* 138

-*Soliloquios* 116

Alighieri, Dante

-*Paraíso* 85

Benedictus 68

Bernardo de Claraval

-*De diligendo Deo* 32, 34, 35

-*In Cantica Canticorum* 42

Biffi I. 86

Camus, Albert 78

Cantad al señor un himno nuevo 18

Cavani, Liliana 78

Christe cunctorum 154

Clara de Asís 37

Congregación para la doctrina de la fe

-*Decisiones sobre la traducción del artículo “Carnis resurrectionem” del Símbolo Apostólico* 73

Darwin, Charles 139

Didaché o Enseñanza de los doce apóstoles 43

Dostoievski, Fyodor

-*Crimen y Castigo* 41

-*Los hermanos Karamazov* 36, 40

Evtušenko, Yevgueni

-*Después de cada clase* 161

Exultet 155

Francisco de Asís

-De la tercera consideración de los sagrados santos estigmas 138

Gilson, Etienne

-La teología mística de San Bernardo 38

Giussani, Luigi

-El camino a la verdad es una experiencia 109

-El sentido religioso 72

-El rostro del hombre 9

Guardini, Romano

-Studi su Dante 73

Hayen, A.

-San Tomasso e la vita della Chiesa oggi 38

Jacopone da Todi

-Como l'anima se lamenta con Dio de la carità superardente in lei infusa 90

Juan Pablo II

-Redemptoris Mater 146

Kafka, Franz

-Il silenzio delle sirene. Scritti e frammenti postumi 149

Kierkegaard, Soren

-Diario 102

Imitación de Cristo 90

Leopardi, Giacomo

-A sí mismo 77

-Aspasia 153

-El infinito 53

-Zibaldone di pensieri 149

Manzoni, Alessandro

-El nombre de María 143

Marshall, Bruce

-El mundo la carne y el P. Smith 169

Martini, Carlo María 158

Milosz, Oscar

-Miguel Mañara 54, 129

Mounier, Emmanuel

-Cartas desde el dolor 30

Pascal, Blaise

-Pensamientos 139

Péguy, Charles

-Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana 109

-Plegaria de residencia 106

Ratzinger, Joseph 73

Relatos de un peregrino ruso 156

Ruini, Camillo 72

Salvados por la Sangre del Cordero 81

Seneca Lucio Anneo

-Cartas a Lucilio 102, 153

Siniavsky, Andréi

-Pensieri improvvisi 165

Tagore, Rabindranath

-Gitanjali 32

Tomás de Aquino

-I Sent. 75

-Suma Teológica 139

Wojtyła, Karol

-Esplendor de paternidad 108

INDICE TEMÁTICO

Abandono 53-54
Afectividad 61
Afirmación del yo 108
Alegría 43, 111
Alianza 56, 57
Amor 19, 162
Ardor 38
Ascensión 93-96
Ascesis 23
Autoconciencia 15, 22
Ayuno 60-62
Bautismo 81
Bondad 53
Caída 86
Caridad 62-63, 107, 110
Casa 105-106
Certeza 29-31, 35, 37, 46
Cielo 93-94, 97
Cinismo 134
Compañía vocacional 105
Comprensión 174-175
Comunión 163, 166, 170-171, 173
Comunión 25-27
Confesarse/Confesión 163, 166-170
Connivente/connivencia 106
Contemporaneidad/contemporáneo 102
Continuidad 164
Contrición 21-23, 26
Conversión 47-48, 59, 62, 165, 172, 177

Cristianismo 73, 164, 172
Discreción 111-112
Desear/deseo 79-80
Dolor 167
Elección 30
Encuentro 30
Esfuerzo personal 65
Espacio 88
Espera 134
Esperanza 49, 71, 77, 86, 130, 156, 158, 159
Eucaristía 48, 88, 120, 122, 148-150, 154-156, 159
Experiencia nueva 84, 86, 89, 113
Fariseísmo 16
Fe 50-51, 56-57, 64, 74-77, 100, 103-104, 129, 141-143
Felicidad 115, 136, 147-151
Fragilidad 54-58, 65, 77-78, 84, 134, 166
Fraternidad 15
Generar/generación 81-82, 98-99
Gracia 71, 75-77, 31
Hipocresía 170-171
Humanidad nueva 110
Humildad 68, 134, 139-143
Identidad 29-31, 34-37, 41-42, 44-46
Identificarse/identificación 22, 30-31, 33-35, 45, 61-62, 150
Iglesia 22-25, 36, 52, 103-105, 127-128, 130, 146
Ilusión 76-77
Inclusividad 38
Incumbencia 22
Indiferencia 63, 149-150
Instante 78-79, 139, 147, 153-156
Intelectualismo 46
Ira 63
Juicio 19-21, 22-23, 25-26,
- De valor 64
Justicia 53
Libertad 57, 62, 78-79, 111-112
Luz 81-82

Mezquindad 32
Milagro 170
Misericordia 59, 129-130, 168
Misión 24, 34, 43-46, 127
Misterio 9, 67-70, 74, 140-141
misterio 139-140, 145
Mortificación 60-61
Negligencia 107
Nombre 151
Odio 44
Ofrecimiento 58, 120, 151-156
Oración 49-58, 118, 152-153
Orden 60, 112
Paz 24, 58, 129, 158
Pecado 39, 42
- Original 154-155, 177
Pentecostés 98, 101, 110
Perdón 42, 129-130, 155
Plenitud 29, 32, 34, 35
Poseer/posesión 67, 93, 90-91, 94, 111
Predilección 32
Pregunta/preguntar 136, 149
Profetas 49
Profundidad/profundo 97
Promesa 114
Racionalismo 56
Reducir/reducción 63, 130
Resurrección 69-70, 87-88, 156
Reverencia 19
Rezar 51-52, 113,
Sabiduría 95-96
Sacramento 163, 173-175
Sacrificio 60
Seguridad 50-51, 56-58
Sencillez 64
Sentido religioso 68
Sentimiento religioso 137-138

Significativo

- Fidelidad a lo más 60-61

Templanza/templar 60

Tentación 65

Ternura 29-42, 45-46

Testimonio 25-26

Tiempo 52, 88

Totalizante 113

Trabajo 58

Trinidad 117-118,

Unidad 110-112

Verdad 53, 82

Vigilancia 18-19, 22

Virginidad 24, 87, 112

- Vocación a la 89

Vocación 24, 30-31, 41

«En estas páginas de don Giussani,
Cristo no es nunca contenido
de un pensamiento 'espiritual' abstracto,
sino una presencia real que se impone
y mueve al yo en lo más hondo [...].
¿Qué hay más deseable que
esta familiaridad con Cristo,
que responde a la profundidad
del deseo infinito de cada hombre
y nos pone en las mejores condiciones
para entrar en la realidad?» .
(Del prólogo de Julián Carrón)



EH
ENCUENTRO
RELIGIÓN

ISBN DIGITAL: 978-84-9055-282-7

Índice

Portada	2
Créditos	5
ÍNDICE GENERAL	6
PRÓLOGO	9
I. ADVIENTO	11
LA INMINENCIA DE SU VENIDA	11
1. La venida del Señor es inminente	11
2. Vigilancia y contrición	14
3. Construir la casa de Dios	17
II. NAVIDAD	21
EL MISTERIO DE LA TERNURA DE DIOS	21
1. La certeza de la vida es Uno que nos ha acontecido	21
2. La ternura: Dios que asume nuestra carne	25
3. Un amor inclusivo	26
4. La vida se convierte en una misión	30
III. CUARESMA	34
DIOS ES MISERICORDIA	34
1. Oración	35
2. Ayuno	42
3. Caridad fraterna	44
IV. PASCUA	47
CRISTO RESUCITADO, LA DERROTA DE LA NADA	47
1. La Resurrección, culmen de la autoconciencia cristiana	48
2. «Inmersos en el gran Misterio»	51
3. Reconocer a Cristo resucitado es una gracia que hay que pedir	52
4. La realidad renace	56
5. Una experiencia nueva de la propia humanidad	58
6. O Cristo o la nada	61
V. ASCENSIÓN Y PENTECOSTÉS	65
EN LA PROFUNDIDAD DE LAS COSAS	65
1. Ascensión: el cielo es la verdad de la tierra	65
2. El Espíritu Santo: la energía con la que Cristo domina el tiempo y el	68

espacio	68
3. La contemporaneidad de Cristo resucitado	70
4. Tres obstáculos para la caridad	73
5. Cristo, gozo y libertad	75
6. El comienzo de una humanidad diferente	78
VI. TIEMPO ORDINARIO	82
UNA NOVEDAD CONTINUA	83
1. Sancta Trinitas, unus Deus. La vida como ofrecimiento	83
2. El Espíritu de Cristo «renueva la faz de la tierra»	85
3. La conciencia de la misericordia	89
APÉNDICES	92
MARÍA EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA ³³	93
1. Un corazón abierto, de par en par, a la espera	93
2. Somos una nada que ha sido “llamada”	94
3. El misterio cristiano es Dios que se hace visible	96
4. Reconocer la gran Presencia	98
5. El primer «sígueme» de la historia cristiana	101
EUCARISTÍA: LA GRAN ORACIÓN	103
1. La Eucaristía. El método de Dios	103
2. El ofrecimiento	105
3. «Convocados en un solo cuerpo»	108
EUCARISTÍA: UNA REALIDAD PRESENTE Y FAMILIAR	111
1. Recostar la cabeza en el pecho de Cristo	111
2. Acercarse a los Sacramentos	112
3. El grito de quien sabe que no es nada	114
4. No tenemos excusa	117
5. El Sacramento es la forma más sencilla de oración	119
6. «Padre nuestro»	121
FUENTES	125
INDICES	127
INDICE DE CITAS BIBLICAS	128
INDICE DE AUTORES Y OBRAS CITADAS	133
INDICE TEMÁTICO	136
Contraportada	140